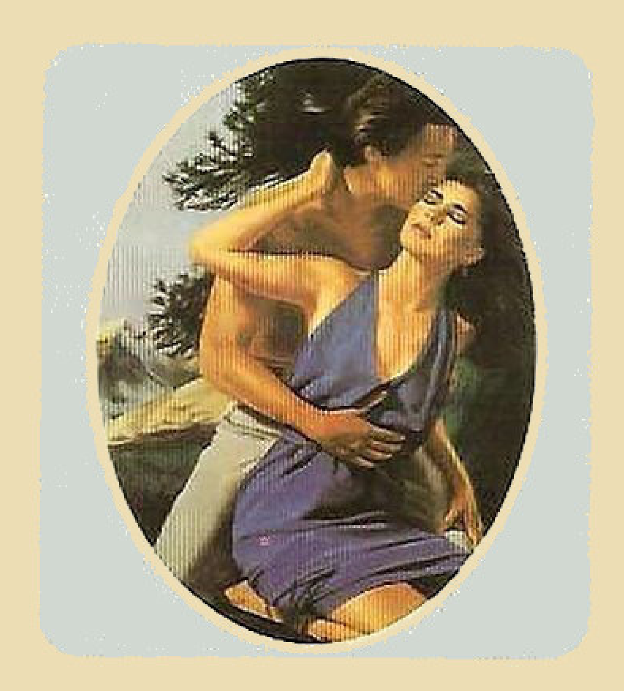
Conflicto de intereses





Jayne Castle

La hermosa Kali Havelock estaba dedicada a los negocios y, como vicepresidente de la empresa Interaction Automation Inc., había decidido adquirir los derechos para explotar los avanzados modelos de robots industriales creados por el inteligente, guapo y testarudo Lang Serling.

Para tenerlo a sus pies, Kali le ofrecería una fortuna, pero Lang quería hacer las cosas a su manera… y demostrar que, aunque en apariencia ella funcionaba como una máquina bien programada, no estaba diseñada para resistirse al potente impulso del deseo.



Jayne Castle

Conflicto de intereses

Bianca - 352

ePub r1.0
LDS 05.03.17

Título original: *Conflict of Interest*
Jayne Castle, 1983
Traductor: María H. Pérsico
Publicado originalmente: Candlelight Ecstacy Romance (CER) - 130
Protagonistas: Lang Sterling y Kali Havelock
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

¡Kali, por Dios, haz algo! ¡Lo echará todo a perder! Él único motivo por el que ha venido es porque tú me has hecho invitar a Gwen. Debí haber imaginado que habría problemas. Y esta noche es tan importante para Sam… —Amanda Bryant miró a su amiga, suplicante—. Si ese hombre arma un escándalo y me estropea la fiesta, te juro que…

Kali Havelock bebió un poco de vino blanco y sonrió con absoluta tranquilidad. El nerviosismo le impidió a Amanda advertir la satisfacción que se reflejaba en sus ojos.

—No te preocupes, Mandy. Está todo bajo control. Me encargaré de Lang Sterling.

—Será mejor que sea así. Si no fuera por ti, no estaría aquí esta noche. No permitiré que el futuro político de Sam se vea amenazado por algo tan estúpido como un escándalo en mi propia casa.

—Mandy, ¿cómo iba yo a saber que sería capaz de hacer una escena con Gwen?

Sin embargo la disculpa de Kali no era demasiado convincente. Había planeado la situación con sumo cuidado y le resultaba difícil fingir que era inocente.

—Sabías muy bien que su ex marido estaría aquí esta noche y también sabías que ambos han mantenido una relación de
amor-odio
desde que se divorciaron el verano pasado. —Amanda apretó los dientes e hizo un gesto con la mano—. Olvídalo. Ya es demasiado tarde para hacer algo, pero por favor, trata de evitar que la situación

se vuelva más delicada. ¿Pero dónde ha conocido Gwen a ese Lang Sterling? No se parece en absoluto a la clase de hombres con los que ha provocado celos a Aaron durante los últimos meses…

—¿Cómo podría saberlo? —preguntó Kali—. No sé cómo se conocieron, pero sí puedo darte una buena explicación de por qué Gwen Mather está con él.

—¿Acaso quieres decir que hay otro motivo además del deseo de provocar a su ex marido? —preguntó Amanda mientras echaba un vistazo en dirección a la puerta. Acababa de entrar un hombre que se abría paso entre la gente. Lang Sterling se dirigía con absoluta decisión hacia el vestíbulo. Gwen Mather había salido por esa misma puerta hacía apenas unos minutos, seguida de su ex marido.

—El señor Sterling —comenzó a explicar Kali— pronto será un hombre muy rico.

—¿Acaso va a heredar una fortuna? —preguntó Amanda, mientras fruncía el ceño y miraba a Kali; siempre estaba al acecho de posibles potentados que financiaran la campaña de su marido.

—Está a punto de ganar una fortuna —corrigió Kali con una sonrisa maliciosa—, y supongo que ya es hora de que sepa quién le va a pagar todo ese dinero.

Sonrió otra vez ante la expresión de sorpresa de Amanda.

—Kali, ¿qué sucede aquí? ¿Qué estás tramando?

—Negocios, como de costumbre —respondió mirándola por encima del hombro. Se apartó de Amanda y se perdió entre los invitados.

Era una mujer que causaba sensación entre la gente. Tanto hombres como mujeres apreciaban la elegancia que irradiaba. Aquella noche llevaba una falda larga de terciopelo negro y una blusa de seda del mismo color, que dibujaban las formas de su figura esbelta; sobre la blusa, una chaqueta de corte clásico con botones dorados, a juego con los zapatos.

Siempre llevaba el pelo recogido en una trenza que sujetaba a la altura de la nuca en un moño, y que dotaba a su físico de cierta solemnidad. Sus modales eran perfectos, y sin embargo había en ella un aire distante y frío.

Tenía los ojos grises, levemente rasgados, pero cualquier dejo de picardía quedaba oculto detrás de las gafas. En su mirada se evidenciaba cierto humor, pero era demasiado frío y controlado para

percibirlo.

Poseía un rostro de facciones perfectas que para ella misma nada tenía de extraordinario.

A los treinta años, tenía una visión sumamente práctica de la vida y de sí misma. Por eso, si bien era consciente de que su físico no desencadenaría una presión descontrolada, también sabía que el hecho de vestir y ser de determinada forma era una ventaja en el mundo de los negocios. Habría deseado ser más alta; a veces, su estatura le resultaba insuficiente para dar una primera impresión de fortaleza, necesaria en una profesión que exigía un trato continuo con el sexo masculino.

El hombre al que seguía era un desconocido, pero Kali sabía muchas cosas de su presa aunque nunca los hubieran presentado. Para no perderlo de vista le bastaba con divisar de vez en cuando su pelo rojizo.

Un grupo de invitados se apartó justo cuando Lang Sterling traspasó las puertas. Kali no estaba demasiado lejos. Pudo ver cómo subía las escaleras que conducían al primer piso de la casa.

Kali sabía que buscaba a los tempestuosos amantes, Gwen y Aaron Mather. Apretó los puños con decisión. Tendría que desempeñar el papel de conciliadora con sumo cuidado. Amanda jamás le perdonaría que perdiera el control de la situación.

Al subir las escaleras Lang no se volvió en ningún momento. Iba elegantemente vestido de blanco y negro. Parecía furioso y su expresión denotaba la agresividad de un hombre que se siente engañado. «Una víctima de sus propias pasiones», pensó Kali, divertida. Movió la cabeza en señal de desaprobación y atravesó el vestíbulo. Era sorprendente. Ese hombre parecía haber escapado del pasado: un noble fogoso o un bandolero fanfarrón; tal vez, un peligroso espadachín del Renacimiento o un pirata del siglo dieciocho. Alguien que pretende limpiar su honor mancillado.

Kali dejó de imaginar fantasías. Fuera el que fuera el aspecto de aquel hombre, su intención estaba clara: Lang Sterling estaba decidido a recuperar a la mujer con la que había ido a la fiesta esa noche. Kali hizo una mueca con la boca. ¿Acaso desafiaría a Aaron Mather? ¿Se daba cuenta de quién era el otro hombre? Probablemente no. Era otra de las trampas de Gwen, y Lang, le gustara o no, había tenido la mala suerte de ser el cebo. Mala suerte para él, pero buena para Kali, al

menos en potencia. La muchacha observó a su presa.

Era un hombre de aspecto elegante; alto, delgado, e impecablemente vestido.

Esa misma noche, Kali se había acercado lo suficiente como para ver sus ojos verdes protegidos por espesas pestañas. En ellos se reflejaba la inteligencia de aquel hombre. Pero, Kali ya sabía que él era inteligente. Ése era el motivo de su habilidoso seguimiento.

Por ello le resultaba chocante el comportamiento primitivo de Lang Sterling. Después de todo, el trabajo de Lang estaba relacionado con el mundo de los robots. La venta de los derechos de sus investigaciones en tal campo, le permitirían amasar una inmensa fortuna.

Tenía treinta y cinco años y no cabía duda de que en su área de experiencia Lang era un pensador altamente refinado e intuitivo, un hombre que había obtenido fruto del poder de su propio intelecto. Era una lástima que, fuera de ese campo de acción, su desarrollo mental y emocional parecieran pertenecer a otra época.

Lang ya había llegado al primer descansillo. Cuando giró para continuar su ascenso, ni siquiera reparó en Kali, al pie de las escaleras, pues toda su atención estaba centrada en aquello que lo aguardaba arriba.

Kali respiró hondo. Era el preciso instante en el que debía actuar.

—Olvídela, señor Sterling, no vale la pena molestarse. Gwen Mather aún continúa enamorada de su ex marido. Usted sólo ha sido el medio para provocarlo esta noche.

El hombre se quedó inmóvil al oír las frías palabras de Kali, que sonaban un poco divertidas. Se detuvo, con un pie apoyado en el siguiente escalón, y miró a la mujer en la cual no había reparado hasta ese momento.

—¿Quién es usted?

La miró con cierta indignación.

—La mujer que lo ayudará a ser un hombre rico —respondió Kali con una sonrisa, sin dejarse amilanar por aquella mirada.

El desconocido parecía sorprenderse. Lentamente, se dio la vuelta y se apoyó en la barandilla. La observaba, reflexivo.

—Hay varias personas —contestó por fin— que van a querer hacerme un hombre rico. Deberá esperar su turno.

—No es necesario. Soy la primera.

Durante un instante se quedó callado.

—Tal vez sea verdad, pero éste no es momento. Esta noche tengo otros asuntos que tratar que nada tienen que ver con los negocios —explicó casi cordialmente.

—¿Tales como provocar una escena en la casa de su anfitriona?

Kali arqueó una ceja por encima de las gafas al formular aquella pregunta. Mientras esperaba la respuesta, apoyó una mano en el poste de la escalera.

Para sorpresa de la muchacha, Lang Sterling pareció tomarse en serio aquella pregunta. Finalmente negó con la cabeza con decisión y dijo:

—No pretendo provocar un escándalo. Simplemente reacciono ante una situación creada por otro y que, indirectamente, podría culminar en un escándalo.

—Esta noche no debería inmiscuirse en temas de semántica sugirió Kali con ironía. —Ha bebido algunas copas de más.

Lang Sterling sonrió ante el comentario y Kali se sintió molesta por aquella reacción. No era la esperada. Se dio cuenta de que necesitaría de toda su habilidad para manejar a aquel hombre.

—Quizás esta noche no sea la más apropiada para resolver problemas de lógica —contestó él—, pero aún puedo dominar a una mujer. Algo que Gwen Mather está a punto de descubrir.

—El único hombre en el que Gwen está interesada es en su marido, Aaron. Dicho sea de paso, es el hombre que acaba de subir —se apresuró a añadir Kali.

—¡Su marido! —exclamó Lang.

—Bueno, su ex marido —rectificó Kali—, pero cualquiera que los conozca puede decirle que sin duda pronto volverán a casarse. No pueden vivir el uno sin el otro. El único motivo por el cual Gwen está aquí esta noche es porque averiguó que Aaron también vendría.

Kali no veía ninguna razón para explicar que ella misma se había asegurado de que Gwen supiera que su ex marido asistiría a la fiesta de Amanda. Tampoco había necesidad de explicar que también sabía que Lang era la última conquista de Gwen, y que por lo tanto, la acompañaría. Lo había planeado todo meticulosamente.

—¿Acaso insinúa que me han utilizado? —preguntó Lang con un tono peligroso.

Kali se sobresaltó, aunque se obligó a permanecer impasible. Había

cometido un error, pues sólo había conseguido que se sintiera aun más obligado a subir y reivindicar su orgullo herido.

—Están enamorados, señor Sterling. La relación ha sido un poco inestable, pero es muy fuerte. Si usted sube, tal vez logre desahogarse un poco, pero no conseguirá que Gwen pase la noche con usted, y causará serios problemas a varias personas inocentes.

—Se interesa demasiado por mi comportamiento en esta fiesta —observó.

—Amanda Bryant es amiga mía. Ha trabajado mucho para que esta reunión fuese un éxito para la reputación de su marido. Está en juego su carrera política. Usted puede hacer que la fiesta se convierta en un escándalo de primera página. ¿Realmente desea eso?

Lang frunció el ceño y se inclinó un poco para observar el rostro de Kali.

—Se supone que Gwen —comenzó a decir con cuidado— ha quedado conmigo esta noche. Me limitaré a subir las escaleras, recogerla y marcharme. Si usted evita que la gente salga del vestíbulo, nadie será testigo de mi salida triunfal —agregó.

—No sea ridículo. Gwen no va a marcharse tranquilamente, y es muy probable que su ex marido contribuya a su salida triunfal, tirándole por las escaleras.

Lang Sterling la miró con furia.

—¿Por qué no espera ahí para ver quién baja las escaleras y en qué condiciones?

—Usted será el primero, porque Aaron no ha bebido tanto como usted —replicó Kali fríamente. Esa jugada era un poco arriesgada, pero el fin era desviar la atención del asunto de Aaron y Gwen hacia ella misma. Si lo provocaba, tal vez lograra su objetivo.

Lang la miró como si tratara de decidir el modo de tratar a esa intrusa desconcertante e inesperada.

—¿Ha estado controlando lo que he bebido?

—*Whisky* con hielo. Varios —murmuró Kali.

—¡Caramba! Ha estado espiándome.

—Me gusta saber algo de la gente antes de ofrecerle grandes sumas de dinero —respondió, mientras tamborileaba con los dedos en la barandilla de la escalera.

Lang Sterling comenzaba a cambiar el centro de atención. Todo lo que debía hacer era jugar apropiadamente y de ese modo Lang sería

arcilla en sus manos.

—¿Qué más sabe de mí? —preguntó dulcemente.

—Baje y lléveme a casa. Se lo contaré —sugirió fríamente. Lang arqueó una ceja.

—¿Acaso se ofrece a ocupar el lugar de Gwen esta noche?

—En absoluto —sonrió Kali, imperturbable—. Esta noche quiero hablar de negocios con usted. Habrá muchas mujeres que se sentirán felices de acompañarlo. Mi único interés consiste en que cerremos el trato adecuado.

—Un trato con usted, pero… ¿quién diablos es usted?

—Mi nombre es Kali Havelock y represento a Interactive Automation Inc.

Pronunció estas palabras con aplomo y seguridad.

—¿Acaso IAI la eligió para que me sedujera? —murmuró, incrédulo —. Algo debe de haber funcionado mal; con una pequeña investigación habrían averiguado que me gustan las rubias.

Kali rehusó a picar el anzuelo. Lang Sterling intentaba provocarla deliberadamente y ella lo sabía. Aquel hombre podría ser un genio con las computadoras pero era ella la que sabía cómo manejar a la gente.

—Soy vicepresidente de IAI, no una prostituta pagada. Quiero hablar de negocios con usted, no seducirlo —sonrió—. No tiene por que preocuparse, señor Sterling, usted tampoco es mi tipo. Pero creo que lo que debo decirle le resultará interesante. Cuando haya cerrado el trato con IAI, podrá atraer a un gran número de Gwens. Incluso habrá algunas, tal vez, cuyos maridos no lo molestarán.

—¡Realmente intenta seducirme! —la acusó—. ¡Con dinero!

—Son negocios —replicó Kali, encogiéndose de hombros.

Lang sonrió maliciosamente y agregó:

—IAI aún deseará hacer negocios conmigo mañana por la mañana. No hay motivo para que deje inconcluso lo que he empezado esta noche. Llámeme mañana, Kali Havelock. Cualquier mujer que sabe lo que bebo debe de tener mi número de teléfono —se dio la vuelta y agregó—: Pero no llame demasiado temprano, porque pienso dormir hasta tarde.

—¿Cómo? —preguntó Kali enseguida en tono burlón—. ¿Acaso piensa dormir después de la escena que provocará esta noche y que quedará en su conciencia? Esta noche usted es un invitado en la casa de Sam Bryant, Lang Sterling. ¿O es que su carrera política no

significa nada para usted?

Él se detuvo y la miró.

—Ya se lo he dicho: vigile la puerta para que nadie presencie mi partida.

Kali negó con la cabeza y dijo:

—Se armará un escándalo tremendo y usted lo sabe. ¿Realmente desea que Gwen regrese con usted, o esta noche cualquier mujer le daría lo mismo?

Kali ocultó una sonrisa de satisfacción al ver que Lang apretaba los dientes. Su mirada se volvió amenazadora, pero la muchacha sabía que había recuperado el control de la situación.

—Cualquiera daría lo mismo, señorita Havelock, pero sucede que Gwen es la que está disponible.

—¿La desea, incluso sabiendo que está enamorada de otro hombre? —lo desafió Kali—. Si cualquier mujer da lo mismo, ¿por qué no conseguir otra?

—¡Lo que está en juego aquí es una pequeña cuestión de honor! —respondió, enfurecido.

—Eso se soluciona fácilmente. Si salimos de aquí juntos, Gwen se morirá de curiosidad por saber qué ha sido de usted. Habrá muchos que estarán ansiosos por contarle que se ha marchado con otra mujer. De ese modo sentirá su propio orgullo herido.

La miró con extraña admiración y dijo:

—Tiene respuesta para todo, ¿no es así?

—Es parte de mi trabajo. Venga conmigo, señor Sterling. Puedo ofrecerle una velada mucho más gratificante que Gwen Mather.

—Gratificante desde el punto de vista financiero, querrá decir —contestó entre dientes—; el problema es que esta noche me interesan otras cosas.

Sin embargo, Lang Sterling no se movió. Esperaba la siguiente frase de Kali. La muchacha reprimió una sonrisa.

—Estoy dispuesta a ofrecerle más que dinero por sus patentes, señor Sterling.

—La escucho —murmuró con voz burlona.

Había apoyado las dos manos en la barandilla y la miraba fijamente a los ojos con malicia.

—Las grandes fortunas traen aparejados grandes problemas —señaló Kali con delicadeza—. Uno de los más serios es una institución

denominada Superintendencia de Contribuciones. ¿Acaso ha pensado en el problema de los impuestos, señor Sterling? Interactive Automation puede ayudarlo. Además hay otras cosas que IAI puede ofrecer a un hombre de su capacidad…

—¿Acaso una mujer para pasar esta noche? —preguntó con el descaro de quien ha bebido unas copas de más.

—¿Qué le parece un laboratorio totalmente equipado? ¿La mejor ayuda para investigación? ¿Un sueldo además del pago por sus patentes? ¿Una garantía de que IAI compraría todas las patentes futuras?

—Fascinante —murmuró—, pero realmente no tengo ganas de hablar de mi trabajo esta noche. Esta noche tengo pensado acostarme con una ardiente y apasionada… —… mujer—. Kali terminó la frase con cierta irritación en la voz, pero de inmediato lo ocultó detrás de una sonrisa encantadora. —Aún cuando logre que Gwen regrese, dudo de que esté dispuesta.

—¿Y usted, señorita Havelock? ¿Estaría dispuesta?

—¿Realmente está tan desesperado, señor Sterling? ¿O piensa que podría dejar de lado sus pensamientos de inmediata gratificación a cambio de una conversación de negocios que lo beneficiará para el resto de su vida?

—¿Acaso he detectado un cierto rubor en sus mejillas, señorita Havelock? —preguntó, mientras se inclinaba para verla mejor.

—No, señor Sterling. Los vicepresidentes no nos ruborizamos.

—Es una lástima.

—Si no tiene cuidado, señor Sterling, se caerá por las escaleras, en cuyo caso será un inútil tanto para Gwen Mather como para IAI.

Pareció mostrarse interesado.

—¿Cree que estoy tan ebrio?

—Diría que es bastante probable después de todo el *whisky* que ha bebido.

—Es bastante molesta, señorita Havelock. ¿Se da cuenta de eso?

—Aplico los métodos apropiados en cada situación, señor Sterling —sonrió con tranquilidad, pues percibía la victoria—. Lléveme a casa y le doy mi palabra de que no lo regañaré más.

—El hecho de que me sienta tentado por su propuesta es una medida del poder de su habilidad para regañar.

—Tal vez lo que le tienta es la perspectiva de un futuro lleno de

éxito —se aventuró a decir.

—Por algún motivo me resulta difícil ver más allá de esta noche —suspiró, aún apoyado en la balaustrada de la escalera.

—Inténtelo, señor Sterling. Valdrá la pena, se lo prometo. En todo caso, su futuro inmediato será bastante sombrío si continúa pretendiendo subir a por Gwen Mather.

Lang Sterling cerró los ojos con expresión de consternación.

—Sabía que iba a decir algo así.

—Piense, señor Sterling, que cualquiera involucrado en un escándalo como el que usted está a punto de provocar aparecerá como un tonto ante los ojos de los demás. No es sólo la carrera de su anfitrión la que está en peligro. No sólo su anfitriona se sentirá mortificada. No importa cuántas cabezas corte o cuántas amantes tenga; todos lo considerarán un idiota. Le ofrezco un modo prolijo y eficaz de salir de esta situación con su orgullo intacto y que además le permita emprender el camino hacia un futuro lleno de riquezas. Por supuesto, Amanda Bryant le estará siempre agradecida por su capacidad de autocontrol. Es consciente de la provocación de la que usted ha sido objeto esta noche. Su gratitud será tal, que se lo comentará a su marido, naturalmente, y es imposible determinar dónde puede llegar Sam Bryant en política.

Lang negó con la cabeza, un poco aturdido.

—¿Ya ha concluido la parte acusadora? ¿He presentado todos sus alegatos?

—Sólo si he presentado la evidencia suficiente como para convencerlo de que baje de ahí.

Lang suspiró sin dejar de mirarla a los ojos.

—Supongo, señorita Havelock, que IAI paga muy bien a sus vicepresidentes…

—IAI siempre reconoce el talento —le aseguró Kali.

—Me pregunto cuántas empresas necesitan gente capacitada para lograr que expertos en computadoras medio ebrios bajen las escaleras —comentó.

—¿He logrado la proeza? —preguntó Kali amablemente, mientras intentaba analizar los pensamientos de Lang. Definitivamente, estaba a punto de tomar una decisión, pero aún no se movía.

—Creo que lo ha logrado, señorita Havelock —admitió, mientras empezaba a bajar las escaleras lentamente—. Por algún extraño

motivo comienza a fascinarme, casi como una serpiente seduce a sus víctimas.

—¿Quiere decir que lo he hipnotizado, señor Sterling?

Kali ocultó la sensación de triunfo. Después de todo, había sabido de antemano que tendría éxito. Sin embargo, se daba cuenta de que no le había resultado nada fácil.

—Tal vez —admitió—. No es de buen gusto aprovecharse de idiotas machistas medio ebrios, señorita Havelock —se detuvo justo un escalón más arriba de Kali—. Dígame una cosa: ¿cree que mañana me odiaré a mí mismo?

Kali sonrió.

—Mañana va a felicitarse, señor Sterling. Confíe en mí.

—Creo que sería un tonto si confiara en usted. Mire con qué facilidad acaba de convencerme.

—No, señor Sterling —negó Kali con delicadeza—. Simplemente he enunciado las opciones que tenía y usted ha escogido la mejor.

—Pronto lo averiguaremos, ¿verdad? —replicó con una repentina sonrisa.

La cogió del brazo con firmeza y la condujo hacia la puerta principal.

—Vamos, señora vicepresidente. Mi futuro, o al menos el resto de la velada, espera.

Kali miró por encima del hombro en dirección al salón, mientras se preguntaba si debía avisar a Amanda de que todo estaba en orden.

—Se lo imaginará cuando vea que no se produce ningún desorden en las escaleras —murmuró Lang como si hubiera leído sus pensamientos.

Salieron al jardín y Kali sintió el aire helado en el rostro.

—¿Ha venido en coche? —preguntó la muchacha al tiempo que recorría con la mirada la calle. Las dos aceras estaban atestadas de los coches de los invitados.

—Cogí un taxi —contestó Lang.

—Mi coche está por allí —dijo Kali, mientras señalaba una bocacalle.

Lang automáticamente extendió la mano. Kali la miró y luego levantó la cabeza.

—¿Sí?

—Las llaves —explicó Lang, impaciente.

—Yo conduciré.

Lang la miró de un modo sombrío mientras se dirigían hacia el coche.

—¿Quién lleva a quién a su casa, si se puede saber?

—Ha bebido demasiado como para conducir —señaló Kali, mientras sacaba las llaves del bolso.

—Lo cual significa que piensa llevarme a casa —asintió con la cabeza, resignado, y entró en el coche cuando Kali abrió la puerta—. ¿A casa de quién? —agregó, esperanzado.

—A la mía, por supuesto —replicó Kali con indiferencia, mientras ponía en marcha el motor—. Prepararé café y conversaremos acerca de todo el dinero que ganará con IAI.

—No puedo esperar —refunfuñó—. ¡Por Dios, tenga cuidado! ¡Casi roza ese Mercedes!

Kali sonrió con sarcasmo.

—Había suficiente espacio. ¿Acaso es de esos hombres que se ponen nerviosos cuando conduce una mujer?

—Por lo general no, pero debo admitir que hay algo en usted, señorita Havelock, que empieza a asustarme.

Kali se daba cuenta de que la miraba, mientras conducía por las calles de Queen Anne Hill. Pasaron por delante del centro comercial de Seattle.

—Tranquilícese, señor Sterling. Ha tomado una decisión sensata esta noche. No se arrepentirá de nada.

—¿Puedo recordarle que lo que habíamos convenido era que yo la llevaría a casa y usted ha tergiversado todo hasta el punto de que es usted la que me lleva a mí? —se quejó Lang.

Kali rió sin poder ocultar la satisfacción que sentía.

—Créame, mañana por la mañana cuando se despierte me lo agradecerá, al darse cuenta de que no sólo he evitado que hiciera el ridículo sino que también le he hecho una propuesta que asegurará su bienestar financiero por el resto de sus días.

Se hizo un silencio. Al fin, Lang Sterling dijo:

—Aún me resulta difícil pasar por alto el hecho de que usted me ha estropeado la velada, señorita Havelock. Supongo que es por todo ese *whisky*, pero me molesta que me haya sido negada la compañía femenina de la que había pensado disfrutar. ¿Tiene alguna sugerencia acerca de cómo debo solucionar ese pequeño problema señorita

vicepresidente?

Kali se dio cuenta del peligro presente en aquel tono de voz. El instinto le advertía algo que hasta ese momento había sido desconocido para ella.

—Seguramente el tema de su futuro tiene prioridad por encima de la decepción de una noche un tanto malograda, señor Sterling —comentó Kali, algo incómoda.

—No estoy seguro, señorita Havelock —respondió con absoluta tranquilidad—. No estoy para nada seguro de eso. Algunos hombres pueden olvidar sus frustraciones durante una conversación de negocios, otros no. Será interesante averiguar a qué categoría pertenezco, ¿verdad?

Capítulo 2

ué vista!

Ése fue el primer comentario de Lang cuando Kali abrió la puerta de su casa. Era uno de los pocos comentarios normales que había hecho desde que habían dejado la fiesta.

Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones negros y atravesó la sala en penumbra en dirección hacia el inmenso ventanal desde donde se podía disfrutar de una magnífica vista de la bahía Elliott y el puerto de Seattle. Las luces de un transbordador iluminaban la oscura masa de agua mientras éste cumplía su servicio regular entre Seattle y las islas de Puget Sound.

—Podrá permitirse el lujo de disfrutar de un panorama mejor cuando reciba todo el dinero que IAI le pagará por sus patentes —dijo Kali al tiempo que se quitaba la chaqueta y la dejaba distraídamente en el respaldo de una silla.

Durante un rato la vista absorbió toda su atención. Kali dudaba de que hubiera reparado en la casa. Realmente el panorama era maravilloso, pero ella estaba satisfecha de la decoración. Una espesa moqueta de color marrón cubría el suelo. El tapizado del sofá y los tres sillones era de color amarillo pálido. En el centro había una mesa de cristal. De las paredes, colgaba una serie de cuadros de pintura moderna. El comedor se encontraba en un nivel más elevado y se accedía a él por medio de tres escalones.

Toda la casa reflejaba muy bien él estilo de vida de Kali. Era moderna y funcional.

Por fin, Lang rompió el silencio cuando la muchacha se dirigía a la

cocina para preparar café. No era el tipo de comentario que ella hubiera esperado, pero teniendo en cuenta el estado de Lang, no se podía esperar otra cosa.

—¿Siempre habla de negocios con los hombres que trae a su casa? —preguntó con insolencia.

Kali observó a Lang, que parecía fascinado con algo que había visto en la calle.

—Con frecuencia —murmuró la muchacha.

Ante esa respuesta, Lang se volvió y se dirigió hacia la cocina. Se apoyó en el marco de la puerta, con una mano metida en el bolsillo, mientras observaba cómo preparaba el café. Kali se daba cuenta de que no sabía cómo comportarse con ella. Ése era uno de los motivos por el cual había podido controlar la situación con gran facilidad hasta ese momento.

—Su vida debe de ser muy emocionante —comentó Lang.

—Me gusta. ¿Leche y azúcar?

—*Whisky*. Con hielo, ¿recuerda?

—He preparado café —le contestó con absoluta tranquilidad—. Ya ha bebido demasiado *whisky*. No quisiera que esta noche llegáramos a algún acuerdo y por la mañana lo negara con el pretexto de que no lo recuerda.

—Esta noche realmente no estoy de ánimo como para hablar de negocios —dijo Lang, mientras cogía la taza que Kali le tendía y miraba el líquido oscuro como si se tratara de veneno—. Preferiría un *whisky*.

—Acompáñeme, señor Sterling. Vayamos a la sala para hablar de su brillante futuro con IAI.

La siguió de mala gana. Una vez más, la muchacha se vio obligada a ocultar una sonrisa.

—Tome asiento, señor Sterling.

—Lang —murmuró, mientras dejaba la taza en la mesa y se dejaba caer en el sofá—. Llámame Lang. Me parece más apropiado dadas las circunstancias. Quiero decir, después de haberme secuestrado…

—Gracias, Lang —respondió Kali sin hacer caso del comentario—. Mi nombre es Kali.

—Vicepresidente Kali —aclaró él.

—En lo que se refiere a tus patentes, Lang —comenzó a decir Kali —, quisiera aclarar con exactitud aquello que IAI está dispuesta a

pagar tanto en términos de dólares como de beneficios adicionales…

—Lo que en realidad quiero saber en este momento —la interrumpió y apoyó una pierna en los cojines del sofá— es cuánto me retribuirá IAI por haberme estropeado mi cumpleaños.

Kali parpadeó. Debía admitir que finalmente Lang había logrado sorprenderla.

—¿Tu cumpleaños?

Lang sonrió con cierta altivez.

—Mi cumpleaños. Esta noche estaba celebrando mi cumpleaños cuando escogiste entrometerte en mi vida. Cumplo treinta y seis —agregó.

—Comprendo… bueno… felicidades —logró decir Kali—. ¿Qué mejor momento entonces para hablar de tu futuro? —agregó, entusiasmada.

La sonrisa de Lang desapareció; la miró con cierta malicia.

—¿Alguna vez has hablado seriamente de tu propio futuro con alguien? ¿Tu futuro inmediato?

Al darse cuenta de que había llegado demasiado lejos, Kali se escudó detrás de una sonrisa y bebió un sorbo de café. Calculaba desesperadamente cuánta presión podría ejercer.

—Si te interesa, Lang, quisiera señalar que mi futuro, si bien es bastante sólido, se verá beneficiado si estás de acuerdo en vender a IAI tus patentes de sensores de computadoras.

—Ah… Entonces soy un buen negocio para ti, ¿verdad? —señaló, mientras se recostaba en el respaldo del sofá.

Kali decidió no hacer caso de ese comentario.

—¿Qué sabes del trabajo de IAI en el campo de las computadoras industriales?

—Lo suficiente como para ponerme en contacto con la empresa después de que haya patentado los nuevos sensores de visión o tacto.

—¿Con cuántas firmas has entablado relaciones? —preguntó Kali, mientras mentalmente registraba una lista de probables competidores.

—Aproximadamente cinco, y de esas cinco, creo que dos estarían bastante interesadas.

—¿IAI y quién más?

Kali intentaba tranquilizarse.

—Tengo grandes expectativas con respecto a Hadley Industrial Systems —sonrió deliberadamente mientras observaba la reacción de

Kali ante la existencia de un posible competidor—. ¿Has oído hablar de ellos?

Kali se sobresaltó pero no dejó de sonreír. ¡Hadley! Lang Sterling se había puesto en contacto con Hadley Industrial Systems. ¡Si supiera cuánto había oído hablar de la otra empresa!

—Es una pequeña firma de Palo Alto, California, ¿verdad?

—La cual, sin duda, estaría deseosa de pagar una fortuna para lanzarse al mercado con mis nuevos sensores.

—IAI puede competir —le aseguró—. Mi firma está decidida a lanzar la próxima línea de computadoras industriales. Como sabes, los japoneses pronto dominarán el mercado si la industria norteamericana no se pone en marcha.

La revolución del robot había sido producto del desarrollo en tal campo en la década de los sesenta. El robot moderno no era un monstruo tal como fuera concebido por Mary Shelley en su historia del doctor Frankenstein. Tampoco era la criatura mecanizada del bien o del mal que los escritores de ciencia ficción contemporáneos habían imaginado.

El robot de la década de los ochenta era básicamente una máquina dotada y controlable, capaz de pintar y soldar automóviles, transportar materiales radiactivos o aportar muestras del espacio en aventuras tales como el viaje del Voyager I.

Los robots podían ser diseñados de un modo tal que se parecieran en algo a una novela de ciencia ficción, con movilidad y capacidad de hablar. Sin embargo, por una cuestión práctica había sido mas económico y eficaz conectarlos a una computadora.

La escasez de sistemas de detectores era uno de los factores que limitaba el trabajo que los robots modernos podían realizar.

La contribución de Lang Sterling en el campo de la informática industrial consistía en que una máquina programable se perfeccionase por medio de sistemas de detectores más avanzados que los que existían hasta ese momento. La empresa que comprara los derechos de las patentes de Lang Sterling lograría ventaja en el mercado.

Kali no dejaba de sorprenderse ante el hecho de que el hombre que había diseñado semejante tecnología pensara y actuara de un modo tal que avergonzaría a cualquier científico. ¿Cómo podía ser que un hombre tan capacitado se embriagase el día de su cumpleaños y amenazara con provocar una escena propia del comportamiento de un

adolescente?

¿Por qué ese hombre insistía en prestar más atención a su malogrado cumpleaños que a una conversación sobre un posible futuro lleno de éxito?

—Ambos sabemos que voy a ser rico, pero no veo la necesidad de entrar en detalles esta noche. Después de todo, es mi cumpleaños y realmente, esta noche no me interesa la competencia de robots extranjeros.

Kali intentó una nueva táctica.

—A juzgar por el tren de vida que has llevado últimamente, se podría pensar que ya eres rico…

—Son las maravillas de una sociedad de tarjetas de crédito —respondió—. Cuando me lleguen los recibos, habré cobrado el dinero de mis patentes. No debes preocuparse por el hecho de que pueda arruinarme. Es muy amable de tu parte, por supuesto, pero absolutamente innecesario. ¿Cuánto tiempo has estado espiándome?

—Sólo me he dedicado a averiguar algo acerca de ti antes de acercarme —se encogió de hombros e hizo una mueca—. Quería convencerte de que IAI podía darte lo que desearas dentro de lo razonable. Era necesario investigar.

—Tanto trabajo y ni siquiera sabías que hoy era mi cumpleaños…

—Ha sido un pequeño descuido.

—Tal vez como regalo de cumpleaños y como un modo de compensar tu descuido, ¿podrías servirme un *whisky* con hielo? —preguntó Lang con una sonrisa deslumbrante.

Kali reflexionaba mientras bebía café.

—Si te preparo un *whisky*, ¿te sentarás a hablar de negocios?

—¿Acaso intentas sobornarme?

—Supongo que sí.

Lang sonrió al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro.

—¿Hasta dónde piensa llegar IAI para obtener mis patentes?

Kali dejó la taza y se puso de pie con decisión.

—Te serviré un *whisky*, Lang, pero a cambio espero un poco de cooperación.

La siguió con la mirada mientras la muchacha atravesaba la sala en dirección al estante de los licores.

—No te olvides del limón.

—No tengo limón. Tendrás que beberlo sin él.

Lo sirvió de mala gana y se acercó al sofá. Permaneció allí de pie y le tendió el vaso.

—Esta noche no ha sido sólo *whisky* lo que me has quitado —le recordó, mientras cogía el vaso.

—No —respondió Kali—. También te he evitado la oportunidad de que hicieras el ridículo delante de todo el mundo. En tales circunstancias, deberías estarme agradecido, Lang.

Antes de que Kali pudiera retirar la mano, Lang la agarró de la muñeca. La miró con malicia ante la expresión de sorpresa de la muchacha.

—Permíteme mostrarte cuán agradecido estoy, vicepresidente Kali Havelock —dijo con una vehemencia tal que sobresaltó a Kali. Ella había creído tener la situación en sus manos.

Lang dejó el vaso en la mesa con cuidado y la sentó en sus piernas.

—¡Lang! ¿Qué crees que estás haciendo? ¡Suéltame! ¡Estás completamente borracho!

Su reacción inmediata fue intentar liberarse por la fuerza, y forcejeó durante algunos instantes. Casi enseguida, se dio cuenta de que no era el modo apropiado de controlar la situación. Lang la cogió de las muñecas con una sola mano. De pronto, Kali quedó tendida a su lado en el sofá.

—Basta de forcejeos —murmuró Lang en tono amable y que irritó aún más a Kali.

—¡Suéltame, Lang! ¡No sabes lo que haces!

—Estoy haciendo exactamente lo que había pensado hacer en mi cumpleaños —respondió, mientras inmovilizaba a Kali con una pierna —. Debo admitir que no eres la mujer con la que tenía planeado hacerlo, pero en este mundo un hombre debe adaptarse…

Se inclinó e intentó besarla, al tiempo que aprovechaba el peso de su propio cuerpo para mantenerla contra los almohadones. Kali volvió la cabeza hacia un lado, pero él, implacable, la siguió hasta encontrar de nuevo los labios de la muchacha.

El beso era cálido, con un leve sabor a *whisky*. Le rozó la boca con los labios de un modo vacilante, como para darle la oportunidad de que aceptara aquel contacto.

Con la otra mano, Lang empezó a acariciar el terciopelo negro que cubría las caderas de la muchacha. Era evidente que esperaba algo, pero Kali tardó en darse cuenta con exactitud de qué era lo que

esperaba.

Por fin, la parte racional de la mente de Kali recuperó el terreno perdido. Lang, por supuesto, sólo esperaba ver qué clase de actitud adoptaría Kali en ese momento.

Kali imaginó el esfuerzo que Lang debía de haber realizado para controlarse y dejarse convencer de que no siguiera a Gwen y a Aaron Mather. Si a eso se le agregaba no sólo su orgullo herido sino también demasiado *whisky* y un temperamento ilógico y primitivo, el resultado era una bomba.

Se daba cuenta de que quería que ella se resistiera. Quería sentirse protagonista en una noche que había resultado para él un fracaso. Era comprensible. Kali, desesperada, intentaba hallar el mejor modo de salir airosa, aún cuando Lang continuaba acariciándole las caderas de forma incitante.

—Deséame feliz cumpleaños, vicepresidente Kali —le susurró, mientras le rozaba los labios con los suyos—, o bien sírveme algo más de *whisky*. Estoy dispuesto al soborno, creo…

Levantó un poco la cabeza para mirarla de un modo provocativo. Kali respiró hondo. Aún intentaba decidir qué debía hacer para salir de aquella embarazoso situación. Cuando Lang le quitó las gafas y las colocó sobre la mesa, la muchacha se dio cuenta de que tenía que darse prisa.

Lang Sterling buscaba pelea. Necesitaba reivindicar su machismo herido. La forma más eficaz de recomponer la situación era concederle lo que buscaba y permitir después que él creyera que la había conquistado. Por supuesto, esa táctica funcionaría en caso de que el modo de operar de Sterling fuese normal.

—Vamos, vicepresidente —murmuró, mientras le acariciaba una oreja con la nariz—. Deséame feliz cumpleaños y dame un beso de regalo…

—Tu cumpleaños me tiene sin cuidado —replicó Kali entre dientes; consiguió darle un leve puntapié en la pantorilla—. Esta noche te he traído aquí para hablar de negocios. ¡Suéltame, Lang!

Como respuesta, Kali obtuvo un mordisco en el lóbulo de la oreja. No había motivos para pensar que Lang reaccionaría con violencia, pero esa noche había bebido demasiado…

De todos modos, Kali había tomado una decisión y comenzó a librar una dura batalla. Si bien estaba maniatada, intentó empujarlo.

Empezó a darle patadas y a mover la cabeza de un lado a otro para evitar que la besara. Era una actuación muy convincente, teniendo en cuenta que sólo se trataba de algo fingido.

—Esta noche deseaba una mujer, Kali Havelock —dijo él cuando Kali comenzó a jadear a raíz de sus propios esfuerzos—. Dado que estabas tan ansiosa por reemplazar a la que yo había conseguido, puedes desempeñar muy bien el papel.

Mientras continuaba aferrándose las manos, se incorporó para quitarse la chaqueta y arrojarla sobre la alfombra. Kali se dio cuenta entonces de que Lang Sterling era más difícil de dominar de lo que ella había creído.

—No permitiré que me pongas las manos encima —dijo, sin dejar de forcejear.

—¿No?

Mientras la miraba, Lang empezó a subir la mano hasta detenerse justo debajo de los pequeños senos de Kali.

—¡No!

Intentó ser convincente, pero sentía que aquel contacto era casi una delicada caricia.

—Debí suponer que eras la clase de mujer que lleva sostén a pesar de tener unos senos tan pequeños.

—¡Lamento no complacerte! Al marcharte puedes anotar las sugerencias y comentarios en el formulario apropiado.

Kali estaba furiosa.

—No me quejaba —respondió Lang en tono burlón, mientras con el pulgar le rozaba el pezón oculto bajo la blusa. Le acarició el cuello con los labios cuando Kali intentó apartarse de él—. Se adapta perfectamente a mis manos.

¿Quién diablos se creía que era? Se movió bruscamente, y al hacerlo consiguió morderle en el cuello.

—¡Ay!

Después de murmurar algo entre dientes, Lang se incorporó de forma que Kali quedó tendida debajo de su cuerpo. El impacto le quitó la respiración y en un descuido la muchacha entreabrió los labios para tomar aire.

Fue entonces cuando Lang aprovechó la oportunidad. Se inclinó sobre ella con rapidez, y comenzó a besarla antes de que ella pudiese reaccionar.

Kali lo empujó con todas sus fuerzas, pero era como si intentara mover una montaña. Se defendió entonces de aquella lengua invasora con los dientes.

Lang se desquitó y le dio un mordisco en el labio. Al mismo tiempo deslizó las manos y empezó a levantarle la falda lentamente.

Cuando Kali se rindió a aquel beso y le permitió volver a explorar el interior de su boca, se dio cuenta de que Lang percibía una victoria inminente. Sin embargo, en lugar de levantar la guardia, decidió consolidar el terreno ganado, y con la rodilla hizo que la muchacha separara las piernas. Después, apretó su cuerpo contra el de Kali.

Ante ese movimiento Kali gimió al tomar plena conciencia de la excitación de Lang. ¿Acaso no se suponía que el exceso de bebida privaba al hombre de su capacidad sexual? ¿Cuánto *whisky* había bebido Lang esa noche? Kali había contado los vasos en la fiesta de Amanda, y podría haber jurado que…

Sus pensamientos se interrumpieron al darse cuenta de que la mano de Lang había descubierto los botones de la blusa. No podía hacer nada para evitar que continuara. Era el momento para dar el próximo paso. La batalla ya era una realidad.

—¡Oh, Lang! Por favor, yo…

Ese leve gemido fue solo una actuación. Kali dejó de resistirse y permitió que su cuerpo se relajara bajo el de Lang. En ese momento no podría haber dicho qué había oculto en aquel ruego, lo importante era que Lang lo tomara como una rendición.

—¿Por favor qué, Kali? —preguntó en tono burlón, pero el ataque se hizo más suave. Desafortunadamente, no dejó por ello de desabrocharle la blusa. Kali no sabía cómo protestar sin estropear la aparente conciliación.

—Yo… siento haber provocado…

Cerró los ojos al advertir que Lang había encontrado el broche del sostén. ¡No, no debía!

Sin embargo, ya lo estaba haciendo. Deslizó la mano y con el pulgar empezó a acariciarle el pezón erecto de uno de sus senos. Experimentó una sensación tensa, casi dolorosa.

Entonces, antes de que Kali pudiese hallar el modo de detenerlo, Lang comenzó a rozarle el cuello con los labios para luego acariciarle con la lengua los pezones.

—Oh… —El gemido de Kali quedó ahogado cuando Lang le besó

con suavidad los pezones—. ¡Lang, no! Por favor, yo no…

Pero la protesta fue poco convincente y Lang no hizo caso de ella. Parecía que lo único que le importaba era obtener una respuesta del cuerpo de la muchacha. Comenzó a dibujar círculos concéntricos desde la base de los senos hasta los pezones y otra vez hacia abajo.

Kali se dio cuenta de que arqueaba su propio cuerpo contra el de Lang. Inconscientemente deseaba más de él. Enredó los dedos en su pelo y lo atrajo más hacia ella.

¿Qué le estaba sucediendo? Estaba a punto de perder el control de la situación por completo justo cuando su plan parecía funcionar. Lang buscaba ansiosamente la satisfacción. Ése era el momento para retomar las riendas y conducirlo por el camino que ella deseaba.

Kali no comprendía por qué había necesitado hacer un esfuerzo de voluntad para lograr que Lang volviera a su cauce normal, pero en ese momento no tenía ganas de analizar el asunto.

—Lo siento —repitió Kali mientras le acariciaba la nuca con los dedos—. No debí intentar presionarte esta noche. Es sólo que… tenía necesariamente que hablar contigo…

Lang levantó la cabeza de mala gana y tomó el rostro de Kali entre sus manos. Sus ojos la miraban, ansiosos, llenos de deseo.

—Hablaremos —prometió—. Más tarde.

Al darse cuenta de cuán delicada era la situación, la muchacha escogió las palabras con sumo cuidado.

—Lang apenas te conozco. No puedes continuar con esto… —Se humedeció los labios con la punta de la lengua—. Sé que he sido yo la que ha provocado esta situación, pero debes creerme, no pensaba que llegarías a enfadarte…

Lang sonrió con una sensualidad tal que dejó a Kali sin aliento.

—Ya no estoy enfadado.

—Entonces… ¿por qué… por qué continúas, castigándome? —preguntó con suavidad.

—¿Castigarte? ¿Así lo llamas?

Kali tuvo que apartar la mirada al ver su expresión de malicia.

—Nuestra… nuestra relación debe ser de negocios —susurró.

—Todo el tiempo te he estado diciendo que esta noche no me interesan los negocios —protestó, pero Kali advirtió cierta vacilación y debió reprimir un suspiro de alivio. Volvía a recuperar las riendas de la situación. Sólo podían ser indulgentes los hombres que tenían

control de sí mismos. Su táctica había funcionado.

—Comprendo, pero todo lo que he tenido en mente han sido los negocios —dijo en un tono encantador—. Me has tomado por sorpresa y yo… necesito tiempo para recuperarme. ¡Después de todo, apenas te conozco!

—Nos habríamos conocido muy bien por la mañana —susurró de forma sugerente, mientras inclinaba un poco la cabeza para rozarle la barbilla con los labios.

—Esta noche deseabas a Gwen, no a mí —le recordó.

—Ah… —asintió con la cabeza—. Entonces ése es el problema. No te gusta la idea de tener que sustituir a nadie, ¿verdad?

—Prefiero saber que me desean a mí por mí misma y no por lo que cualquier mujer daría igual o porque soy objeto de un desquite…

Lang vaciló, como si meditara en el asunto.

—Estás hablando de orgullo, Kali Havelock —dijo por fin con cierta arrogancia—, y esta noche mi orgullo ha sufrido bastante por tu culpa.

—Ahora me doy cuenta —admitió con humildad, y todavía algo temerosa.

Lang permaneció en silencio durante un momento y de pronto se incorporó y se sentó. Cogió el vaso de *whisky* y luego lo levantó en un brindis, diciendo:

—Por el orgullo.

Al ver su oportunidad, Kali se sentó y se cubrió con la blusa.

—Y por tu cumpleaños —agregó con delicadeza.

—Por mi cumpleaños.

—¿Un poco más de café? —sugirió. Estaba de pie al lado de Lang y se sentía como si hubiese escapado de una pantera.

—¿Por qué no? —dijo, recostándose sobre el sofá. Kali se volvió inmediatamente, recogió las tazas de café frío y se dirigió a la cocina.

Mientras servía el café se dio cuenta de que no estaba segura del estado de ánimo de Lang. Ya no parecía enfadado o irritado pero no había ninguna garantía al respecto. Tal vez si lograba que bebiera suficiente café, entonces podría hacer que hablaran de negocios.

Pero realmente esa noche las cosas se habían complicado demasiado. Tal vez era mejor llamar a un taxi y enviarlo a casa. Por la mañana podría retomar la conversación de nuevo desde una perspectiva distinta.

Sí, ésa era la solución más práctica. No importaba el hecho de que le temblaran las manos mientras servía el café. Sus sentidos estaban alterados y respiraba con dificultad. ¡Maldición! ¿Qué le sucedía? Debía tener absoluto control sobre sí misma antes de encargarse de Lang.

Recogió las tazas y se dirigió a la sala mientras consideraba las distintas opciones, sin hallar ninguna que le pareciera adecuada.

De pronto se detuvo al ver que Lang no estaba donde lo había dejado.

Durante un momento se asustó, pero luego vio un zapato negro que asomaba por debajo del sofá. Kali se acercó de puntillas.

Lang Sterling dormía apaciblemente, tendido en los almohadones.

Capítulo 3

La mañana siguiente, el sonido del timbre despertó a Kali.

Pestañeó un poco y permaneció tendida durante un momento, mirando el techo. Había otro ruido que rompía el silencio: la ducha del cuarto de baño.

Al darse cuenta de quién podía ser el intruso, Kali se incorporó de golpe, sobresaltada. Apoyó los pies descalzos en la alfombra, se pasó la mano por el pelo largo y enmarañado y se puso de pie. El timbre de la calle volvió a sonar.

—¡Maldición! ¿Quién diablos…?

Se puso la bata, las gafas y sin reparar en su aspecto se dirigió a la sala.

La única señal de su huésped imprevisto era la chaqueta negra colgada en el respaldo de una silla. Kali la miraba cuando el timbre volvió a llamar su atención.

—Ya voy —dijo. Apretó el botón del portero automático—. ¿Sí?

—¿Kali?

Retiró el dedo del botón como si se hubiera quemado. Estaba segura de haber reconocido aquella voz.

—Soy Kali —respondió.

—Soy Davis, Kali. Me gustaría subir a verte.

Le sorprendió que Davis Wakefield hubiera decidido ir a verla. Podía decirse que hubo un tiempo en el que habían sido «buenos amigos».

—¡Davis! No tenía ni idea de que estabas en la ciudad. ¿Qué puedo hacer por ti? —Kali se mordió el labio inferior.

Se produjo un silencio cuando Davis se dio cuenta de que aquella pregunta era un mero cumplido. Kali sonrió. Podía imaginar el ceño fruncido en el rostro de aquel «viejo amigo». También recordó el pelo y los ojos castaños con esa mirada impenetrable. Davis Wakefield era un hombre de éxito. Había aprendido mucho de él. Pero ¿había aprendido lo suficiente?

—Creo que imaginas lo que me trae a Seattle —murmuró Davis fríamente—. IAI y Hadley Industrial parecen estar detrás de la misma presa.

La «presa» de pronto comenzó a cantar mientras se duchaba. Era una versión desentonada de un éxito de la música *country*. Kali dudaba de que Davis pudiera oírlo, pero fue suficiente para interrumpir sus propios pensamientos.

—¿Perdón, Davis?

—Déjame subir, Kali. Ha pasado mucho tiempo. Deberíamos discutir nuestros intereses comunes, ¿no crees? Además, podrías invitarme a una taza de café —agregó con tanta camaradería que sobresaltó a Kali.

Exagerar la amabilidad no era algo típico de Davis. ¿O acaso ella se había vuelto mucho más observadora durante el último año?

—Es muy temprano, Davis.

—¡Me lo vas a decir a mí! ¡Hace casi una hora que el avión ha aterrizado en el aeropuerto
Sea-Tac
y todavía no he conseguido desayunar! Siempre preparaste un café exquisito, cariño. Además, ¿no crees que deberíamos comparar nuestras ofertas?

Kali trazó un rápido resumen de la situación. ¿Qué posibilidades tenía de que Davis regresara a Palo Alto sin la «presa» en sus manos?

Echó un vistazo hacia el pasillo. Si Davis pensaba que ella tenía a Lang Sterling en sus manos y dispuesto a venderle las patentes a IAI, ¿abandonaría la batalla antes de comenzar?

El elemento imprevisible de todo el asunto era el mismo Lang, por supuesto. ¿Cómo reaccionaría si se encontraba a otro hombre en la casa al salir de la ducha? ¿Pero si descubría que el otro hombre estaba también dispuesto a pagarle una gran suma por sus patentes?

¿Qué podía perder Kali? Probablemente no lograría evitar a la competencia, pero podría darle algún motivo de preocupación.

Después de todo, no había demasiadas explicaciones que dar si se encuentra a un hombre en casa de una mujer a esa hora de la mañana.

Era seguro que Davis por lo menos se sobresaltaría al creer que Kali tenía la costumbre de pasar la noche con el hombre que ambos perseguían.

—Está bien, Davis, sube.

—Gracias, Kali. Tengo muchas ganas de verte. Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad?

—Casi un año.

Se apoyó en la pared e intentó concentrarse. Lang seguía cantando en la ducha. Deseaba que continuara dentro del baño hasta que Davis llamara a la puerta. Un hombre que cantaba bajo la ducha otorgaba un toque agradable a la escena. ¿Y cuando ese hombre finalmente saliera y lo presentara…?

En los escasos minutos que el ascensor tardó en llegar al décimo piso, Kali se cepilló un poco el pelo y prefirió dejárselo suelto. Se miró en el espejo y decidió que le daba un aire más informal.

Cuando estaba preparando el café, pensó con cierto temor en la situación que había «maquinado». Había demasiados puntos imprevisibles. ¿Cómo reaccionaría Lang? Contaba con que su ego masculino lo hiciera actuar en favor de ella, pero… ¿qué ocurriría si esa mañana decidía que los negocios eran más importantes?

¡Maldición! No debía haber hecho subir a Davis, pensó al oír el timbre. La situación conllevaba demasiados riesgos. ¿O no? ¿Qué podía perder?, volvió a preguntarse. Aun cuando el plan no funcionara, no podía resultar peor que antes.

Kali hizo un esfuerzo e intentó fingir serenidad al abrir la puerta.

—Hola, Davis. ¿No vas a pasar?

La muchacha hizo un ademán, al tiempo que lo observaba con cierta curiosidad. Después de todo, había pasado un año…

Davis la miró con la misma curiosidad.

—Kali —dijo simplemente. Luego extendió la mano y se la puso suavemente bajo la barbilla para besarla.

Kali se paralizó, pero enseguida logró vencer esa reacción instintiva. Estaba furiosa consigo misma por haber evidenciado cierta inquietud. Con un gran esfuerzo de voluntad, permitió que la besara. Cuando los labios de Davis rozaron los suyos, la muchacha se dio cuenta de que él había oído el ruido de la lucha. Se sintió satisfecha.

Lang había dejado de cantar un poco antes de que sonara el timbre, pero no había cerrado el grifo. Davis frunció el ceño y el beso se interrumpió.

—¿Hay alguien?

—Sí, pero por favor, toma asiento, Davis. Te traeré una taza de café. Te veo muy bien —agregó mientras le señalaba el sofá.

En ese momento, advirtió que la chaqueta negra de Lang aún estaba colgada en el respaldo de la silla. Davis también la vio, pero no hizo ningún comentario. Sin embargo, Kali percibía su confusión y se alegró.

—Tienes una casa preciosa, Kali —dijo con una tranquilidad engañosa, mientras se acercaba al ventanal—. ¿Cuándo te has ido de Capitol Hill?

—Hace seis meses aproximadamente.

De repente se produjo un silencio en la habitación cuando dejó de oírse la ducha. Kali miró a Davis de reojo mientras le servía el café. De pronto, pareció ponerse tenso.

—¿Tu huésped… se molestará si me encuentra aquí? —preguntó cuándo Kali regresó a la sala con las tazas de café.

—¿Acaso quieres saber si te pegará?, no temas, Davis —dijo con una sonrisa, mientras se sentaba—. Mi huésped está aquí por una cuestión de negocios.

La miró con indiferencia.

—¿Negocios?

Davis echó un vistazo a la chaqueta negra mientras tomaba asiento en el sofá.

—Pues sí. Tú mejor que nadie deberías saber qué fácil es combinar los negocios con el placer. Eres tú quien me lo ha enseñado —sonrió con amabilidad—. Y te alegrará saber que jamás he olvidado la lección final: los negocios ante todo.

Davis cogió la taza de café. Kali se daba cuenta de cómo la observaba.

—Kali, no puedes culparme por el curso que tomaron los acontecimientos. ¿Quién podría haber previsto la oferta de Hadley en ese momento? Y no puedes decir que el resultado final no haya beneficiado tu carrera…

—Ah, por supuesto, enormemente. Pero aun cuando las cosas hayan salido del mejor modo, me resulta difícil no sentirme molesta

por haber sido utilizada.

Se encogió de hombros.

—Es cuestión de tener habilidad para escoger el momento adecuado. Después de todo, se debe actuar cuando se presenta la oportunidad.

—Absolutamente de acuerdo —murmuró ella mientras bebía café.

No sabía qué hubiera dicho después. El momento de tensión fue interrumpido por un silbido que entonaba la misma melodía de la ducha. Echó un vistazo hacia el pasillo.

Davis Wakefield se puso tenso. Apretó los dientes en un gesto de irritación mientras volvía la cabeza para seguirle la mirada.

Lang Sterling hizo su aparición con la naturalidad de un hombre que se siente en su propia casa. Era evidente que se dirigía a la cocina. Llevaba sólo una toalla alrededor de la cintura. Tenía el pelo mojado y el vello del pecho cubierto de diminutas gotas de agua.

Kali experimentó un impacto sensual que ocultó de inmediato. La noche anterior Lang sólo se había quitado la chaqueta y aflojado la corbata. Si bien había sentido la robusta musculatura de su cuerpo y los contornos de su virilidad, no había visto la fortaleza de sus brazos ni de su torso.

Sin embargo había algo que no debía preocuparía en ese momento: cómo afectaba a esos dos hombres su reacción ante la semidesnudez de Lang. Ambos parecían haber olvidado su presencia por completo al estar uno enfrente del otro.

Si bien Davis tenía la ventaja de estar un poco preparado, fue como si no lo estuviese. Pareció tan sorprendido como si no hubiese sabido que había un hombre en la casa. Sólo pudo mirarlo fijamente. Por primera vez, Kali se daba cuenta de que el gran Davis Wakefield no sabía cómo manejar la situación, y aquello la complacía enormemente.

Sin embargo, Lang pareció no preocuparse. Se detuvo un momento para mirar a Davis de arriba abajo y luego continuó rumbo a la cocina. De todos modos, no le resultó indiferente el hecho de hallar a otro hombre en la casa a esas horas de la mañana.

—¿Quién diablos es usted?

Kali contuvo la respiración mientras oía los ruidos que Lang hacía al servirse café. Unos segundos después apareció con la taza en la mano, y permaneció de pie con las piernas levemente separadas,

aguardando una respuesta. Miraba al otro hombre con un descaro irritante. Hizo caso omiso de la presencia de Kali, pues toda su atención estaba centrada en el otro hombre.

Davis recuperó el aplomo y respondió:

—Davis Wakefield. Soy amigo de Kali.

No hizo el menor intentó de tenderle la mano para saludarlo. Había dicho aquello en un tono que parecía implicar que había una relación más que amistosa. Kali sintió que los nervios le oprimían el estómago.

—Ya no lo es —respondió Lang, inexorable. Luego se volvió hacia Kali y le dijo—: Despídete de tu amigo, cariño, y acompáñalo hasta la puerta.

Si no hubiera sido por el hecho de que Lang había reaccionado tal como ella deseaba, ésa hubiera sido una buena oportunidad para ponerlo en su lugar.

—Como tú digas —respondió Kali, mientras observaba a Davis y se preguntaba si se marcharía en silencio.

—Creía que era un conocido de negocios —dijo entre dientes, al tiempo que se ponía de pie.

—Lo es —le aseguró mientras lo acompañaba a la puerta. Davis se marcharía en silencio, pues detestaba las escenas. Prefería el tacto a un ataque frontal. Además, era lo suficientemente astuto como para retroceder cuando sabía que tenía todas las de perder.

Sin embargo, su mirada ocultaba una furia reprimida. Se detuvo en la puerta y murmuró:

—¿Dónde has encontrado ese ejemplar del hombre de Neanderthal? Jamás hubiese imaginado que era tu tipo.

—Como te he dicho —respondió Kali en voz baja, pues sabía que Lang la observaba, apoyado en el marco de la puerta de la cocina—, son negocios. Se llama Lang Sterling, también conocido como «la presa»… —agregó, justo cuando cerraba la puerta detrás de Davis.

La cerró con firmeza ante el rostro anonadado de Davis. Se sentía satisfecha y en su expresión se manifestaba la sensación de triunfo. Lang la observaba con el ceño fruncido.

—Ésa es una costumbre desagradable —le dijo.

Lo miró, sorprendida, ya que pensaba en las posibles consecuencias de la situación que ella misma había provocado deliberadamente. Se alejó de la puerta y se dirigió hacia donde había dejado la taza de

café.

—¿Cómo?

—Me refiero a esa costumbre de traer hombres a tu casa a cualquier hora del día o de la noche. ¡Lo menos que podrías hacer es esperar a que salga uno antes de que entre el otro!

Le dijo aquello malhumorado.

—Lang…

—Mira —la interrumpió—, sé que anoche fue decepcionante que me quedara dormido, pero no había necesidad de buscarte un sustituto con tanta rapidez…

Kali lo miró mientras daba un sorbo de café.

—¡No seas ridículo! No he salido a buscar a ningún sustituto. Davis es un viejo conocido que acaba de llegar a la ciudad. Es bastante normal que viniera a saludarme.

—¡Es más que un viejo conocido!

Kali no dijo nada. No era sólo molestia lo que Lang sentía, pero tampoco podían ser celos. Para empezar, Kali no le gustaba demasiado a Lang, por lo tanto no podía sentir celos. Ella había confiado en el carácter impetuoso de Lang y en el hecho de que era la clase de hombre que primero reaccionaría ante la situación que ella había planeado y luego pensaría. Había funcionado, pero si deseaba consolidar el triunfo, sería mejor que manejara el asunto con cuidado en lo sucesivo.

—Se llama Davis Wakefield —le dijo, mientras se sentaba en una silla y lo miraba con una sonrisa en los labios.

—Eso ya lo sé —respondió él, irritado y se sentó en el sofá—. Vas a mojar los cojines, estás empapado —señaló la muchacha con delicadeza.

Lang se levantó de inmediato.

—Lo siento, me vestiré y así podremos hablar sin que se estropeen los muebles.

Dejó la taza de café sobre la mesa con cierta violencia y se dirigió al cuarto de baño.

Cuando entró en la sala, se había puesto los pantalones y la camisa blanca, aunque no se había abrochado los primeros botones y se le podía ver parte del pecho al descubierto. Kali inclinó la cabeza hacia un lado mientras observaba a Lang peinarse. No quería admitir que el verdadero motivo por el que lo había obligado a vestirse era que la

perturbaba verlo cubierto solo con una toalla.

—¿Entonces quién es, Kali? —preguntó, después de dejar el peine y coger la taza de café. La miró de un modo penetrante.

—Es una larga historia.

—Escucho…

—Bueno, lo que más te puede interesar es que representa a Hadley Industrial Systems —comentó, sin dar importancia al hecho.

Lang se atraganto al escuchar aquello.

—¿Qué? —Logró articular, estupefacto—. ¿Hadley? ¿Representa a Hadley?

—Me temo que sí —sonrió—. El hombre que acabas de echar de mi casa es mi principal competidor.

—Dios mío…

—Sí —dijo Kali—. Es una situación embarazosa para ti.

—Oh, Dios…

—¿Más café?

Kali obtuvo una mirada fulminante por respuesta.

—¡Lo tenías todo planeado! —la acusó Lang.

—En absoluto —se defendió Kali—. ¡No tenía ni idea de que Davis aparecería aquí esta mañana! ¡Ni siquiera sabía que en Hadley estuvieran interesados en ti hasta que anoche lo mencionaste!

—¡No puedes negar que todo te ha salido maravillosamente!

—Sólo he sido una inocente espectadora —contestó Kali—. Nadie te ha pedido que interpretaras al amante enfurecido y te pusieras en ridículo.

—Anoche —replicó Lang, poniéndose de pie— estabas dispuesta a que no desempeñara ese papel —se dirigió hacia la ventana mientras se pasaba una mano por el pelo. De pronto se volvió hacia ella, acusándola con la mirada—. Anoche evitaste que hiciera el ridículo porque te convenía, ¿no es así? ¡Sin embargo, esta mañana te convenía que me peleara con alguien con quien intentaba congraciarme! ¡Después hablan de los robots! ¡Eres peor que Nalg!

—¿Nalg? —preguntó, irritada por aquellas acusaciones.

—Olvídalo —dijo al tiempo que se paseaba a grandes zancadas de un lado a otro de la habitación—. ¡Ha sido el engaño más…! —se interrumpió pues parecía no hallar el calificativo exacto.

—¡En mi comportamiento no ha habido trampa o engaño alguno!

Kali no sabía bien por qué se molestaba en protestar. Era evidente

que Lang no estaba de ánimo para escucharla, pero ella se sentía obligada a defenderse.

—Mi actitud ha sido absolutamente franca y práctica.

—¡Práctica! —Se volvió hacia ella bruscamente y le dirigió una mirada fulminante—. ¿Dónde diablos aprendiste esa clase de comportamiento práctico, Kali Havelock?

Kali tomó aire para calmarse; no permitiría que le hiciera perder los estribos. No pensaba permitir que Lang se le escapara.

—Acabas de conocer al hombre que me enseñó todo lo que sé.

Esa respuesta le sorprendió un poco.

—¿Wakefield? ¿Quién es?

—Ya te lo he dicho, representa a Hadley Industrial Systems. En realidad es el presidente.

Lang hizo un gesto con la mano, como restándole importancia a ese hecho, movió la cabeza y preguntó:

—¿Quién es para ti? Y no trates de convencerme de que es un viejo conocido de negocios —la tensión de Lang comenzaba a afectarla, a pesar de que estaba decidida a no perder el control.

—Pero es exactamente eso.

—Kali…

—¿Quieres conocer todos los detalles? —dijo, horrorizada al ver que empezaba a enfurecerse—. Está bien, te lo contaré todo. Davis y yo trabajábamos juntos en IAI. Yo estaba en un cargo inferior al suyo y me enseñó todo lo que hay que saber del mundo de los negocios, cómo debía relacionarme para poder obtener la mayor ventaja posible. Posee un instinto especial para manejar a la gente y cualquier situación con facilidad, y eso le ha permitido ganar un ascenso detrás de otro. Yo estaba ansiosa por aprender. Entonces llegó el día en que lo designaron para ocupar la vicepresidencia de IAI, pero había una condición. La dirección se había enterado de que era un poco *playboy* y deseaban que el cargo lo ocupara un hombre más circunspecto. En resumen, era evidente que preferían a un hombre casado. En algunos aspectos IAI es un poco anticuada. —Kali se interrumpió.

—Continúa —insistió Lang.

—Después de aquello, el hombre a quién yo más admiraba profesionalmente me propuso matrimonio.

Kali levantó la cabeza. Miró al vacío con una expresión de rabia reprimida.

—¿Fuiste la prometida de Wakefield?

—Durante casi un mes.

—¿Qué sucedió? —preguntó Lang.

—Davis tuvo una oferta para ocupar la presidencia de Hadley Industrial Systems. Hadley —continuó, mientras intentaba controlarse — es una empresa mucho más liberal que IAI, por lo menos en lo que se refiere a la vida privada de sus altos cargos. No pedían que su nuevo presidente estuviese casado.

—Caramba —murmuró, sorprendido—. ¿Quieres decir entonces que rompió el compromiso y se marchó a Palo Alto, no es así?

—En pocas palabras, así es. Excepto por un detalle —agregó Kali, con una extraña sonrisa.

—¿Cuál?

—Después de que Davis se marchara a Palo Alto, aún quedaba una vicepresidencia vacante en IAI —señaló Kali.

Lang la miró sombríamente.

—Y tú eras la candidata más cualificada…

—Sí.

—Comprendo; pero a ti no te exigieron que estuvieras, casada, ¿verdad?

—Yo no tenía la reputación que Davis —replicó fríamente—. Además, necesitaban alguien con las mismas habilidades y contactos de Davis y yo era la única que cumplía esos requisitos. Como el maestro no estaba disponible, decidieron quedarse con la alumna.

—Increíble —dijo con sarcasmo—. Tengo la mala suerte de ser el instrumento para demostrarles a tus superiores que eres tan buena como el hombre que ellos hubieran preferido. En segundo lugar, para vengarte un poco de Wakefield, ¿verdad?

Ese inesperado gesto de perspicacia molestó a Kali.

—¡En absoluto! Simplemente debo hacer un trabajo y lo haré lo mejor posible.

—Y tu trabajo consiste en obstaculizar mi camino —agregó.

—Mi firma está dispuesta a pagarte muy bien por tus patentes —le recordó.

—¡Supusiste que yo deseaba ver cómo Hadley e Interactive Automation entraban en una guerra de propuestas! —la acusó.

—¡No es necesario que nos involucres en una guerra de propuestas! Pagaremos más y podemos ofrecer muchos otros

beneficios además de dinero.

—¿Lo de anoche fue un ejemplo? —preguntó, mientras se dibujaba una peligrosa sonrisa en sus labios al señalar el sofá de un modo significativo.

Kali sintió que se ruborizaba. ¡No permitiría que esa… esa insinuación absolutamente primitiva la perturbara de ese modo! Sin embargo, contra su voluntad, se puso de pie con los puños cerrados.

—¡No, señor Sterling, anoche no fue un ejemplo de lo que IAI está dispuesta a ofrecer! ¡En ningún momento me diste la oportunidad de entrar en detalles con respecto a nuestra oferta, porque estabas terriblemente borracho y decidido a hacer el ridículo de un modo u otro!

—No tan ebrio que no pueda recordar lo que sentías tendida debajo de mí sobre el sofá. Tampoco tan ebrio como para no recordar el modo en que comenzabas a responder. Me acuerdo muy bien —continuó, despiadado—, por ejemplo, de cómo tus senos se amoldaban a mis manos, el modo en que los pezones se ponían erectos cuando los besaba, tus piernas que parecían enredarse con las mías…

—¡Basta!

Gritó, enfurecida ante el absoluto descaro de Lang.

—Creí que anoche me habías dicho que los vicepresidentes no se ruborizaban —señaló Lang.

—¿Cómo te atreves?

La miraba de un modo tan imperturbable que Kali sintió deseos de pegarle. Debió hacer un esfuerzo para controlarse.

—Me resulta sencillo tratar con autómatas. Soy un experto en el tema, ¿recuerdas?

—De todos los seres odiosos y despreciables, tú…

—Vamos —dijo, dirigiéndose a la silla donde estaba colgada la chaqueta—, ésta no es forma de tratar una cuestión de negocios.

—¡Cuestión de negocios!

Lang asintió con la cabeza y se puso la chaqueta.

—Tú y yo aún tenemos que hablar de negocios. Sugiero mañana por la noche. Cenaremos en mi casa. ¿De acuerdo? Estoy seguro de que ya debes tener mi dirección. ¿Te parece bien a las siete?

—No quiero cenar contigo —replicó, mientras buscaba desesperadamente la forma de controlar la situación. Estaba a punto de perder el terreno que había ganado y no sabía cómo evitar el

desastre inminente.

—¿Acaso no deseas envolverme en un prolijo paquete y entregarme a tu firma? —dijo al tiempo que se dirigía a la puerta—. Aún tengo unas patentes que vender y tú sigues siendo representante de una firma que desea comprarlas. Hasta donde yo veo, nada ha cambiado…

Tenía razón. Lang estaba casi en la puerta.

—¡Lang, espera!

Se volvió gentilmente y arqueó una ceja. ¡Estaba tan seguro de sí mismo! La noche anterior había conseguido dominar la situación y podría volver a hacerlo. Esa mañana las cosas se habían complicado un poco, pero no era culpa suya. Había hecho todo lo posible ante la inesperada llegada de Davis Wakefield. En realidad, su único error de táctica había sido permitir que Lang la hiciera enfurecer. La situación aún era controlable.

—Si realmente quieres hablar de negocios, aceptaré tu invitación —dijo con la mayor serenidad posible.

—Supuse que lo harías —dijo, volviéndose hacia la puerta—. A propósito, si te sientes un poco molesta, consuélate al pensar lo difícil que me resultará conseguir un taxi vestido así a las ocho de la mañana —como si recordara algo, se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una billetera—. Bueno, por lo menos no me has quitado las tarjetas de crédito. Te lo agradezco.

Kali lo vio marcharse en silencio, indignada.

Capítulo 4

¡Es un ser casi imposible, Mike! —Kali dejó sobre el escritorio las copias de las patentes de Lang, que había estado estudiando—. Honestamente, si no fuera por la evidencia de estos planos y descripciones, te hubiera resultado difícil convencerme de que ese hombre ha evolucionado más que las amebas. Parece dejarse llevar por un estúpido instinto masculino y un modo absolutamente machista de ver las cosas.

Mike Jarvis, sonrió, perspicaz.

—Fuiste tú la que me dijo que una criatura con todas esas debilidades sería fácil de convencer…

Lo miró fijamente, sin poder ocultar la chispa de humor que asomaba en sus ojos.

—Recuerda, Michael Jarvis, que puedes ser reemplazado…

—No, no, Kali —dijo al tiempo que sonreía ante la broma de Kali —, eres tú la que puedes ser reemplazada, ¿lo recuerdas? Por eso me has contratado.

—Los modernos sistemas de administración tienen algunas desventajas —bromeó Kali, mientras cogía otro expediente con la etiqueta «Sterling».

Mike tenía veintiséis años; era un hombre de facciones delicadas y modales muy corteses que a veces ocultaban su inteligencia aguda y su ambición. Pero Kali había detectado ambas en la entrevista inicial. Kali había empezado a buscar alguien que estuviera capacitado para ocupar su propio puesto o uno similar una vez que ella se retirara. El hecho de enseñar al propio sucesor requería un poco de valor, porque

siempre existía la posibilidad de que esa persona fuera un fracaso. Sin embargo, por lo general daba resultado a largo plazo.

Por otra parte, la gerencia apreciaba la seguridad de que hubiera alguien disponible para ocupar el puesto del titular que decidiera abandonarlo. Aquel que se esmeraba en preparar a un sucesor, tenía la ventaja de parecer interesado en el buen funcionamiento de la empresa. Era una imagen que se debía fomentar, si bien acarreaba algunos riesgos inevitables. Por ejemplo, la amenaza de descubrir que se ha enseñado a un joven que ante la primera oportunidad puede atacar a su maestro con la esperanza de ocupar el puesto antes de lo previsto. Sin embargo, esta amenaza era insignificante comparada con las ventajas de mostrarse interesado en el futuro de la empresa ante los ojos de la gerencia.

Ésa era otra lección que había aprendido de Davis Wakefield. Ante ese pensamiento, Kali apretó los informes que llevaba en las manos con rabia. Hizo un esfuerzo y se obligó a serenarse. Aún poseía el dominio de sí misma y del negocio que tenía entre manos.

—¿Cómo te fue anoche? —preguntó Mike.

—No tan bien como había esperado —suspiró Kali—. Creo que subvaloré el aguante de Sterling bebiendo *whisky* —admitió—. Mi único logro en las últimas veinticuatro horas ha sido descubrir que Hadley Industrial Systems es nuestro principal competidor.

Mike se sorprendió.

—He oído hablar de ellos…

—No sólo has oído hablar de ellos. Todo lo que te estoy enseñando lo aprendí de su nuevo presidente.

—Ah —durante un momento pareció desconcertado, pero su mente brillante percibió inmediatamente lo que aquello significaba—. En otras palabras, estás compitiendo con tu antiguo tutor.

—Algo por el estilo —admitió—. He conseguido deteriorar un poco la relación potencial entre Sterling y Hadley Industrial, pero me temo que no lo suficiente.

—Bueno, algo es algo…

—No sé. Si Sterling decide tragarse un poco su orgullo puede volver a querer intentarlo con Hadley. Por el momento no está demasiado entusiasmado con IAI. Tenía pensado envolvernos en una guerra de propuestas con Hadley.

Mike volvió a sonreír.

—El hombre no puede ser tan tonto. Desde el punto de vista de Sterling, la idea tiene sentido.

—¿Acaso no crees que me doy cuenta de ello? Yo esperaba tener todo listo antes de darle la oportunidad de buscar otras posibles ofertas. —Kali agitó el expediente que llevaba en la mano—. No puede permitirse el lujo de permanecer al margen durante mucho tiempo mientras los candidatos se disputan sus patentes.

—Eché un vistazo a su expediente y parece estar convencido de la fortuna que conseguirá con esas patentes.

—¡Ya lo creo! Vive como un noble empobrecido que acaba de descubrir que un tío lejano ha fallecido y le ha dejado una fortuna y un título. ¡Mira esto! En una de esas agencias de coches de Bellevue ha encargado un DeLorean deportivo. Durante el mes pasado ha estado pagando con tarjetas de crédito, ha salido con mujeres de la clase de Gwen Mather, mujeres caras, durante semanas. Además, ha comprado varios cajones de uno de los *whiskys* de importación más caros. ¡Y no hablemos de la ropa! El traje que llevaba la otra noche no era alquilado, créeme…

—*Whisky* —dijo Mike y frunció el ceño—. Es la segunda vez que lo mencionas. El hombre no tendrá algún problema con la bebida, ¿verdad? Aunque fuese el científico más brillante, no nos beneficiaría si es alcohólico…

Kali negó con la cabeza y dijo:

—No, no hay ningún indicio de que tenga problemas con la bebida. Esa clase de cosas hubiera salido a la luz de inmediato cuando realizamos la primera investigación.

—Habías dicho que la otra noche bebió demasiado…

—La otra noche —comenzó la muchacha— era una ocasión especial. Estaba de celebración.

Mike la miró sin comprender y Kali agregó:

—Era su cumpleaños.

—Comprendo —replicó, aún un poco confundido. Kali estalló en una carcajada.

—¡Ojalá también yo hubiese comprendido! Por cierto, no fui demasiado indulgente con su deseo de celebrar su cumpleaños como correspondía. En fin, tendré otra oportunidad para hablar con él, y esta vez intentaré mejorar el enfoque.

—¿Cómo conseguiste que te invitara a cenar? —preguntó Mike con

curiosidad.

Kali hizo una mueca y respondió.

—Eso mismo me he estado preguntando desde ayer por la mañana. Por un momento creí que había echado todo a perder, pero él aún parece querer negociar. Sólo puedo pensar que se está poniendo un poco nervioso por todas las cuentas que pronto deberá pagar. Además, es probable que desee conducir ese DeLorean lo antes posible…

Kali dedicó más tiempo que de costumbre a elegir el atuendo que se pondría para la cena. Estaba decidida a impresionar sólo lo necesario, por eso descartó un traje de dos piezas por ser muy formal, un vestido de seda por ser demasiado elegante y un par de pantalones porque eran demasiado ceñidos.

Finalmente eligió un traje de color tostado y negro. La falda a cuadros, la blusa de seda y la chaqueta bordada constituían una conjunto adecuado para una cena de negocios. Junto con unos pequeños pendientes de bronce se lograba el efecto deseado. Kali decidió hacerse una trenza y recogerla en un moño sobre la nuca. Justo cuando se miraba en el espejo sonó el teléfono.

—¿Sí? —dijo con frialdad pues sabía que podría ser Davis.

—Vendrás esta noche, ¿verdad? —preguntó Lang con cierta cautela.

—Por supuesto —respondió Kali enseguida—. Tengo un informe de todas las cifras de IAI. Creo que la oferta te impresionará…

—Bien. No quería abrir el Cabernet sin necesidad —la interrumpió —. Te veré dentro de media hora.

Lang colgó el teléfono. La muchacha respiró hondo para calmarse. Debía tener paciencia, pues estaba tratando con un científico y éstos solían ser siempre un poco excéntricos. Cogió el bolso y se dirigió a la puerta.

Lang Sterling vivía en el bullicioso barrio de Capitol Hill. Era una zona que Kali conocía bien, pues había vivido allí antes de su reciente mudanza. La mayor parte de las casas eran de estilo victoriano. En ese barrio se concentraban los restaurantes más sofisticados de la ciudad al igual que una serie de tiendas de ropa de moda.

El edificio en el que vivía Lang resultó ser una casa antigua ubicada en una calle bordeada de árboles. Kali aparcó delante de la puerta. Subió con cuidado la escalinata de madera y entró en un portal antiguo. Tocó el timbre.

Como no obtuvo una respuesta inmediata, llamó otra vez. Se preguntó si después de todo ésa sería la dirección correcta. De pronto la puerta se abrió, pero Kali sólo vio un vestíbulo vacío. No había nadie detrás de la puerta.

—Bienvenida. Por favor, entre.

La voz metálica y monótona hizo que Kali inclinara un poco la cabeza. La muchacha instintivamente dio un paso hacia atrás y se tapó la boca con la mano.

Una criatura de metal y plástico le guiñaba un ojo. Sujetaba la puerta abierta con algo semejante a tres dedos de metal. Cuando Kali lo miró con una mezcla de sorpresa y admiración por la excentricidad de Lang, la criatura dio un paso hacia atrás, invitándola a pasar.

—Gr… gracias —logró decir Kali.

Después de todo, lo que estaba viendo no era demasiado inesperado. Sabía que la tecnología en esa clase de cosas estaba bastante avanzada. Quienquiera que no creyera en los robots, debía viajar a Disneylandia y allí podría verlos en acción cualquier día de la semana.

Cuando estaba atravesando el umbral, fascinada ante el pequeño robot, apareció Lang, secándose las manos con un trapo de cocina.

—¡Ah, eres tú! Gracias, Nalg, vuelve a la cocina. Pasemos a la sala, *Madame* Vicepresidente, tengo una reconfortante copa de vino esperándote. Hace frío en la calle…

—Me pregunto si podrías dejar de llamarme así durante el resto de la velada.

A pesar de su resolución, Kali se sintió molesta ante aquellas irónicas palabras.

—Por supuesto. ¿Qué título preferirías?

Sonrió, malicioso, y la condujo a otra habitación que resultó ser otra sorpresa para Kali. Estaba decorada con algunas de las mejores antigüedades que jamás hubiese visto.

La casa no estaba pensada como un lugar práctico y funcional. En cambio, parecía que el objetivo fundamental hubiese sido crear un ambiente cálido, cómodo y masculino. El mobiliario era sólido, aquí y allí había revistas y libros, y una chimenea en un rincón en la que crepitaba el fuego. El toque exótico lo daba la alfombra oriental.

Además, el lugar estaba limpio. Kali se preguntó si la pulcritud se debía a los esfuerzos del pequeño robot. ¡Una criatura como ésa podía

ser muy útil en la casa!

—¿Qué tal si me llamas por mi nombre? —respondió secamente a la pregunta de Lang.

Eligió para sentarse una silla de respaldo alto que hubiera quedado perfectamente en una biblioteca del siglo diecinueve, y miró a su anfitrión. Él se acercó con una copa de vino en la mano. Le tendió la copa y levantó la suya.

En esa habitación antigua y algo romántica, Lang parecía aún más atractivo. El brillo de sus ojos verdes detrás de aquellas tupidas pestañas la hacían sentir incómoda. Si bien la camisa blanca de algodón era de corte moderno, había algo que le daba aspecto de pirata. Tal vez fuese el cuello abierto o los gemelos de oro. Llevaba unos pantalones oscuros y un cinturón de cuero con la hebilla repujada. Completaban su atuendo un par de botas de cuero oscuras.

¡Lo que en realidad comenzaba a molestarla, no era el aspecto de Lang, sino lo que su propia mente imaginaba! ¿Por qué aquel hombre no parecía lo que realmente era, un experto en robots?

—Me alegro de que por fin te hayas decidido a hablar de negocios, Lang —comenzó a decir Kali, mientras él se sentaba en otra silla—. Puedo asegurarte que Interactive Automation está…

—Más tarde —la interrumpió—. Nunca hablo de negocios antes de cenar.

Kali arqueó una ceja, pero obedeció y dijo:

—Tienes una fascinante colección de muebles en esta habitación…

La observó durante un momento, como si quisiera adivinar qué había detrás del comentario. Luego sonrió, complacido.

—Gracias. Sin embargo, mejorará mucho después de que venda esas patentes. Me molesta admitirlo, pero la silla en la que tú estás sentada es una reproducción y aquel escritorio de estilo georgiano también.

—¿Acaso vas a reemplazar las reproducciones por las piezas genuinas en cuanto puedas?

—Los límites de crédito de mis tarjetas no son lo suficientemente altos como para que empiece a invertir en los muebles que quiero —contestó—. Ese sueño deberá esperar hasta que me paguen por mis inventos.

—IAI estará deseosa de…

—Por favor no menciones ese nombre hasta después de la cena.

—¡Has sido tú quien ha sacado el tema! —replicó irritada.

—¿De verdad? —preguntó en tono inocente, mientras bebía un sorbo de vino—. No comprendo qué puede haberme ocurrido.

—Algo en mí te hará pensar en negocios, espero —murmuró Kali.

—No exactamente. —Lang vaciló un momento y luego le preguntó con curiosidad—: ¿Cuánto sabes acerca de mí, Kali?

Por un momento la muchacha sintió miedo de que él supiera cuántas investigaciones había realizado para obtener referencias suyas. No, no era posible…

—Mis ingenieros me han explicado los avances revolucionarios que has introducido en el campo de los sistemas de sensores. Sé que después de licenciarte empezaste a trabajar para una firma de computadoras durante unos años y también que tienes cierta preparación en ingeniería eléctrica y mecánica…

—No me refiero a eso. ¿Qué sabes de mi vida personal?

Estiró la piernas y se recostó en la silla mientras jugueteaba con la copa.

—Sé que por lo general prefieres el *whisky* escocés.

Lang rió ante aquella respuesta.

—Después de la otra noche he decidido dejarlo temporalmente. Ayer por la mañana tuve un dolor de cabeza terrible.

—¿De verdad?

—Así es, y el hecho de encontrarme con otro hombre en tu casa no contribuyó demasiado…

—No planeé esa situación, Lang —dijo Kali—. No tenía idea de que Davis aparecería inesperadamente.

—Pero fuiste lo suficientemente astuta como para encauzarla del modo más satisfactorio posible cuando las circunstancias te obligaron a ello.

Ya no parecía enfadado.

—No conoces a Davis Wakefield —comenzó a decir Kali con calma —. El hecho de que Davis apareciera a esa hora en mi casa significa que él mismo tenía algo entre manos. La tentación de tenderle una trampa fue irresistible.

—Te creo, y si no fuera porque estoy interesado en un futuro financiero, hubiera apreciado el jueguecito escénico.

—¿Vas… vas a hacer otro intento con Hadley?

—Eso son negocios. No voy a hablar de negocios. Prefiero oír algo

acerca de ti, Kali Havelock. Cuéntame cosas de tu relación con Wakefield. ¿Estabas muy enamorada de él cuando te dejó?

—¿Dejarme? Es un modo muy peculiar de interpretarlo —protestó Kali.

—Me pareció que era un hombre capaz de hacer cosas crueles, frío.

—¿Tú crees? Nunca he pensado eso de él. Davis es muy brillante, muy bueno en lo que hace…

—Apuesto a que no hay un gramo de pasión en él, excepto la necesaria para llegar a la cima.

La aseveración de Lang pareció tan convincente que Kali no supo qué decir.

—Ni siquiera lo conoces —logró decir finalmente.

—Tú sí. ¿Acaso vas a contradecirme? ¿Acaso recuerdas tu corto noviazgo como una época de deseo y aventura? Cuando te estrechaba en sus brazos, ¿te estremecías? ¿Pasas algunas noches despierta, pensando en él?

—¡Santo Dios! ¡Eso no es asunto tuyo!

—Pasé la mitad de la otra noche despierto, pensando en ti, Kali —murmuró.

—¡No comprendo por qué! —replicó—. Yo dormí plácidamente, desde luego.

No era cierto, pero tenía otras cosas en mente. ¡Negocios!

—Un pequeño robot —dijo Lang—, sólo que por un momento al menos, no fuiste un robot en absoluto. Realmente lamento lo del *whisky*, Kali —continuó con tristeza—. Si hubiera tenido la mente más despejada, habríamos averiguado cuán distinta de los robots eres.

—Señor Sterling, si va a desviar esta conversación hacia temas estrictamente personales…

—¿Amas a Davis Wakefield?

—¡No! ¡Pero, maldición, no es asunto tuyo!

—¿Alguna vez estuviste enamorada de él o fue más bien un pacto entre dos robots?

Kali deseaba gritar. Por nada del mundo iba a admitir ante Lang Sterling que su relación con Davis Wakefield había sido fría desde el comienzo y que Davis había considerado su compromiso como una alianza de negocios. Eso era exactamente lo que resultó ser, recordó Kali con amargura.

—Dices que no deseas hablar de negocios, Lang. Yo no deseo

hablar de asuntos personales. ¿Está claro?

—Muy claro —suspiró—. Supongo que eso significa que no hay otra cosa que hacer más que cenar… ¿Nalg?

Llamó al robot y se oyó el ruido de un motor cuando la criatura apareció en el umbral de la puerta.

—¿Cómo están las patatas?

—Se están quemando —anunció la voz metálica.

—¡Se están quemando!

Lang se puso de pie de un salto y corrió a la cocina. Casi al mismo tiempo, Kali percibió el olor a quemado. Se puso de pie y siguió a su anfitrión. Nalg se dirigió a la cocina detrás de ellos y comenzó a observar cómo Lang sacaba la fuente del horno.

—¡Maldición, Nalg, tonto! ¿Por qué no me avisaste que se estaban quemando?

—Le informé del estado de las patatas en cuanto me pidió información acerca de ellas.

—No sé de qué diablos te ríes —gruñó Lang dirigiéndose a Kali—. Eres tú la que debería ayudarme a comer patatas quemadas.

—No puedo evitarlo. Nalg parece tan amable y tú estás tan enfadado con una simple máquina…

De pronto Kali comprendió y se dibujó una sonrisa en sus labios.

—Nalg… Nalg… Oh, cielos…

Lang la miró.

—Nalg es un anagrama de Lang, ¿no es así? ¡Invertiste las letras de tu propio nombre y así surgió el nombre de tu creación! —Kali rió—. ¿Piensas en Nalg como en una especie de hijo?

—¡No seas ridícula!

Sin embargo el comentario de Kali lo había afectado y pasó varios minutos ocupado en los últimos preparativos de la cena, mientras la muchacha lo observaba. Estaba satisfecha por haberse tomado la revancha por las preguntas sobre Davis Wakefield.

Cuando se sentaron a cenar la atmósfera ya no era tensa. Era como si la risa de Kali hubiese roto una extraña barrera. Los dos se sentían tranquilos.

Mientras Nalg servía con la perfección de un camarero profesional, Lang y Kali conversaban de temas tan diversos como las antigüedades, la política exterior de Estados Unidos o los restantes favoritos de Seattle. De mutuo acuerdo, evitaron el tema de los robots, las patentes

o Davis Wakefield.

Cuando Nalg retiró el último plato, las velas de los candelabros se habían consumido casi por completo. El robot regresó con una botella de licor y Kali se dio cuenta de un detalle interesante.

—¿Sabes una cosa? Creo que durante toda la cena, Nalg se ha ocupado de que mi copa siempre estuviese llena. ¿Lo has programado para que me emborrache? —preguntó, riendo.

—Nalg es un ser que se toma todo al pie de la letra. Le dije que mantuviera estables los niveles líquidos en todo recipiente mientras tú y yo cenábamos y ha cumplido con su tarea. Está programado para controlar la marca que indica la mitad de cada copa. ¡Deja de beber y dejará de servirte!

—¿Acaso insinúas que estoy mareada?

—Mi querida vicepresidente, daría mucho por verte mareada. ¿Por qué no nos trasladamos a la sala? Nalg se encargará de los platos.

Kali lo siguió obedientemente, apenas consciente del hecho de que la tensión entre ambos se había suavizado durante el transcurso de la cena. Sabía que le había contado más acerca de sí mismas que lo que había pensado.

También se dio cuenta de que de algún modo deseaba impresionarlo un poco. Desde su licenciatura, su carrera había sido ascendente y constituía algo fundamental en su vida. Era excelente en lo que hacía y tomó consciencia del hecho de que deseaba que Lang lo supiese. Quería que supiera que ella, en su campo era tan inteligente como él lo era en el suyo.

Para ella era importante que los hombres respetaran su intelecto y sus habilidades.

—¿Ahora por qué sonríes? —preguntó Lang dulcemente, mientras avivaba el fuego de la chimenea y buscaba un disco.

Tal vez era el vino o la melodía sensual de la guitarra clásica que inundaba la habitación. Tal vez fue un acceso de honestidad. Cualquiera que fuera la causa, Kali dijo algo que enseguida lamentó:

—Estaba pensando que deseo ser amada por mi capacidad intelectual.

Lang no respondió enseguida. Se sentó a su lado en el sofá.

—¿Porque tienes más confianza en tu capacidad intelectual que en tu atractivo físico o en tu posibilidad de experimentar una verdadera pasión?

Kali retrocedió, sorprendida tanto por aquellas palabras como por la posibilidad de que fuesen una realidad.

—No, me malinterpretas, yo…

—Yo, por mi parte —continuó lentamente, como si midiera cada palabra, mientras jugueteaba con la copa—, desearía que me amaran por algo más que mis habilidades intelectuales.

Lo miró fijamente, consciente de la intensidad que había detrás de esas palabras, sin saber qué decir. La atmósfera cálida de la habitación, la encantadora melodía de la guitarra, parecían crear un ambiente de extraña intimidad. No lo comprendía pero le resultaba difícil no responder.

—Estoy segura de que deseas ser respetado por tus logros —dijo Kali.

—Tal vez, pero estoy seguro de que no deseo ser amado por ello…

—Pero tu intelecto es una parte importante de ti, Lang.

—Cuando hablas de mi intelecto en realidad te refieres a mi trabajo con las computadoras, ¿verdad? —la desafió con suavidad, mirándola a los ojos.

—Bueno, sí, es por lo que destacas, tu campo de acción…

—Y el modo en que ganaré dinero —concluyó bruscamente. La observó sin saber si continuar o no con el comentario. Entonces pareció tomar una decisión y dijo—: Pero el hombre que va a amasar una fortuna con máquinas no es el verdadero yo, Kali. Es algo que he estado meditando en los últimos años y ahora estoy seguro de ello.

—Eso no tiene sentido, Lang. Por supuesto, que eres ese hombre. No puedes separar tu habilidad y tu capacidad de ti mismo…

—Y lo que es más, no comprendes siquiera por qué deseo hacerlo.

Kali frunció el ceño y dijo:

—Te estás poniendo muy enigmático.

Lang cerró los ojos durante un momento y luego los abrió para observarla.

—Lo sé. Realmente no puedo explicarte con palabras lo que siento. En cambio preferiría darte una demostración de lo que estoy diciendo.

La tomó por sorpresa y de pronto Kali ya no tenía la copa en la mano ni las gafas puestas. Lang la estrechó con dulzura entre sus brazos.

—Kali Havelock, me importa un bledo que seas vicepresidente de Interactive Automation Inc. No me importa que estés en condiciones

de ofrecerme una gran suma de dinero ni que hayas comprobado que puedes manejarme. Hay algo en ti que me fascina. La otra noche bajé las escaleras sólo porque no podía resistir la fascinación. Te deseo. Deseo llevarte a la cama y hacerte el amor apasionadamente hasta que ni siquiera recuerdes que esta noche estás aquí porque he inventado un robot mejor. ¡Hasta que sólo pienses en mí!

Kali, estupefacta, lo miraba sin poder decir palabra alguna. Cuando desesperadamente intentaba decidir cómo controlar la situación, Lang se inclinó sobre ella y la besó de forma apasionada e irresistible.

Capítulo 5

Kali había imaginado que aquello podía suceder. El hecho de que la besara no la sorprendía. Lo que la sorprendía era su propia reacción.

Había una extraña curiosidad en ella, una curiosidad muy femenina que deseaba averiguar qué se sentía al ser besada por un hombre que afirmaba no importarle quién era ella o qué había logrado. También deseaba saber si al estar sobrio la besaría con la misma sensualidad avasallante con la que la había besado después de haber bebido varios *whiskys*.

En ese momento Kali no podía explicar aquella peligrosa curiosidad. Sólo sabía que, al menos durante unos minutos, se rendiría. Más tarde habría tiempo suficiente para detenerse…

Apoyó las manos en los hombros de Lang y él deslizó las suyas lentamente desde la nuca hasta la espalda de la muchacha, mientras la besaba con una calidez que se volvió cada vez más apremiante.

—Eres una mujer peligrosa, Kali —murmuró.

—No —susurró Kali.

«No, no soy peligrosa en los brazos de un hombre. Tal vez lo sea en un despacho o en una conversación de negocios pero… ¡no así!», pensó.

Entonces, se dio cuenta de lo peligroso de aquella situación. En la calidez de aquel beso, supo que postergaba el momento en que tendría que detener ese apasionado ataque.

Sintió que Lang le rozaba con la lengua los labios y tembló cuando la caricia se hizo más sensual.

Lang la estrechó con más fuerza al tiempo que introducía su lengua por completo en su boca.

Cuando Lang comenzó a acariciarle la espalda, Kali tembló y se aferró más a él, inclinó la cabeza hacia un lado apoyándola sobre su hombro.

Sólo cuando sintió que los dedos de Lang le aflojaban la trenza, Kali intentó regresar a la realidad.

—¿Lang? Espera, por favor…

—Kali, te deseo. No puedo esperar. No hay necesidad…

Le acarició la mejilla y el cuello con los labios, y Kali gimió suavemente cuando Lang le enredó los dedos en el pelo y la atrajo más hacia él.

—¡Oh, Lang!

—No lo pienses —dijo, al tiempo que volvía a unir su boca con los labios de la muchacha y le quitaba la chaqueta. Era como si utilizara aquel beso para acabar con todas sus defensas, y cuando finalizó, Kali supo que era aun más vulnerable. La blusa de seda cayó al suelo después de la chaqueta, sin que ella pudiera hacer nada para resistirse.

La música los envolvía. Lang se apoyó en un codo y miró los labios entreabiertos y las tupidas pestañas de la muchacha. Sus ojos se encontraron, mientras la mano de Lang ascendía por la cadera, se deslizaba sobre las costillas para apoderarse finalmente de uno de los senos de Kali.

Cuando se produjo el contacto final, la muchacha desvió la mirada y emitió un gemido.

—Esta noche no hay *whisky* que nuble mi mente, Kali —susurró al tiempo que con la palma de la mano le rozaba los pezones—. Voy a desnudarte aquí y veré el color de tu piel a la luz del fuego Luego te llevaré la cama y te haré mía.

Kali se estremeció al oír esas palabras; sabía que debía detenerlo mientras pudiera. Pero justo en el momento en que iba a hablar, Lang le tapó los labios con los dedos con gran ternura.

—No, cariño, no digas nada. Sólo aférrate a mí y deja que todo suceda como debe suceder.

—Lang, no es esto lo que deseaba esta noche…

—Lo sé —respondió—. Lo sé. Tú querías hacer un trato de negocios pero ni siquiera puedo pensar en los negocios cuando estoy a tu lado. ¿Es que no lo comprendes? Kali tragó saliva pues cualquier

cosa que hubiese dicho se habría convertido en una protesta sin sentido.

La muchacha echó la cabeza hacia atrás y gimió cuando él posó los labios en su cuello. Lang le rozó lentamente los senos por encima del sostén de encaje y Kali se estremeció de placer, mientras una oleada de pasión se apoderaba de su cuerpo.

Era una sensación que jamás había experimentado. Ningún hombre había producido ese asombroso efecto en sus sentidos. Sus relaciones del pasado habían sido siempre frías y distantes.

Pero no había distancia posible con Lang, y Kali no sabía cómo reaccionar ante ese hecho. Cada movimiento, cada caricia ponía de manifiesto su deseo de que se abandonara a él por completo. Quería cautivar sus sentidos, seducirla, hacerle el amor de un modo tal que no diera cabida a nada más en el mundo. Kali sintió un poco de miedo. Si se dejaba arrastrar por aquel torrente de deseo, correría un riesgo que jamás había imaginado.

Ese mismo temor le advertía que aquel hombre no sólo deseaba satisfacer sus sentidos sino que deseaba poseerla. Deseaba envolverlos en una ardiente aventura que, aunque durara una sola noche, se consumaría con la unión de sus cuerpos.

Kali era consciente del tremendo peligro que la acechaba y sin embargo, ese mismo peligro parecía inducir sus pasiones y la sacudía en una caótica tormenta.

Lang encontró el broche del sostén y lo dejó caer suavemente. Entonces: se inclinó para besar los pezones erectos de Kali. Empezó a acariciarle uno de ellos con la boca, lo cual provocó en la muchacha un intenso placer que le hizo estremecerse ante el contacto abrasador de sus labios. Kali gimió cuando él se apartó de sus senos. Deseaba saborear esa sensación, aprender a dominar aquella tensión casi insoportable, permitir que su cuerpo se adaptara.

Sin embargo, cuando él lo percibió le rozó con los dientes un pezón hasta que Kali gimió por aquel inesperado ataque a sus sentidos.

—No te preocupes, cariño —le rogó mientras la acariciaba—. Ríndete, ríndete a mí. ¡Te necesito tanto esta noche!

Kali no podía explicar por qué en ese momento se rendía al apremio de Lang. Sólo sabía que era más sencillo y mucho más tentador hacer lo que él decía. Cuando Lang le bajó el cierre de la

falda y le quitó las medias Kali comenzó a desabrocharle los botones de la camisa en lugar de protestar.

Oía la respiración de Lang mientras él le recorría el cuerpo casi desnudo a la luz del hogar. Kali empezó a acariciarle el pecho, que había quedado al descubierto cuando ella le abrió la camisa. Entonces, como atraída por el magnetismo de aquel cuerpo, inclinó la cabeza para besarle los hombros, y luego descendió hasta los diminutos pezones masculinos.

—Kali, Kali, vas a enloquecerme, ¿te das cuenta?

La atrajo hacia él y la apretó contra su cuerpo, al tiempo que sus dedos encontraban las nalgas de la muchacha.

—¡Oh!

Kali gimió de deseo cuando Lang deslizó una mano por debajo de las pequeñas bragas.

La muchacha le rodeó la cintura con los brazos y hundió el rostro en el pecho de Lang mientras él le acariciaba las caderas deslizaba lentamente las manos hasta el interior de sus muslos.

Lang gimió y volvió a recorrerle la espalda con las manos para comenzar de nuevo aquella caricia excitante. Esta vez cuando llegó al cálido centro de su feminidad, se dedicó a trazar con los dedos pequeños círculos que la hicieran enloquecer.

Kali intentó recobrar el aliento y se apretó contra él. Comenzó a besarle el pecho, y sólo cuando oyó el gemido de Lang se dio cuenta de cuánto lo excitaba.

—Toda esta pasión en ti… —murmuró, mientras rozaba el hombro de la muchacha con los labios—. Esta noche vas a acabar conmigo, ¿te das cuenta? Nunca volveré a ser el mismo…

¡Era ella la que nunca volvería a ser la misma! Sin embargo, Kali no sabía cómo alejarse del borde del abismo. Se sentía atraída por el amenazador final. Cada vez que la acariciaba o la besaba era como si su fuerza de voluntad se hiciese más débil. Kali sólo podía responder a sus besos.

—Lang, creo que voy a enloquecer —susurró, mientras le deslizaba una mano por la cintura de los pantalones.

—Es así como debe ser. ¡Dios! Adoro sentir tus manos sobre mi cuerpo, cariño. Acaríciame más, desvísteme…

Kali encontró la hebilla del cinturón y lentamente le bajó la cremallera del pantalón. Ante el contacto de la muchacha, Lang

comprimió el estómago pues su deseo era inexorable y apasionado.

Kali lo desvistió, pero se sentía incómoda. Sin embargo, cuando la última prenda cayó sobre la alfombra, oyó el profundo suspiro de satisfacción de Lang. Con gran pasión la atrajo hacia él y presionó sus caderas contra las de Kali.

La muchacha sintió la excitación de Lang; se estremeció y se aferró a él más aún.

Durante un rato permanecieron así, gozando de aquel contacto. Luego Lang se movió y se puso de pie lentamente al tiempo que la sostenía en sus brazos. Kali parpadeó, pues temblaba y no estaba segura de poder mantener el equilibrio.

Cuando levantó la cabeza para mirarlo, Lang la besó con pasión desenfrenada. Sin interrumpir el beso, la levantó unos centímetros del suelo y la apoyó en su pecho.

La llevó por el pasillo y entraron en una amplia habitación. En el centro había una cama antigua con dosel. Sin embargo, la muchacha no tuvo tiempo para observar la habitación con detenimiento.

—Me siento como si hubiese conquistado a una mujer y estuviese a punto de hacerla mía.

Sin dejar de mirarla, Lang la depositó lentamente en la cama.

—Los hombres… —Kali buscaba las palabras adecuadas—. Los hombres ya no conquistan a las mujeres. Las mujeres deciden ir o no ir.

Un destello de sentido común le hizo pronunciar esas palabras. No podía permitir que pensara que él la había seducido. Debía dejar claro que lo que estaba sucediendo esa noche era por pasión y consentimiento mutuos.

Lang rió y luego se tendió a su lado, atrayéndola hacia sí.

—Dime la verdad —dijo, mordisqueándole la oreja. Le acarició los senos para luego descender por el abdomen hacia la calidez secreta de la muchacha—. ¿Tenías planeado pasar la noche en mi cama?

—¡Lang! —protestó Kali e intentó apartarse. Pero cuando se movió, separó las piernas levemente y la mano de Lang la sorprendió del modo más incitante. Kali comenzó a jadear.

Él emitió un profundo gemido de placer mientras entrelazaba sus piernas con las de Kali. Una vez más le rozó con la boca los pezones erectos y la muchacha creyó que enloquecía por el deseo que despertaba en ella.

Se aferró a Lang y con una mano le acarició el torso mientras con la otra empezaba a explorar su masculinidad.

Se acariciaron mutuamente y descubrieron los secretos y las necesidades de cada uno. Kali sabía sin ninguna duda que Lang estaba tan excitado como ella. En él, la pasión era potente y primitiva y, tal vez por eso, absolutamente irresistible.

Kali sólo sabía que lo deseaba de un modo que iba más allá de todo lo que había experimentado hasta entonces. La sangre corría por sus venas a gran velocidad y su cuerpo ansiaba la posesión final.

—Te deseo —susurró Kali con una sinceridad tal que en otra circunstancia la habría sorprendido—. Oh, Lang, haz el amor conmigo. ¡Te deseo tanto!

—Esta noche te haré mía, cariño —prometió—. Por la mañana ninguno de los dos podrá volverse atrás.

Kali pudo ver el rostro de Lang en la tenue luz que se filtraba desde el pasillo. La soltó por un momento para abrir el cajón de la mesilla de noche y sacar un paquete. Ella ni siquiera había pensado en los riesgos físicos que corría esa noche. Aquel gesto de tomar precauciones la emocionó.

Sin embargo, cuando volvió con ella no podía hallar las palabras para agradecérselo. Se tendió sobre ella con agonizante lentitud. El deseo de Kali era tan apremiante que gemía de placer.

Lang, sin embargo, demoró el momento. Permaneció tendido sobre ella, mientras sembraba suaves besos en el rostro, los hombros y los senos de Kali.

—¡Lang!

La muchacha separó las piernas y permitió que accediera a ella.

—Eres un volcán —susurró Lang y agregó—: Seda y fuego.

Entonces hizo presión sobre su cuerpo con una fuerza tan erótica que Kali debió contener la respiración. Sintió un escalofrío por el impacto de aquella posesión y se aferró a sus hombros. De pronto, al tomar conciencia de lo que había ocurrido, abrió los ojos desmesuradamente.

Lo que sucedía no era sólo un acto de pasión sino de exigencia y era ella misma lo que se exigía. Aquella revelación la sobresaltó. Kali le miró a los ojos y se dio cuenta de que Lang lo sabía también: ella le pertenecía en ese instante. Ninguno de los dos volvería a ser el mismo.

No había palabras para ese momento. Durante algunos segundos

Lang la miró a los ojos y luego comenzó a moverse con un intenso ritmo vibrante que exigía una respuesta.

Con un suspira estremecedor Kali se entregó a aquel ritmo y se dejó transportar a un lugar lejano. Cedió por completo ante aquella pasión, pues estaba a salvo en los brazos de Lang o tal vez atrapada. La tensa sensación que experimentaba su cuerpo se convirtió en una fuerza que requería ser liberada.

Como si conociera el alcance de aquella fuerza, Lang empezó a acariciarla y ella se estremeció de placer una y otra vez. Se aferró a él y le besó con pasión.

Lang la estrechó fuertemente entre sus brazos. La muchacha sabía que gozaba con su propia satisfacción. Entonces Kali sintió cómo se entregaba a ella y la tensión de aquel cuerpo. Supo que debía abrazarlo con la violencia de un amante, y se entrelazaron sin aliento.

Más tarde Kali empezó a volver a la realidad, pero se dio cuenta de que no estaba de ánimo para pensar en lo que había ocurrido. Era más seguro y mucho más placentero permanecer un rato más en ese mundo de límites borrosos.

Miraba el techo y se resistía a regresar al mundo real.

Lang se tendió a su lado y se apoyó en un codo. Estaba despeinado y la observaba con esos ojos verdes, con satisfacción y una extraña ternura.

—No te muevas —susurró Lang, mientras inclinaba la cabeza para darle un beso en los labios.

Kali lo miró fijamente sin comprender. Lang se puso de pie y desapareció en el cuarto de baño. Un instante después, Kali oyó el ruido del agua que corría.

Cuando él reapareció, Kali aún lo esperaba, tendida lánguidamente sobre la cama. Podía prolongar ese mundo de sueños durante un instante más. Nunca había vivido en un mundo de sueños…

Lang la sonrió y se dirigió hacia ella con decisión; Kali lo miró llena de curiosidad.

—¿Lang? ¿Qué haces?

—Voy a poner a prueba mi nueva inversión.

Sonrió y con un ligero movimiento se inclinó y la cogió en brazos.

—Pero ¿qué…?

Se aferró a él y Lang la miró con expresión calma y feliz.

—Calla y cierra los ojos —ordenó; la llevó al cuarto de baño.

Una vez más obedeció. Era más sencillo así. El vello del pecho de Lang rozaba su cuerpo desnudo. Sin pensarlo apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Adónde vamos? —murmuró y abrió los ojos cuando Lang se detuvo. Miró hacia abajo y vio una enorme bañera antigua llena de agua.

—Terminaron de instalarla la semana pasada. —Lang sonrió y la sumergió con gran delicadeza en el agua tibia y espumosa—. La he comprado a plazos y terminaré de pagarla totalmente cuando venda esas patentes…

Kali no podía negar la maravillosa sensación del agua. Estaba sentada en un escalón interior. Era un paraíso.

—¿Tú… eh… la utilizas con frecuencia? —preguntó mientras Lang jugueteaba con su melena. Él miraba a su alrededor en busca de algo para recogerle el pelo.

—Espero utilizarla mucho en el futuro —murmuró, mientras extendía un brazo para coger una toalla y envolverle la cabeza con ella—. Así está mejor, con esto no se te mojará —se deslizó a su lado —. Tengo una intuición asombrosa, ¿verdad? —dijo, mientras con un gesto indicaba su nueva adquisición—. Debí suponer que tarde o temprano te conocería.

Era difícil hacer alguna objeción a las palabras de Lang y Kali no estaba de ánimo para ello.

—Eres como un niño que pone a funcionar todos sus juguetes antes de que llegue la Navidad…

—Y además disfruto con ellos, pero tú eres el mejor que he abierto hasta ahora… —dijo y la atrajo hacia él.

Inclinó la cabeza para rozarle los labios. Kali no era capaz de analizar la fuerza de aquella atracción. Sólo sabía que entre sus brazos, no podía resistirse.

—Durante un rato se relajaron y estuvieron tranquilos, pero luego, inevitablemente, volvieron a excitarse. Cuando las manos de Lang comenzaron a deslizarse por el cuerpo de Kali con un nuevo apremio, la muchacha cerró los, ojos y se acurrucó en su pecho.

—¿Sabes una cosa? —preguntó Lang, mientras le acariciaba los muslos—. La primera vez que te vi tuve ganas de bajarte los humos y traerte a esta bañera…

Kali volvió la cabeza.

—No te ha llevado mucho tiempo, ¿verdad?

En aquellas palabras había cierta resignación que Lang percibió de inmediato.

—Kali, ¿acaso te vas a preocupar por eso? —preguntó; la cogió de la barbilla para mirarla a los ojos—. ¿Acaso mañana te molestará que hayamos hecho el amor con tanta facilidad y tan rápidamente?

—¿No debería ser así?

—¡No! —replicó—. Confía en mí, Kali. Está funcionando así porque todo es correcto. Esta noche estás aquí porque, más allá de coqueteos y negocios, estamos fascinados el uno con el otro. Nos deseamos…

—Prefiero no hablar del asunto —dijo con calma.

Kali levantó la cabeza y agregó muy cerca de sus labios:

—Ya lo pensaré mañana.

Lang vaciló. Kali sabía que una parte de él quería discutir mientras que la otra deseaba apoderarse de sus labios. Sin embargo, la muchacha estaba casi segura qué lado predominaría dado el deseo creciente entre ambos. Tenía razón.

Lang la besó y se puso de pie en la bañera. Sin interrumpir el beso Lang le quitó la toalla de la cabeza y comenzó a secarle el cuerpo. Cuando terminó, se abrazaron; la fiebre del deseo los consumía.

Lang la llevó a la cama y sólo dijo:

—Nada cambiará por la mañana, Kali. Ahora me perteneces y no permitiré que te marches.

Ella no hizo ningún comentario. No había nada que decir. Cuando la depositó sobre la cama, Kali le tendió los brazos con un apremio que contenía un temor oculto…

Mucho más tarde se despertó. Sentía el peso del brazo de Lang sobre sus senos. Sentía su propio cuerpo cansado y satisfecho a la vez. Lang le había hecho el amor de un modo exigente y completo.

Kali intentó librarse del peso del brazo de Lang con gran cuidado; era consciente de que debía salir de aquella situación. En primer lugar, no podía creer que hubiese permitido que sucediera. Lang apoyó la mano en uno de sus senos y durante un momento Kali permaneció inmóvil, pues temía despertarlo.

Sin embargo, él continuó durmiendo… Cuando estuvo segura de que no le despertaría, se apartó hacia el borde de la cama y se puso de pie enseguida. Su primer pensamiento fue escapar y volver a su casa

donde podría pensar…

Encontró su ropa donde la había dejado. Se vistió, temblando, delante de la chimenea. Cogió el bolso y se dirigió rápidamente hacia la puerta. Entonces recordó a Nalg.

El pequeño robot estaba de pie en la cocina y aparentemente hablaba con la pared. El sensor que funcionaba como un ojo la siguió, pero la criatura no se movió.

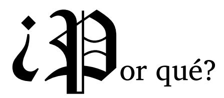
Como si se tratara de un ser viviente que la estuviese observando, Kali se sintió obligada a decir algo.

—Buenas noches, Nalg. Gracias por fregar los platos…

No obtuvo respuesta y Kali se dio cuenta de que la máquina era incapaz de recibir instrucciones verbales de otra voz que no fuese la de Lang. Era sumamente difícil programar un robot para que respondiera a un estímulo verbal. Para una máquina, la misma palabra pronunciada por otra voz sonaba completamente distinta. Por eso Nalg probablemente solo podía responder a la voz de su creador. En cuanto a la aparente conversación que mantenía con la pared, Kali se dio cuenta de que el robot estaba conectado a un generador. Así durante la noche cargaba la batería; Kali sonrió.

Se apresuró a salir. Su mente confundidas intentaba poner en orden sus pensamientos.

Capítulo 6

or qué?

La pregunta que había estado atormentándole desde que huyó de la casa de Lang a horas tempranas de la mañana regresaba una y otra vez.

¿Por qué la había seducido Lang? ¿Fue por una necesidad de afianzar su orgullo masculino? ¿Deseaba demostrarle que podía dominarla? ¿O acaso fue porque pensaba que así podría obtener más beneficios de IAI?

Kali deseaba retroceder ante cada una de las posibles explicaciones, pero se obligó a hacerlas frente con su típica y sensata determinación. La explicación de Lang, que lo atraía irresistiblemente, no era creíble. Los hombres no se sentían atraídos por ella de forma irresistible.

Unos pocos habían demostrado apreciar su capacidad y talento para los negocios, y en los últimos años hubo dos o tres que le propusieron matrimonio, sin contar a Davis Wakefield, por supuesto. Sin embargo, sus relaciones se habían basado en cosas tales como el respeto, la admiración y los intereses comunes. Kali no recordaba ninguno que le hubiese dicho que no podría vivir sin ella en la cama.

Tampoco deseaba una declaración semejante. Se obligó a concentrar toda su atención en un informe que había preparado Mike Jarvis sobre el enfoque de la industria japonesa en lo referente a la utilización de robots en las fábricas. Kali no obtuvo demasiado del informe excepto el hecho de que el enfoque no era posible en Estados Unidos, algo que ya sabía. Extendió la mano y presionó el botón del

intercomunicador.

—Joanna, ¿podrías localizar a Mike Jarvis y pedirle que venga a mi despacho, por favor?

—Enseguida, Kali.

Kali lo esperó, impaciente, dando golpecitos con el dedo sobre el informe. Mientras lo esperaba debía hacer un gran esfuerzo para no pensar en el otro problema de su vida.

—¿Me necesitabas, Kali? —preguntó Mike más tarde. Entró con una taza de café en la mano y una sonrisa en los labios.

Para Joanna Mills, la secretaria de Kali, la boca de Mike era muy atractiva.

—He leído el informe sobre el enfoque japonés en la utilización de robots —comenzó a decir en un tono desprovisto de emoción.

Si Mike estaba sorprendido por su brusquedad, logró disimularlo bien. Se dejó caer sobre una silla y esperó con calma.

—¿Y?

—Y creo que necesita un poco más de elaboración, Mike. Se supone que debe ser la base de un folleto informativo destinado a posibles clientes de Interactive Automation Inc.

—Dijiste que deseabas algo que mostrara cómo se podían introducir los robots en las fábricas…

—Así es, y evidentemente en un tema como ése, se debe hablar del enfoque japonés; han llegado mucho más lejos que nosotros…

—¿Acaso no he sido lo suficientemente claro? —preguntó Mike, frunciendo el ceño. Luego bebió un poco de café.

Kali hizo un esfuerzo para relajarse y sonreír.

—Mike, lo que tú has hecho es ilustrar cómo los obreros japoneses aceptaron fácilmente el trabajo del robot porque no tenían nada que temer por el suyo propio. Es famoso el compromiso entre la empresa japonesa y los trabajadores. Casi no existen los despidos en Japón. Cuando se introduce algún robot en un lugar de trabajo puede ser que la gente cambie de puesto, pero nunca se despide a nadie…

—Y debido a esa filosofía han conseguido una producción muy eficiente —concluyó Mike.

—Eso ya lo sé —replicó Kali secamente.

Mike se ruborizó un poco.

—El punto es que la empresa norteamericana no opera del mismo modo. Mike, no se puede poner en circulación un folleto de ventas en

el cual se informe al empresario norteamericano que puede modernizar su fábrica si utiliza robots y si hace las cosas como los japoneses. No vas a cambiar de la noche a la mañana el modo de hacer de Estados Unidos. Debes vender nuestro producto en el mundo real y eso significa demostrar que los robots pueden ser utilizados como ayudantes en la línea de montaje. El empresario sabe que tendrá tremendos problemas con los sindicatos si comienzan a prescindir de gente y a reemplazarla por robots. Debemos adoptar un enfoque gradual, persuasivo y sutil. Trata de alejarte de la cuestión laboral lo más que puedas: ése es problema del cliente. Muéstrales cómo se pueden utilizar robots en situaciones demasiado peligrosas para los seres humanos. Muéstrales cómo pueden utilizarse junto con los seres humanos para aumentar la productividad. Toma como ejemplo los robots que se utilizan actualmente en la industria del automóvil…

—Ya comprendo —dijo Mike y extendió la mano para tomar el informe—. Supongo que me dejé llevar por el seminario al que asistí sobre la administración de negocios en Japón. Intentaba convertir al mundo, creo.

—Cuando se te paga para vender robots a gente que trabaja bajo un sistema diferente… —concluyó Kali con una sonrisa comprensiva —. Piensa en ello como en un desafío.

Mike sonrió y se bebió el resto de café.

—¡Por el verdadero mundo! —exclamó, levantando la taza vacía a modo de brindis.

El verdadero mundo. Kali lo observó mientras Mike se retiraba y pensó en sus propios problemas. Además de los motivos que había tenido Lang Sterling para seducirla, había otro problema mucho más complejo aún. ¿Por qué había cedido a la seducción con tanta facilidad? No deseaba admitirlo, pero el hecho de saberlo le daba miedo. ¡Nunca había demostrado semejante falta de control en una situación! ¿Qué le había sucedido? No había un modo lógico de explicar sus actos. ¿Cómo podía ser, que se sintiera tan atraída por un hombre con quien no tenía nada en común, un hombre con el que estaba relacionada solo porque deseaba contratarle?

Se puso de pie, inquieta, y se dirigió hacia la ventana para observar el ajetreo de la calle. ¡Qué tonta había sido! Se había dejado llevar por una situación insostenible. ¿Qué podía hacer? ¿Pasar a algún otro el proyecto de echar mano a Lang Sterling y a sus patentes?

Cerró los ojos, incapaz de admitir el fracaso. Había deseado tanto conseguir esas patentes… Incluso mucho antes de descubrir que Davis Wakefield también estaba interesado.

El zumbido del intercomunicador interrumpió sus pensamientos.

—¿Sí, Joanna?

—El señor Sterling está en la línea, Kali.

El tono de voz de Joanna era de felicitación. Sabía muy bien el esfuerzo que estaba realizando su jefa para conseguir a Lang Sterling y sus patentes.

«Si Joanna supiera la verdad», pensó Kali, mientras observaba el intercomunicador y consideraba la idea de no contestar a la llamada. Una salida cobarde, se dijo. Tarde o temprano tendría que vérselas con él.

—Ponme.

—La próxima vez te voy a atar a la pata de la cama —dijo Lang sin ningún preámbulo, cuando Kali cogió el auricular—. ¿Con qué idea en la cabeza huiste así anoche? ¿Querías enfriarte los pies?

—Me asaltaron muchos pensamientos que desgraciadamente llegaron demasiado tarde para hacerme mucho bien —replicó Kali sin pensar.

—Estás enfadada, ¿verdad? —dijo con evidente satisfacción.

Kali debía controlarse y también controlar la situación.

—No contigo sino conmigo misma —respondió con frialdad.

—Supuse que sería así. Eres la típica persona superresponsable que asume todas las culpas cuando las cosas no funcionan según el plan establecido. Pero míralo desde el lado positivo: cuando las cosas marchan, tú te llevas los honores.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó con el ceño fruncido. Miró el cuadro colgado en la pared de enfrente y se dijo que lo odiaba. Había pertenecido a Davis y uno de estos días se desharía de él.

—Significa que si decido venderte las patentes tú quedarás como una heroína ante la dirección de IAI y tendrás la oportunidad de vengarte de ese Wakefield —replicó, entusiasmado.

Kali intentó desesperadamente comprender la esencia del asunto.

—¿Eso significa que has decidido aceptar la oferta de IAI?

—En realidad, todavía no sé cuál es, ¿o sí? —señaló Lang—. ¿Cuándo me vas a dar todos los detalles?

—Lang, no sé qué intentas hacer…

—Creía que era evidente —pareció sorprenderse ante la falta de inteligencia de Kali—. Intento tener otra oportunidad para verte. Me imagino que después de la otra noche probablemente tengas miedo de invitarme a cenar a tu casa o aceptar otra invitación para venir a la mía. Por eso sugiero que nos veamos en territorio neutral. Un restaurante a tu elección —hizo una pausa—. Un sitio donde podamos hablar de negocios.

Kali intentó pensar con claridad. Simplemente no había esperado esa clase de proposición por parte de Lang. ¿Acaso utilizaba la excusa de los negocios para volver a verla? ¿O era que había decidido hablar de negocios ahora que sentía que podía manejarla a su antojo? Era un asunto complicado…

—Sólo si te tomas en serio la conversación de negocios…

—Ah, claro, por supuesto.

—Entonces, ¿qué tal si comemos en uno de esos sitios del muelle?

—Es cena o nada, y preferiría que fuera en ese pequeño restaurante de Pioneer Square.

—¡Creía que era yo la que elegiría la hora y el lugar! —exclamó Kali.

—¿Qué te parece a las seis y media? Pasaré a buscarte.

—¡Lang, espera! —exclamó pues sabía que no estaba de ánimo para volver a verlo tan pronto.

Necesitaba tiempo, todo el que fuera posible. Tenía que pensar.

Esta vez estaba decidida a llevar el asunto correctamente y dijo:

—Esta noche no puedo.

Se produjo un silencio y Kali se sintió satisfecha por haberlo confundido al menos un poco.

—¿Por qué no? —preguntó finalmente.

—Estaré ocupada… Negocios.

—Comprendo. —Kali se dio cuenta de que consideraba el asunto —. En ese caso, mañana por la noche —dijo, y colgó el auricular.

Kali también colgó e intentó comprender qué le estaba ocurriendo con Lang Sterling.

Su mente ágil halló la respuesta de inmediato. El motivo por el cual se sentía así, era porque por primera vez en su vida Kali no quería afrontar la realidad.

Sin embargo, debía admitirlo: de algún modo Lang había invertido

los roles que Kali había designado para ambos. En lugar de ser la cazadora astuta y calculadora, Kali comenzaba a sentirse como la presa.

Todo resultaba confuso y sobre todo alarmante. El lápiz con el que había estado jugando se le escapó de la mano sin que se diera cuenta. ¡Era absurdo! ¡No era tan tonta como para no poder controlar sus nervios!

Además podía mantener a raya a hombres como Sterling mucho mejor de lo que lo había hecho hasta entonces.

Indignada, se levantó. Ya era casi mediodía. Lo que necesitaba era dar un paseo para despejar la mente y un buen café cargado en aquel bar cerca de Pike Place Market. Había logrado obtener un poco de tiempo antes de la próxima cita con Lang Sterling y era mejor que empezara a aprovecharlo.

Cogió la gabardina y se dirigió hacia la puerta.

—Joanna, volveré dentro de una hora. Dile al señor Renfrew que esta tarde tendré lista la presentación del informe de *marketing*. Sé que está un poco inquieto…

Se interrumpió cuando sonó el teléfono. Joanna lo cogió y arqueó una ceja en señal de advertencia a su jefa.

—Un momento, señor Wakefield, veré si la señorita Havelock aún está en su despacho.

Joanna presionó el botón del intercomunicador y esperó la decisión de Kali. La muchacha hizo una mueca con la boca y dijo:

—Está bien, Joanna, hablaré con él. ¿No te has enterado? ¡Hadley Industrial también está detrás de Sterling!

Kali extendió la mano para coger el auricular. Joanna había sido la secretaria de Wakefield antes de que él se marchara. Su lealtad se volcó entonces por completo a la nueva vicepresidente. Kali nunca estuvo demasiado segura, pero uno de los motivos de aquel cambio fueron las noticias de por qué Davis había roto el compromiso.

—Hola, Davis, ¿qué puedo hacer por ti?

Kali miró el reloj de pared: esperaba que la conversación no le restara demasiados minutos a su hora libre para comer. Quería estar fuera de la oficina para pensar…

—Kali, debo admitirlo. Parece ser que tienes a Lang Sterling en tus manos…

Kali frunció el ceño. ¿Acaso Davis se daba por vencido con tanta

facilidad, después de aquel pequeño incidente en su casa cuando Lang lo echó?

—¿Entonces llamas para felicitar a IAI, Davis?

—Llamo para felicitarte, Kali. Estuve persiguiendo a Lang Sterling durante dos días y finalmente he podido verle hace unos minutos. Dice estar más o menos comprometido a venderte las patentes. En realidad, me ha pedido que desapareciera —agregó Davis entre risas, que significaban que esa clase de groserías no le molestaban.

Kali, por otra parte, estaba anonadada. ¿Lang le había dicho a Davis que estaba comprometido a venderle las patentes? No tenía sentido. Si Davis hubiera decidido proponerle otra oferta a Lang después de lo ocurrido en su casa, habría tenido la oportunidad que necesitaba para abrir las negociaciones sin que su orgullo corriese ningún riesgo. ¿Por qué Lang no aprovechó la oportunidad para provocar una guerra de ofertas entre IAI y Hadley?

Sin embargo, cualquiera que fuese la razón, Kali no iba a perder la oportunidad.

—Bueno, así son los negocios, Davis. Que tengas un buen viaje de regreso a Palo Alto; te enviaré información adelantada de ventas cuando IAI irrumpa en el mercado con los nuevos productos basados en las patentes de Sterling…

—¡No tan rápido, cariño! —murmuró Davis, y Kali de inmediato se puso alerta. Ése era el hombre que le había enseñado casi todo lo que sabía. Era un hombre brillante, rápido y cruel. ¡No había motivos para creer que le había enseñado absolutamente todo lo que él sabía!

—Tengo una pequeña proposición que hacerte. Una que bien valdría la pena que tuvieras en cuenta…

—¿Qué proposición, Davis?

Recordaba que había dicho algo similar el día que le había pedido que se casara con él. Davis Wakefield era todo negocio. Era, literalmente, lo más importante de su vida.

—Una propuesta de negocios, cariño. Quisiera que lo discutiéramos durante la cena. ¿Qué te parece esta noche? Podríamos ir a aquel restaurante italiano de Capitol Hill que nos gustaba tanto…

—Está cerrado, Davis —lo interrumpió.

«¡Además, no tengo intención de ir a Capitol Hill esta noche!», pensó Kali.

—¿Alguna sugerencia?

—Davis, no veo el motivo de esto. ¿De qué tenemos que hablar?

—De dinero —respondió de inmediato—. Mucho dinero y algunas otras cosas que podrían resultarte interesantes, Kali —agregó.

Reflexionó durante un momento, pues se negaba a permitir que la tomara desprevenida. Desde el punto de vista de los negocios, en realidad no había motivo para volver a ver a Davis Wakefield, pero desde el punto de vista personal, la idea era intrigante. Había algo en ella que le hacía sentirse atraída por mostrar al maestro lo bien que podía arreglárselas sin él. Él creía que tenía a Lang Sterling en sus manos, ¿verdad? Cualquiera que fuese la verdad, la muchacha se sentía más que complacida al saber que Davis creía que ella había triunfado en la lucha. ¿Podía resistir la tentación de verle en persona con esa victoria en sus manos? Sea lo que fuere lo que Davis deseaba hablar con ella esa noche, Kali apostaba a que sería un último intento de obtener a Lang. Qué agradable sería vencer a su maestro una vez más…

—Está bien, Davis. Cenaré contigo. Hay un restaurante nuevo cerca de mi casa —le dijo la dirección—. ¿A las siete?

Sin vacilar, Davis aceptó. Kali colgó el teléfono con cierta satisfacción, era como si hubiese recuperado el ímpetu que Lang le había arrebatado después de obligarla a verse otra vez con él. Esta vez, con Davis al menos, sentía que volvía a tener el control de las cosas.

Sin embargo, durante el resto de la tarde y mientras pensaba en la cita con Davis, hubo una duda que la acosó todo el tiempo. ¿Qué le había dicho Lang a Davis para convencerlo de que Hadley Industrial Systems no tenía posibilidad alguna de comprar sus patentes? Además, ¿por qué Lang quería dejar fuera de competencia a Hadley? Había dicho con toda claridad que deseaba saber las distintas ofertas.

Eligió a propósito un vestido ceñido muy sugerente. Se hizo una trenza en el pelo y la recogió con un pasador dorado.

A las siete en punto entró en el pequeño restaurante. Davis la estaba esperando. Al verle, sonrió, pues era evidente que él también se había esforzado en su aspecto. Era la imagen de un alto ejecutivo: bien vestido, con un traje gris clásico e impecable, zapatos de piel y corbata de seda. Llevaba el pelo perfectamente peinado.

Sin embargo, la miró con frialdad cuando se puso de pie, sonriendo, para recibirla. ¿Por qué nunca había advertido la absoluta

falta de emoción que había en aquella mirada? Por lo menos con Lang, no cabía la menor duda acerca de su verdadero estado de ánimo. Supuso que un inventor podía permitirse el lujo de ser mucho más honesto con sus emociones que un hombre de negocios.

No, no era sólo la profesión. La diferencia entre los dos hombres era el hecho de que Lang Sterling era capaz de experimentar emociones genuinas, ya fueran estas peligrosas o apasionadas. Miró a su acompañante de reojo y debió admitir que Davis Wakefield jamás podría experimentar semejante tipo de emociones. Para él, todo estaba canalizado hacia algún posible negocio.

Podía enfurecerse, sentirse frustrado o satisfecho, pero siempre sería por algún motivo muy frío y por lo tanto carecía de la pasión que Lang desbordaba.

«¿Y dentro de ese espectro de pasión, dónde me ubico?», pensó Kali.

Era una pregunta tan desconcertante que debió hacer un esfuerzo para recuperarse. Kali logró dirigir con seguridad los primeros pasos de la conversación. Tanto el uno como el otro se observaban con cuidado, midiendo sus fuerzas.

—¿Echas de menos Seattle, Davis? —preguntó gentilmente, cuando les sirvieron los cocktails. Kali sonrió para asegurarle que no le preguntaba si era a ella a quien echaba de menos.

—En realidad, no —respondió—. Hay mucha actividad en California. La industria de electrónica es muy próspera y siempre hay muchas oportunidades para alguien con instinto y voluntad de hacer que las cosas ocurran —asintió con la cabeza de un modo significativo —. Es el lugar perfecto para alguien como yo, Kali, o… como tú.

Kali le devolvió la sonrisa, más insulsa que nunca.

—Ah, estoy muy contenta aquí en Seattle.

¿Qué diablos pretendía? Kali tenía la impresión de que la conversación de negocios estaba a punto de empezar.

—Elegí bien cuando te escogí como sucesora —murmuró—. Parece que has tenido éxito en IAI.

—¿Esperas que te lo agradezca? —preguntó fríamente.

—No —replicó—. Deseo saber si te interesa progresar en el mundo. Has demostrado que puedes con las… eh… exigencias de los grandes negocios.

¿Qué quería decir con eso? «Cuando no estés segura, permanece

callada», recordó Kali. Bebió un poco de cocktail y esperó.

—Kali —comenzó a decir, con la seguridad que se requiere al hacer una proposición de negocios—. Hadley Industrial está dispuesta a pagar bien a la gente con talento. ¿Te interesa?

Kali pestañeó ante el impacto de aquellas palabras.

—¿Acaso me estás ofreciendo trabajo, Davis? —Logró articular.

—Puedo ofrecerte otra vicepresidencia, Kali. Una vicepresidencia que tiene mucha más influencia que la que tienes ahora. Hadley Industrial tiene una sola vicepresidencia, no varias como IAI. Además, puedo pagarte mucho más de lo que estás ganando ahora, con opción a comprar acciones de una empresa que comienza a subir a toda velocidad.

—Fascinante —respondió Kali en tono cortante—. ¿Cuál es la trampa?

—¿La trampa?

Davis se mostró confundido, inocente.

—¿Acaso intentas decirme que después de un año de trabajo sin mí te das cuenta, después de todo, de que necesitas el respaldo de mi brillante capacidad? —dijo en tono burlón.

—Eres buena, Kali. ¿Por qué diablos crees que te escogí en IAI? Reconozco el talento cuando lo veo y ahora estoy en situación de poder pagarlo.

—Davis —murmuró con la nota exacta de sarcasmo en su tono de voz—, tú no has venido a Seattle a buscarme, has venido a buscar a Lang Sterling. Entonces, ¿por qué yo?

La miró como si reflexionara.

—¿Acaso no es evidente? Tienes a Sterling. Para conseguirlo, estoy dispuesto a pagarte a ti también.

—Ah —dijo—. Ahora llegamos al asunto. Esperas comprarme porque supones que traeré a Sterling como parte del paquete.

—Es evidente que no es un hombre de negocios…

—¿Intentas decir que rechazó la oferta que le hiciste hoy?

Aún no comprendía cuál era el juego de Lang en todo eso, pero se podía solucionar más tarde. En ese momento le preocupaba Davis Wakefield.

—Ni siquiera me escuchó. —Davis sonrió—. ¿Qué le has hecho, Kali? Quiero decir, además de seducirlo…

Kali sintió la puñalada. Contuvo la furia con un gran esfuerzo.

Agradecía la tenue luz del restaurante que ocultaba el rubor de sus mejillas.

—No lo he seducido, Davis. Me conoces mejor que nadie. ¿Dirías que soy de las que seducen? Soy una mujer de negocios fría y calculadora, ¿recuerdas? Los únicos romances en los que me he visto envuelta estaban basados en los negocios. Deberías saberlo. ¿Realmente me ves como a una mujer fatal? ¿De verdad crees que podría proponerme seducir a un hombre y cegarlo de pasión de modo que vendiera sus patentes y su alma a mi firma?

Davis la miró con detenimiento. Intentaba determinar cuál era el estado de ánimo de Kali, pero ni ella lo sabía. Sin embargo había algo en ella apasionado y enfurecido. Ella no había seducido a Lang Sterling. En realidad no era esa acusación lo que le molestaba. ¡Lo que la enfurecía era el hecho de saber que aunque lo hubiera deseado no podría haberse propuesto seducirlo! ¡Lo que había sucedido era… era… inexplicable, maldición!

—La otra mañana estaba en tu casa, Kali, y llevaba puesta sólo una toalla —le recordó Davis.

—La noche anterior lo había llevado a casa para hablar de negocios. Estaba ebrio y se desmayó en el sofá.

—La impresión que he tenido esta mañana ha sido que estaba comprometido contigo, y sin embargo ni siquiera sabía cuánto dinero le ofrecería IAI. ¿Cuál es el fundamento de ese compromiso, Kali? —preguntó Davis.

—¿De verdad piensas que lo he convencido con artilugios femeninos?

—¡Maldición, hay algún motivo por el cual evitas hablar de negocios conmigo!

—Responde a mi pregunta —insistió Kali con frialdad.

—No sé qué creer. —Davis se recostó en la silla, frustrado—. No, francamente, no te imagino seduciéndolo. Conociéndote como te conozco, te creo cuando dices que lo llevaste a tu casa con la intención de hablar de negocios. Y también creo que se hubiera desmayado en el sofá. ¿Entonces qué influencia tienes sobre él?

Kali se puso de pie rápidamente. Le miró con terrible frialdad y sonrió a Davis, que parecía totalmente desconcertado.

—No tengo ninguna influencia sobre él, Davis. Ya ves, no fui yo la que lo sedujo. Tenías razón con respecto a eso. ¡Fue él quien me

sedujo a mí! Y te diré algo más. Puede ser que Lang Sterling diseñe robots para vivir, ¡pero él no es un robot!

Sin poder decir nada más, Kali se dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Temía que sus emociones descontroladas la hubiesen hecho hablar demasiado.

«¡Dios mío!», pensó, cuando pasó al lado del sorprendido *maître*. «¿Qué he dicho? ¿Qué he hecho? ¿Estoy loca?».

Una vez en la calle, se dirigió hacia su casa. Caminaba sin notar la fresca brisa vespertina. Tampoco le importaba el peligro que implicaba pasear por las calles de la ciudad sola a esas horas de la noche. Su mente atormentada, jamás había conocido una confusión semejante.

¡Definitivamente, no era eso lo que había pretendido decirle a Davis Wakefield! Había tenido la intención de demostrarle que era tan insensible y profesional en su trabajo como lo era él, que la discípula había superado al maestro.

¡En cambio, se había marchado del restaurante después de admitir algo que, a la luz de la razón, sólo podía considerarse una increíble debilidad! ¡Le había confesado a Davis Wakefield que se había dejado seducir por «la presa», como si se tratara de algo de lo que pudiera enorgullecerse!

¿Por qué no había guardado silencio en lo que se refería a su aparente «influencia» sobre Lang Sterling? Simplemente podría haber sonreído y haber insinuado que en el pasado de Lang había ciertos puntos vulnerables que ella había descubierto y los estaba explotando. O podría haberle dicho que había presionado a Lang, prometiéndole aumentar cualquier oferta que hiciera Hadley…

Se sintió furiosa. ¡Maldición! Había tantos modos de haber salido airosa de la situación… Tenía a Davis en sus manos. ¡Le había ofrecido la vicepresidencia de Hadley si llevaba consigo a Lang Sterling!

Pero no, se había dejado llevar por un sentimiento que ni siquiera comprendía. ¡Davis Wakefield se había llevado la impresión de que ella era la presa, y Lang el cazador!

Ardía de furia por su incapacidad para comprender sus propias reacciones de esa noche. Subió en el ascensor y buscó en el bolso las llaves de su casa.

¿Qué mujer que estuviese en sus cabales confesaría orgullosamente que se había dejado seducir por el hombre al que se suponía debía

convencer de un negocio? ¿Cómo podía haberle dicho a Wakefield que el comportamiento de Sterling no tenía nada que ver con los robots, como si semejante comportamiento fuese admirable o atractivo?

¡Lang Sterling no era el hombre que hubiese elegido para que la sedujese si es que una mujer podía realizar una elección semejante!

Ese hombre era absolutamente incompatible con ella. Debería haber nacido en otro mundo, en otro siglo donde se toleraran las pasiones. Era imprevisible y, por lo tanto, peligroso.

Pero aquel hombre la estaba esperando en su casa.

Kali se quedó inmóvil, con la mano apoyada en el picaporte, cuando en la oscuridad de la sala oyó la voz de Lang que le preguntaba:

—¿Dónde diablos has estado?

Capítulo 7

¿Cómo has entrado?

Ésas fueron las primeras palabras que pronunció. No entendía cómo era posible encontrar a Lang Sterling esperándola en la sala, a oscuras, como un leopardo agazapado.

Se acercó a ella. Kali extendió la mano y encendió la luz.

—Creí que sabías que era un entendido en mecánica —dijo, y se detuvo a unos pocos pasos de ella—, robots, cerraduras…

—¡Lang! ¡Deja de mirarme así y explícate! —exclamó Kali, después de dar un portazo—. ¡Ésta es mi casa y no recuerdo haberte invitado esta noche!

Lang la miró fijamente a los ojos con expresión implacable. Parecía estar furioso. Kali lo percibía aun cuando su mente le decía que no tenía ningún derecho a estarlo.

Llevaba unos vaqueros y una camisa a cuadros. Estaba delante de ella con las manos metidas en los bolsillos, mientras la observaba con expresión agresiva. Una vez más, el experto en robots no se parecía en absoluto a un experto en robots. ¡Maldito! ¿Por qué diablos no podía desempeñar el papel que le correspondía en la vida?

—He venido para averiguar cuál era el asunto de negocios que tenías que solucionar esta noche. Pensé que te encontraría aquí, en tu casa, mientras intentabas hallar el modo de pararme los pies. ¡Sabía que lo de los negocios era una excusa, pero estaba seguro de que no tendrías el descaro de aceptar una cita!

—¡Descaro! Si vamos a hablar de descaro —comenzó a decir Kali al tiempo que arrojaba el bolso en una silla—, hablemos de ti. ¿Qué

significa esto de irrumpir en mi casa? Además, —era una cita de negocios, aunque no sé por qué me molesto en defenderme. ¡Eres tú el que me debe una explicación y una disculpa!

—¿Qué otra explicación se requiere, dadas las circunstancias?

—¿Qué circunstancias?

—¡Anoche!

Kali sintió que se quedaba sin aliento.

—Anoche —repitió, desconcertada—. ¿Qué tiene que ver lo de anoche con esto?

Fue un error decir eso. Se dio cuenta casi instantáneamente. En lugar de seguirla con la mirada, Lang empezó a acorralarla. Sintió un escalofrío. La amenaza que había en el tono de voz de Lang la desconcertaba.

—Conmigo no juegues a ser la ejecutiva calculadora y fría, Kali Havelock. Ahora te conozco demasiado bien. Anoche aprendí demasiado. Ése es uno de los motivos por los que fue algo muy importante para nosotros. ¿Debo continuar diciendo lo que sucedió anoche?

—¡Lang, basta ya! No tienes ningún derecho…

—Derechos —repitió mientras asentía con la cabeza—. Sí, ése es el siguiente punto importante en la lista de cosas que ocurrieron anoche. Anoche me diste toda clase de derechos…

Se estaba acercando demasiado. Se movía lentamente y la hacía retroceder hacia la ventana. Kali intentaba pensar en cuál era el mejor modo de tranquilizar a aquel intruso, que desempeñaba el papel de amante furioso. No, se corrigió, un poco histérica, Lang no estaba desempeñando el papel… ¡En realidad lo vivía!

—¡No seas absurdo! Sólo porque… pasamos la noche juntos en la cama, no significa que…

—¡Ah, no, mi pequeña cobarde! No vas a huir fingiendo que lo que sucedió fue una especie de interludio inesperado y casual sin importancia. ¡No estabas allí por casualidad! ¡Te llevé a la cama y te hice el amor allí deliberadamente! Además, te entregaste a mí y no te atrevas a negarlo. Ahora eres mía, Kali, y si piensas que permitiré que te veas con otros hombres, estás muy equivocada.

—¡No he estado viendo a otro hombre! En realidad, sí, pero eran negocios. ¡Maldición! ¡Mira qué temprano es! Si hubiese tenido una cita, ¿acaso crees que estaría de vuelta en casa a esta hora? —Kali

apretó los dientes, frustrada—. ¿Por qué diablos te doy una explicación? ¡Tengo derecho a pasar las noches como me plazca! Lang, me estás poniendo furiosa y no me gusta. ¿Podrías dejar de comportarte como si te hubieras detenido en el pasado? ¡Éste es el siglo Veinte, aunque parece que te resulta difícil comprenderlo! ¡No eres mi dueño sólo porque hemos dormido juntos anoche!

—¿Quién era él? —preguntó, sin hacer caso del pequeño discurso de la muchacha.

Kali retrocedió otro paso. Se debatía entre la ira y el miedo. Él se acercó más.

—Te he dicho que he estado hablando de negocios.

Kali estaba apoyada en la ventana y levantó la cabeza; no toleraría ese comportamiento.

—¿Quién era él?

Lang repitió la pregunta, sin levantar el tono de voz pero con una actitud amenazadora.

—¡Davis Wakefield! Ahora, por favor, ¿puedes dejar de comportarte como un amante celoso? Te he dicho que eran negocios.

—¡Wakefield! ¿Qué diablos quería?

La respuesta pareció no satisfacerlo en absoluto.

—¿Qué piensas que quería? No a mí, por cierto, aunque estaba dispuesto a pagar una gran suma por lo que, según él, yo puedo entregarle.

—¿Yo? —preguntó fríamente.

—¿Quién si no? ¡Tú eres el único motivo por el cual Davis está en la ciudad, y si hicieras un esfuerzo por controlar ese despliegue de idiotez masculina, lo recordarías!

Lang observó a su víctima, y luego inclinó la cabeza hacia un lado y preguntó:

—¿Cuánto?

—¿Cuánto qué? —preguntó Kali sin comprender.

—¿Cuánto estaba dispuesto a pagarte por mí?

—¿Acaso este cambio de tema significa que has terminado de interrogarme para averiguar dónde he estado esta noche?

Lang se encogió de hombros pero no se movió, de modo que Kali permaneció apoyada en la ventana.

—Soy un poco curioso. Siempre es interesante saber lo que puedo conseguir en el mercado.

Kali frunció el ceño.

—Creí que querías provocar una guerra de ofertas entre Hadley e IAI. Lang, ¿por qué hiciste que Davis creyera que ejerzo una especie de influencia sobre ti? ¡Davis piensa que te tengo en la palma de la mano! ¡Que puedo hacer todo lo que quiera contigo!

Lang la miró con cierta diversión.

—No fui tan lejos. Simplemente le dije que estaba comprometido contigo y que si deseabas comprar las patentes, eran tuyas.

—¿Pero por qué? —rogó Kali—. ¡Lang, no comprendo!

—Por lo de anoche, por supuesto —murmuró suavemente—. En realidad, para ser sincero, creo que la noche que permití que me hicieras bajar de aquella escalera ya había tomado la decisión.

—¿Estás loco? —exclamó sin poder comprender a aquel hombre—. Te enfureciste cuando pensaste que yo había planeado lo ocurrido en mi casa deliberadamente para crear una situación desagradable entre Hadley y tú…

—Bueno, no me gusta demasiado que me utilicen y esa mañana tú lo hiciste. Sabías muy bien cómo reaccionaría al salir de la ducha y encontrarme con aquel hombre.

Kali no dijo nada. Sólo lo observaba. Era verdad pero no hacía falta admitirlo.

Lang extendió una mano y la tomó del cuello; la atrajo hacia él. Cuando la muchacha se resistió en silencio, Lang apretó los dientes pero no la forzó.

—Parece que me conoces muy bien en algunos aspectos —continuó Lang en voz baja y aterciopelado—, pero en otros eres increíblemente ciega. No podrás dominarme del todo hasta que no sepas más acerca de mí…

La miró y Kali se estremeció. Lang empezó a acariciarle la nuca lentamente.

—No he intentado utilizarle, Lang. Intentaba hacer negocios contigo…

—Ya no hay más negocios que hacer. Si esta noche hubieras salido conmigo y no con Wakefield, habría sabido que los negocios ya han concluido. Te debe de haber sorprendido enterarte a través de Wakefield, ¿no?

—Lang, esto no tiene sentido —dijo dulcemente—. IAI tiene una oferta estupenda, por supuesto, pero aún no sabes cuál es. ¿Por qué

tienes que estar de acuerdo sin siquiera haberlo discutido?

—Te lo he estado diciendo. Por lo de anoche —dijo, atrayéndola aun más hacia él.

—Pero lo único que sucedió anoche fue que… —Kali se interrumpió para hallar las palabras adecuadas—. ¡Lo único que sucedió anoche fue que me sedujiste!

Una sonrisa apareció en el rostro de Lang y sus ojos se iluminaron.

—¿Se lo dijiste a Wakefield?

Kali apretó los dientes.

—¡No me lo recuerdes!

—¡Me hubiese gustado verlo! —Lang rió—. ¿Se lo dijiste antes o después de que intentara comprarte para comprarme?

—¡No es asunto tuyo! ¡No sé a qué estás jugando…!

—Ése es tu problema.

Tiró de ella hasta que estuvieron a pocos centímetros. La muchacha sentía el calor de aquel cuerpo al igual que el del suyo. ¿Qué le ocurría? No era una persona que se excitara fácilmente, nunca lo había sido. ¿Por qué ese hombre podía provocar esas sensaciones en ella con el mero hecho de tocarla?

—¿Cuál es mi problema? —preguntó, al tiempo que Lang le rodeaba la cintura con el brazo y la estrechaba más aún.

—Piensas que estoy jugando a algo y no es así. Anoche no jugábamos, Kali. Hicimos el amor. Te entregaste a mí…

—¡No!

—Y yo me comprometí contigo —concluyó, como si ella no lo hubiese interrumpido.

Cuando Kali levantó la cabeza, Lang la miró a los ojos.

—¡Lang, por favor! En primer lugar, jamás debí haber permitido que me llevaras a la cama. ¡No sé qué estaría pensando para permitir una cosa semejante!

—No pensabas, sólo reaccionabas. El pequeño robot que hay en ti anoche quedó postergado. Eras una mujer en mis brazos. Y esta noche voy a hacer lo mismo…

—¡No!

Lang hizo caso omiso de su protesta y la besó. Kali se estremeció de pies a cabeza. Tenla los ojos cerrados y las manos apoyadas en el pecho de Lang. Aquel beso parecía actuar como una droga sobre su sistema nervioso, anulaba su voluntad y la seducía como nadie había

logrado hacerlo. Los brazos de Lang eran tan avasallantes que los de los demás hombres que Kali había conocido quedaban reducidos a la nada.

Siempre se había comportado como una mujer fría y calculadora de cara a los demás, y era un tremendo impacto descubrir que ella realmente no era así.

Kali intentó poner barreras pero cada una resultaba más inútil que la anterior. La excitación que Lang le provocaba era demasiado tentadora y sus atractivos masculinos eran mágicos. ¿Qué podía hacer una mujer sensata y moderna para luchar contra un hombre que se comportaba según unas reglas que ella desconocía?

—Lang, no volverás a hacerme esto —logró decir con un hilo de voz, mientras él le acariciaba el lóbulo de la oreja.

—¿Volver a hacer qué? —le preguntó, al tiempo que le deshacía la trenza—. ¿,Seducirte y llevarte a la cama? Por supuesto que lo haré. ¿Por qué crees que me he molestado en venir aquí esta noche?

Durante un momento Kali luchó con fuerza, molesta por aquellas palabras.

—¡Eres un machista egocéntrico! Lang Sterling, ¿qué te hace pensar que puedes irrumpir en mi casa y llevarme a la cama?

—Me parece un intercambio justo —susurró, mientras recorría el interior de la oreja de Kali con la punta de la lengua. Esa caricia erótica la hizo estremecerse de pies a cabeza.

—¿Un intercambio por qué?

Kali intentó alejar la cabeza pero él hizo que la apoyara sobre su hombro.

—Por el hecho de que me tienes atado de pies y manos —rió y mordisqueó el lóbulo de la oreja—. Wakefield tenía razón, Kali. Las patentes son tuyas. Todo lo que tengo es tuyo. Estoy a tu merced, cariño. ¿Cómo podría obrar mejor que una mujer de negocios astuta como tú?

—Pero yo no… ¡Ni siquiera he hablado del acuerdo contigo!

—Detalles. Tarde o temprano nos dedicaremos a ellos. Te daría esas patentes gratis, ¿sabes?, pero sería agradable recibir una buena suma a cambio…

—¿Puedes hablar en serio, Lang? ¡Tenemos que hablar!

—Sólo si tienes algo importante que decir, y hasta ahora no has dicho nada que queramos oír esta noche…

Inclinó la cabeza y dibujó el contorno de sus labios con la lengua. Kali dejó escapar un gemido. Luego Lang le acarició los labios con el dedo.

—Oh, Lang…

Separó los labios y se rindió ante el ataque de la lengua de Lang. Él la agarró del pelo con los dedos, y exploró cada rincón de su boca.

Estremecida y sin aliento, Kali continuaba cediendo terreno ante aquel asalto apasionado. No tenía voluntad para detenerlo. Era como si una parte de su ser hubiese buscado eso durante toda su vida. Sin poder evitarlo, le rodeó el cuello con los brazos.

Entonces Lang la besó con más fuerza, al tiempo que deslizaba las manos por la espalda de la muchacha. Cuando llegó a las caderas la estrechó contra su cuerpo.

Kali supo entonces que la deseaba tal como la había deseado la noche anterior. Realmente se sentía atraído hacia ella. No podía creer que olvidara los negocios sólo para tener un romance con ella, pero era eso lo que estaba haciendo.

Bajo el impulso de su propio deseo creciente, Kali comenzó a rozarle el cuello con los labios y sintió que Lang se estremecía. Él gimió y Kali le desabrochó un botón y comenzó a besarle el pecho.

Como si aquella caricia fuese más de lo que podía soportar, Lang la obligó a que echara hacia atrás la cabeza. Entonces fue él quien comenzó a buscar los puntos vulnerables del cuello de Kali. Mientras trazaba un sendero de besos, con la mano empezó a desabrocharle los botones del vestido. Kali gimió cuando Lang le rozó los senos con los labios.

—Oh, Lang…

—En mis brazos no eres la pequeña robot, ¿verdad, cariño? —murmuró mientras desprendía el broche del sostén—. Me gusta como te enciendes de pasión. Es como liberar algo salvaje y luego domesticarlo…

Kali levantó la cabeza para preguntarle:

—¿Y qué es lo que hago, Lang?

Rozó el pezón de uno de sus senos con la punta de la lengua y respondió:

—¿Acaso no es evidente? Soy tu prisionero, igual tú eres la mía. Los lazos con los que te envuelvo también me envuelven.

Durante un instante se miraron a los ojos y luego, con un rápido

movimiento Lang la cogió en brazos y se dirigió al dormitorio.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, Kali hizo la última objeción:

—Lang, espera, no estoy… quiero decir… ya sabes que no estoy tomando anticonceptivos…

Kali de pronto recordó que la otra noche su orgasmo había sido tal que ni siquiera había pensado en cosas como el control de la natalidad.

Lang sonrió.

—Te he dicho que esta noche he venido solo con la intención de seducirte y llevarte a la cama, cariño. Eso significa que he venido preparado para tal cosa. Tranquilízate, amor —dijo al tiempo que entraban en el dormitorio. Yo cuidaré de ti.

Parecía no quedar nada por decir. Sin poder evitar aquella pasión creciente, Kali lo observaba mientras Lang quitaba la colcha de la cama. Después, la miró a los ojos mientras jugueteaba con su pelo. Finalmente le quitó las gafas.

Lang inclinó la cabeza lentamente y buscó los labios de Kali mientras la desvestía. Cuando la desnudó por completo, la muchacha se estremeció de deseo. Lang entonces tomó los senos de Kali entre sus manos y comenzó a acariciarle los pezones erectos.

Ella le obligó suavemente a que inclinara la cabeza y le instó a que la acariciara los senos con los labios.

Él obedeció, ansioso y Kali pensó que perdería el equilibrio. Se aferró aun más a él cuando Lang le rozó los pezones primero con la lengua y luego con los dientes.

—Oh, Lang…

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Kali percibió que él había advertido aquella reacción. Cuando la dureza de los pezones por fin pareció satisfacerlo, Lang se apoyó en una rodilla y deslizó los dedos hasta los muslos de la muchacha.

Recorrió la piel tibia y sedosa del vientre de Kali y le apoyó las manos en las caderas. Ella susurraba una y otra vez su nombre mientras le acariciaba los hombros y el cuello.

Cuando Lang le rozó el ombligo con la lengua, Kali contuvo la respiración.

—Kali, mi amante dulce y apasionada —comenzó a decir, mientras le recorría con los dedos el interior de los muslos—. ¿Cómo pudo ser

que no advirtieras que eras mía?

Kali se quedó sin aliento cuando Lang comenzó a explorar con una caricia la parte interior de sus muslos. Sin poder evitarlo, se inclinó más hacia él. Lo que Lang le hacía iba más allá de los comprensible: hacía que se entregara a él por completo. Era sumisa y exigente a la vez.

—Adoro tu calidez —murmuró Lang, mientras comenzaba a acariciar la parte más delicada y sensible del cuerpo de Kali—. Eres suave y acogedora… Anoche me perdí en tu suavidad, mi dulce Kali. No puedo esperar más para perderme otra vez.

Mientras se incorporaba lentamente, Lang recorría la piel de Kali con los labios hasta llegar a los hombros. Entonces, la tomó una vez más en sus brazos y la tendió sobre la cama.

La muchacha lo observaba mientras se desvestía. Una ola de pasión se apoderó de ella al ver que se quitaba la camisa y se desabrochaba la hebilla del cinturón. El tórax musculoso de Lang era una tentación irresistible y Kali no pudo evitar incorporarse en la cama para acariciarle.

Percibió el estremecimiento de Lang cuando lo tocó.

—Termina de desvestirme, Kali —le rogó, mirándola a los ojos.

—Sí —susurró, y se arrodilló en la cama para bajarle la cremallera de los vaqueros y quitárselos.

Cuando tuvo que quitarle los diminutos calzoncillos, las manos de Kali se movieron con torpeza. En el momento en que la virilidad de Lang quedó al descubierto, una ola de timidez la asaltó. Era más sencillo cuando él le hacía el amor, pues entonces ella cerraba los ojos y se rendía al placer de las manos y los labios de Lang.

Como si advirtiera la vacilación de la muchacha para tomar la iniciativa, Lang le tomó la cabeza y la acercó a él.

—Me deseas —le dijo—. ¡Demuéstrame que me deseas!

Kali estaba apoyada en el pecho de Lang. La necesidad de complacer y ser complacida terminó con aquel momento de vacilación y entonces le rodeó la cintura con los brazos y comenzó a besarle el pecho y el abdomen.

Advirtió que Lang contenía la respiración y sintió la fuerza de su cuerpo. Los sentidos de Kali se deleitaban al ver que podía excitarlo de aquel modo y lo apretó más contra su cuerpo. Entonces, sin poder resistirlo más, tomó con una mano el órgano viril de Lang y comenzó

a acariciarlo.

—¡Kali!

La obligó a tenderse en la cama y el pelo de Kali quedó extendido sobre la almohada como un abanico. La muchacha lo observaba mientras Lang buscaba en el bolsillo de los pantalones. La alegró saber que al menos uno de los dos podía pensar. Un rato después Lang se tumbó sobre ella con pasión desatada.

—¡Dios mío, Kali! Estoy a punto de enloquecer, ¿te das cuenta?

Lang, oh, Lang…

Kali arqueó el cuerpo y él la cogió de las caderas. Mientras tanto, sus piernas buscaban un lugar entre las de Kali.

Como si aquella exigencia fuese una invitación a una batalla, durante un momento Kali las mantuvo unidas, rechazando las piernas de Lang. Cuando sintió que él se ponía tenso, abrió los ojos y vio que la miraba. La muchacha separó los labios.

—Eres una bruja, cariño, y las brujas se queman…

—Sí —respondió mientras recorría la espalda de Lang con los dedos.

—Entonces arderemos juntos —dijo y se movió sobre ella con fuerza.

—¡Oh! —exclamó Kali, cuando Lang introdujo una rodilla entre sus muslos para abrirse camino y empezó a besarla.

Había fracasado su intento de resistencia y se rindió por completo al fuego que los abrasaba. Lo rodeó con las piernas y se entregó al ritmo de sus caricias. Ambos se dejaron llevar por la misma excitación que los consumía.

Kali se sentía amada y atrapada a la vez. Era una confusa combinación de sensaciones que la dejaban sin aliento y la hacían desear más de aquel hombre.

Cuando la pasión llegó al punto culminante, Lang la estrechó y Kali se estremeció, al tiempo que susurraba su nombre una y otra vez. Durante un momento permanecieron suspendidos en medio de aquel éxtasis, y el mundo dejó de existir.

Unos instantes más tarde, Kali volvió a la realidad al sentir que Lang le acariciaba suavemente los senos.

Abrió los ojos y vio que él sonreía, satisfecho. Estaba apoyado en un codo. Durante un momento se miraron a los ojos y Lang se inclinó para darle un beso en la nariz.

—No me has dicho cuánto te ofreció Wakefield.

Kali intentó poner sus pensamientos en orden.

—Una vicepresidencia más influyente y mucho más dinero.

—Suena tentador. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

No quería pensar en Davis en ese momento.

—¿Estuviste tentada?

—¡No!

—No creí que lo estuvieras. —Lang rió—. ¿Disfrutaste de la venganza?

—No desempeñé el papel correctamente —admitió—. Deseaba saber qué influencia tenía sobre ti y le respondí que no te tenía dominado en absoluto. ¡Que eras tú el que me había seducido y no viceversa!

—Eres tonta. ¿Acaso no te das cuenta de que lo nuestro es mutuo? Cualquiera que sea la influencia que ejerzo sobre ti sólo es comparable con la que tú ejerces sobre mí.

Kali se mordió el labio, intentando comprender la situación, pero parecía no ser posible.

—¿Acaso vas a vender tus patentes a mi firma sólo porque me deseas? —preguntó, incrédula.

—¿Puedes pensar en un motivo mejor? —dijo, mientras le apartaba un mechón de la frente.

—¡Pero, Lang, no es… no es forma de hacer un negocio!

—Realmente no me preocupan los negocios —replicó seriamente —. Hay otras cosas en este mundo que me interesan más.

—Lang, esto es absurdo. —Kali se incorporó para sentarse y automáticamente cogió la sábana para cubrirse. Entonces frunció el ceño—. ¡Debes pensar en el futuro!

—Mi futuro eres tú.

—¡Pero no puedes saberlo con seguridad! —protestó Kali.

—Lo supe después de anoche. Ya te lo he dicho, Kali, lo de anoche fue muy importante.

Lang hizo una mueca, pero no sonrió. Kali intentó pensar, y con gran fuerza de voluntad trató de desenredar la situación; comenzó a analizarla.

—¿Qué pasa si yo… me quedo con las patentes y desaparezco, por decirlo así? —lo desafió con frialdad.

—No lo harás.

—¿Piensas detenerme?

La mirada de Lang se suavizó y respondió:

—Hay una pequeña trampa en este arreglo.

—¡Lo sabía! ¿Cuál es?

—Debes casarte conmigo para conseguir las patentes.

Kali lo miró, estupefacta.

—¿Casarme contigo?

Lang permaneció en silencio, observándola. Kali no pudo evitarlo. Lo miró y luego estalló en una carcajada.

Capítulo 8

—¿Qué sucede, Kali? —preguntó al ver que ella se ponía las gafas—. ¿Acaso no puedes sostener esa clase de compromiso?

Mientras intentaba controlar el ataque de risa, la muchacha movía la cabeza. Volvió a recostarse sobre la almohada, lo miró a través de las gafas y pensó en los hombres que por accidente habían nacido en una época equivocada. ¿Era su destino haberse encontrado con uno de ellos? ¿Cómo podía existir un hombre que obligara a una mujer a casarse con él en la década de los ochenta? ¿Cómo podía existir un hombre que deseara tanto a una mujer?

No, no quería pensar en ello. Además, Lang no podía estar hablando en serio. ¡Ni siquiera él podía ser tan anticuado y tan romántico!

Todos los hombres buscaban algo. Lang deseaba una buena suma por sus patentes y su trabajo. Había intentado provocar una guerra de ofertas entre Hadley e IAI, y, después del encuentro con Davis cambió de idea. Tenía que estar tramando una nueva estrategia. ¿Acaso pensaba que seduciéndola se aseguraría el futuro con IAI?

No, eso tampoco tenía sentido, conociendo la peculiar personalidad de Lang. Era la clase de hombre que obligaba a la mujer que deseaba a casarse.

Kali se sentía totalmente confusa. Ya no se reía. ¿Qué estaba sucediendo entonces?

—Tú —comenzó a decir— no puedes hablar en serio.

—Tú eres la que no está preparada para hablar en serio. Entonces intentaremos algo que no te haga morirte de risa.

Kali arqueó una ceja y se esforzó por mantener una expresión de calma. Era difícil, dado que aquellos ojos verdes la miraban con absoluta decisión. Debía tener cuidado, pues sería desastroso si se dejaba arrastrar por el carácter impulsivo de Lang Sterling. ¡Ella sabía muy bien a qué época pertenecía!

—No creí que te hubiera enloquecido tanto… Así que ¿cuál es la próxima oferta? —preguntó Kali.

Se levantó sin responderle y se dirigió al cuarto de baño. La muchacha oyó el ruido del agua y se preguntó qué estaría pasando por la mente intrincada de aquel hombre.

Cuando reapareció unos minutos más tarde, Kali levantó la cabeza y esperó que continuara con la conversación, pero no lo hizo. Simplemente le sonrió y salió del cuarto.

Kali permaneció inmóvil mientras oía sus movimientos en la cocina. ¿Qué estaría tramando? Estaba a punto de levantarse de la cama cuando Lang volvió a aparecer.

Lo observó cuando se dirigió hacia ella, absolutamente desnudo, con una botella de champán y dos copas en la mano.

—¿Qué diablos…?

—Bueno —dijo, al tiempo que se sentaba en la cama a su lado y comenzaba a servir el champán—, al menos ya no te ríes —le dio una copa y levantó la suya a modo de brindis—. Por nosotros.

—¿Qué ocurre con nosotros?

Kali comenzaba a sentirse atemorizada. Lang bebió un poco y la miró a los ojos.

—Por nuestro nuevo estilo de vida moderna —explicó—. ¡Lang, si no me dices lo que está sucediendo, te prometo que…!

—Vendrás a vivir conmigo a cambio de esas patentes —la interrumpió fríamente, y bebió un poco más.

—¡Vivir contigo! —exclamó Kali, que estuvo a punto de derramar el líquido de la copa.

—Durante un mes —aclaró—. Lo comprendes, ¿verdad? Debes vivir un mes conmigo a cambio de obtener esas patentes, lo cual no significa que no espere hacer un buen negocio con IAI. Sólo significa que eres parte del negocio. Además del dinero, quiero que estés en mi casa durante un mes.

Kali se puso furiosa y exclamó:

—¡No puedes hacerme esto!

Lang la miró, pensativo.

—Veo que empiezas a tomarme en serio. No me has creído cuando te he dicho que quería casarme, ¿verdad?

—Bueno, no. ¡Por supuesto que no! —replicó, confundida y enfadada.

Se sentía absolutamente vulnerable con la copa de champán en la mano y sólo cubierta por una sábana. El hecho de que Lang también estuviese desnudo y no se hubiese tapado no mejoraba la situación en absoluto. Sólo tenía la seguridad y satisfacción propias de un hombre que acaba de hacer el amor con una mujer y siente que domina la situación.

—¿Entonces por qué me tomas en serio ahora que he cambiado mis exigencias?

—Lang, ¿estás bromeando?

—No, sólo que me resulta interesante el hecho de que te hayas reído ante la idea de casarnos pero que te aterrorices si realmente te obligo a vivir conmigo.

—¿Vas a obligarme a vivir contigo? —susurró, totalmente atónita.

—No será exactamente por la fuerza, ¿verdad? Ésta es la segunda noche que pasamos en la cama y habrá muchas otras en el futuro. Ambos lo sabemos. ¡Los dos admitimos que hay algo más que atracción entre nosotros! —concluyó riendo—. No olvides que esta noche reconociste ante tu ex novio que yo te había seducido. Si lo deseas, iré a decirle a todos que no puedo resistirme a ti. Pero no es necesario, ¿no es cierto?

—¿Piensas que porque me he acostado contigo un par de veces puedes prolongar la aventura durante un mes? —estalló Kali.

—Sí —respondió simplemente—. Con o sin las patentes. Admítelo, Kali, tendrás una aventura conmigo, y al mismo tiempo puedes asegurarte el negocio.

—¿Y si rehuso? —lo desafió.

—Entonces venderé las patentes a otra empresa, pero no creo que rehúses, ¿verdad, cariño?

Hizo que la muchacha bebiera un trago de champán. Luego le quitó suavemente la copa y la colocó sobre la mesilla de noche junto a la suya.

Luego le quitó las gafas y apoyó las manos en las caderas de la muchacha.

—Si no vienes a vivir conmigo, vendré a vivir contigo. En realidad no importa demasiado, pero de un modo u otro estaremos juntos durante un mes. Es el precio que le pongo a esas patentes y tú lo vas a pagar porque no puedes resistirte a mis encantos.

Antes de que pudiese protestar o hallar un modo racional de controlar la situación, Kali quedó aprisionada sobre la almohada. Lang la besó apasionadamente. Se consoló pensando que por la mañana hallaría un modo lógico de huir de la trampa que Lang le había tendido.

¡Por supuesto que podría ser más astuta que un hombre tan anticuado!

Sin embargo, la tentación de dejar de lado el aspecto racional era muy grande. Kali entreabrió los labios y le rodeó la espalda con los brazos.

Sólo a las nueve de la mañana, cuando estaba en el despacho de su jefe, el presidente de Interactive Automation Inc., Kali se propuso pensar con claridad.

Se sentó frente a Maxwell Spencer. Intentó desesperadamente demostrar compostura.

Había tenido una mañana terrible. Cuando se despertó, vio que Lang se había marchado, había dejado una nota en el tocador. Sólo le recordaba la cita de esa noche y el pacto que habían hecho. En ese orden. Había firmado con una L inmensa.

Kali estrujó la nota, enfurecida, y salió de su casa dando un portazo.

Sólo logró controlar sus emociones cuando llegó al trabajo. Spencer la llamó a su despacho cuando la muchacha bebía una reconfortante taza de café.

—Sólo quería saber el estado de nuestro último negocio.

Max Spencer sonrió y Kali hizo lo mismo, aparentando la seguridad que se exigía de un vicepresidente de IAI. Le sorprendió advertir que después de todos esos meses, aún no conocía bien a su jefe.

Kali se había fijado como meta mantener una relación formal con él. Spencer era un hombre corpulento que iba camino de los cincuenta. Tenía el pelo canoso y espeso, y vestía de forma impecable. Era un hombre que había triunfado, pero Kali tenía la impresión de que había alcanzado el éxito por sus propios medios.

—¿Se refiere a Lang Sterling y sus patentes? —Intentó ocultar el

pánico que se había apoderado de ella—. Creo que estará listo para el fin de semana.

—Bien, bien. —Max asintió con la cabeza, complacido—. Tengo entendido que es un poco excéntrico…

—Bastante.

—¿Puede representar algún problema?

Max la observó detenidamente y dijo:

—Éste será un buen logro para usted y para IAI. Con el acceso a la tecnología de esas patentes y con la capacidad de Sterling a nuestro servicio, IAI arrasará en el mercado.

—Hasta que alguien consiga otro avance en tecnología —le recordó—. Nada permanece quieto, Max, y en este negocio hay mucha gente que está trabajando en el próximo adelanto. Es sólo cuestión de tiempo…

Max le hizo una sería para que se callara.

—Soy consciente del elemento competitivo en este negocio, pero no hay duda de que Sterling nos dará una gran ventaja. Manténgame informado acerca del desarrollo de la situación, por favor. ¿Está satisfecho con nuestra oferta?

—Él, eh… ha introducido algunas modificaciones —logró decir al tiempo que hacia un esfuerzo sobrehumano para no ruborizarse.

—Bueno, lo esperábamos —asintió Max.

—Sí…

—Correcto, entonces hablaremos esta semana. Gracias, Kali.

Kali se puso de pie y se dirigió a la puerta con la sensación de que estallaría en un ataque de histeria.

Las cosas se estaban complicando pero estaba decidida a que la situación no se le escapara de las manos. Sin embargo, cuando llegó a su casa y empezó a arreglarse para la cita con Lang, comenzó a tener pánico.

Empezaba a sentirse atrapada. Se había comprometido con su jefe y ahora estaba al borde de otro compromiso mucho más profundo con Lang Sterling.

Por cierto, aún podía hacer algo con respecto al segundo compromiso, pensó mientras se trenzaba el pelo y se lo recogía sobre la nuca. ¡Primero estaba su profesión y no una presión salvaje hacia un hombre con quien no tenía nada en común!

¿Pero cómo haría para separar los dos compromisos ahora que

Lang los había unido con el simple acto de hacer que Kali formara parte del trato?

Un mes con él…

Él tenía razón, debió admitir al mirarse en el espejo. Ya estaba envuelta en una aventura con él. ¡Además no estaba segura de poder detenerlo mientras continuara dispuesto a llevarla a la cama! ¿Qué había pasado entonces, las últimas dos noches? ¡Había hecho el ridículo frente a Davis al decirle que su presa la había seducido!

Kali comenzó a buscar los zapatos. De pronto sonó el timbre de la calle.

Era Lang y Kali apretó el botón para que subiera. Aguardó su llegada como si esperara la mano del destino.

Sin embargo, cuando abrió la puerta se encontró con un ramo de rosas amarillas.

—¡Lang! ¡Son preciosas!

—Pensé que pegarían con el color de la habitación —explicó modestamente, mientras se inclinaba para besarla en los labios—. Y contigo.

Durante un instante se miraron a los ojos y Kali debió hacer un gran esfuerzo para romper el hechizo. Respiró hondo, se alejó de Lang y se dirigió a la cocina para buscar un florero.

¡Maldición! Aquel hombre tenía una habilidad especial para desarmarla. ¡Se había endurecido para enfrentarse a él y con un simple ramo de flores la había derretido!

Pero los negocios eran los negocios y tendría que controlar esa delicada situación.

Puso el florero encima de la mesa y vio que Lang se servía un vaso de *whisky* y se dirigía a la ventana.

Llevaba una chaqueta de color beige, unos pantalones de tono más oscuro, una camisa color crema y una corbata. En la tenue luz de la sala, el pelo de Lang parecía aún más rojizo.

Kali se quedó paralizada al sorprenderse a sí misma observando el perfil de aquel hombre.

¿Qué había en él que la hacía sentirse tan débil?

La muchacha cerró los ojos. Era víctima de una fugaz atracción sexual. Era eso. No había otra explicación lógica. ¿Acaso un mes a su lado lograría apagar aquella pasión?

Nunca había experimentado algo así antes. ¿Era algo que podía

solucionarse o era algo que crecería…? ¿Cómo se sentiría cuando finalizara el mes?

Abrió los ojos con una sensación de pánico y colocó una rosa con furia.

¿Qué le sucedía? No estaba obligada a vivir con él durante un mes a pesar de lo que él dijera. ¡Maldición! ¡Haría que el nombre de Lang figurara en el contrato y también tendría su propia libertad!

—¿Me has echado de menos esta mañana? —preguntó, volviéndose cuando Kali colocaba la última rosa.

—¿Esta mañana te has ido temprano para darme una lección por haberte hecho lo mismo ayer? —preguntó.

—No, a decir verdad, pensé que sería una idea sensata no estar presente cuando te despertaras y esa mente tuya comenzara a funcionar y a reflexionar sobre el problema. ¿Has llegado a alguna conclusión brillante?

—¡No pareces muy preocupado por la posibilidad!

—No lo estoy. Soy un hombre simple con un plan simple explicó. —Te mudarás a mi casa o pronto me mudaré aquí.

Kali arqueó una ceja y preguntó:

—¿Cuándo será eso?

—Depende de cuándo desees que termine el negocio de las patentes con IAI —replicó—. No voy a firmar nada hasta que tú y yo hayamos llegado a un acuerdo privado.

—¿Y si me niego? —preguntó con cautela.

—Entonces continuaré llevándote a la cama hasta que estés de acuerdo —respondió, inmutable—. Vamos, cariño, estoy muerto de hambre…

El restaurante que Lang había elegido en Pioneer Square era romántico y muy íntimo. Era exactamente el lugar que alguno de sus antepasados habría elegido para una cita con un amante.

—¿A qué se debe esa sonrisa misteriosa? —preguntó Lang.

—¿Acaso las misteriosas sonrisas femeninas molestan a los hombres simples que tienen planes simples? —preguntó en tono desafiante.

—Esa clase de sonrisas ha inquietado a los hombres desde el comienzo de los tiempos. ¿Por qué crees que aún continuamos preguntándonos qué quieren las mujeres?

—Yo puedo decirte lo que quiero: tu firma en un contrato con IAI.

—Cuando se hace una pregunta tonta…

—Ayer dijiste que me traerías aquí para que esta noche habláramos de negocios.

—En la vida hay otras cosas además de los negocios, Kali. Algún día lograré hacértelo entender y cuando eso suceda sentiré que el avance en el campo de las computadoras ha sido mayúsculo.

—No soy un robot, Lang. ¡Esa clase de comentarios empiezan a molestarme!

—Es un buen síntoma —le aseguró—. Nalg jamás se molestaría si lo llamara robot.

Kali no pudo contestarle, pues el camarero se acercó para anotar la cena. Kali empezó a pedir el primer plato, pero en el momento en que mencionó una ensalada de remolacha y pepinos, Lang la interrumpió:

—No, no —dijo con una autoridad tal que el camarero enseguida le prestó atención—. Compartimos un paté de pescado y pistacho de primero, creo, y luego corazones de alcaucil. Después de eso Loquillos Saint-Jacques para la señorita… Te gustan los escalopes, ¿verdad, cariño?

Kali debió hacer un gran esfuerzo para contener su irritación y luego asintió con la cabeza, indignada.

No iba a hacer una escena delante del camarero. ¡No toleraba las escenas en público!

—Para mí… perca de mar con hinojos y una botella de Chardonnay 77, por favor.

Apenas se retiró el camarero, Kali le dirigió a Lang una mirada fulminante. Jamás en su vida había permitido que un hombre le eligiera la comida.

—No me mires así —protestó Lang—. Te encantará lo que he pedido.

La miraba como un niño travieso.

—¿Qué te hace pensar que sabes lo que quiero?

—Sé lo que es mejor para ti. Confía en mí —murmuró.

Kali miró hacia arriba e intentó controlarse. Primero estaban los negocios. Si lograba que la velada transcurriera con éxito, sólo tendría que utilizar su energía en las cuestiones importantes.

—Está bien, está bien. Ocupémonos de los negocios.

—Lang, permíteme decirte qué va a ofrecerte IAI…

Él apoyó un codo sobre la mesa y luego la barbilla en la mano. Se

dispuso a escuchar y sonrió. Kali sintió ganas de darle un puntapié. Sin embargo empezó a enumerar la serie de beneficios y ventajas que le ofrecía IAI. Cuando terminó, llegó el paté de pescado.

—Ya ves —concluyó, consciente de que la atención de Lang se centraba en la comida—, IAI no sólo puede pagarte lo que deseas sino que también se ocupa de proteger tus ingresos. Además, recibirás una suma constante mientras utilices las instalaciones de nuestro laboratorio…

—No.

Kali parpadeó, mientras observaba cómo untaba paté de pescado en una tostada.

—¿Perdón?

—No necesitaré las instalaciones del laboratorio así que IAI puede quedarse ese dinero —explicó, mientras le ofrecía el canapé que había preparado.

Kali lo aceptó automáticamente, mientras le miraba a los ojos.

—IAI puede ofrecerte un equipo experimental mucho más sofisticado que el que tienes. ¡Todo científico necesita el mejor laboratorio posible!

—No si se retira del mundo de los robots.

—¿Qué? No comprendo, Lang. ¿Acaso no quieres continuar trabajando en las computadoras?

Apoyó el cuchillo y la miró a los ojos.

—Nalg es mi última aventura con los robots, Kali.

Kali movió la cabeza sin poder comprender.

—¿Pero por qué, Lang? Es tu vida. Es lo que mejor haces…

—¿Por qué? —repitió lentamente—. Te diré por qué, Kali. Porque con sólo unos pequeños ajustes en su programación, podría darle un arma e instruirlo para que disparara ante cualquier cosa en movimiento. Lo haría sin vacilar siquiera.

—¡Dios mío! ¿Qué estás diciendo, Lang?

—Que se ha ido demasiado lejos en el campo de los robots. No haré más contribuciones. Punto.

Se apoyó en el respaldo de la silla y preparó otro canapé.

Pasaron algunos segundos hasta que Kali comprendió lo que estaba diciendo.

—Es… es sólo una máquina, Lang…

—Una máquina programable. Podría ser programada para matar.

—¡O para ayudar a un médico en un hospital! —se apresuró a decir.

Lang asintió con la cabeza.

—Sí, también existe esa posibilidad, de acuerdo. Pero dada la naturaleza del hombre, apuesto a que por cada máquina que haya en un hospital probablemente habrá otra para matar. No deseo participar en ello.

Kali vaciló, pues era consciente de la convicción de Lang y no sabía qué hacer. Por un lado, tenía la obligación de persuadirlo para que trabajara para IAI. Por otro lado, sentía un poderoso y desconocido deseo de instarlo a que hiciera lo que le exigían sus convicciones. La sorprendió el hecho de que ésa era la primera vez en toda su carrera profesional en la que le ocurría algo semejante. En el pasado, veía las prioridades con absoluta claridad. Lo que era bueno para la empresa era bueno para ella…

—Sabes que la tecnología en este campo progresa con rapidez, Lang…

—¿Y si no lo hago algún otro lo hará? Lo sé. No soy tan tonto como para creer que puedo detener el progreso. Es sólo que no contribuiré más a él.

—¿Qué… qué harás entonces?

—¿Como nueva profesión? —vaciló unos segundos y Kali tuvo la impresión de que no sabía si decirle o no lo que haría—. Voy a probar suerte con la literatura.

—¿Qué vas a escribir?

—Ciencia ficción.

—¿Ciencia ficción? —repitió, sorprendida—. Creía que el futuro no te entusiasmaba demasiado. ¿Por qué ciencia ficción? ¿Por qué no novelas de aventuras del pasado o algo así?

—Porque el futuro necesita romanticismo —explicó—. El pasado ya es romántico.

Kali se quedó boquiabierta y se olvidó de la comida.

—No lo había pensado de ese modo —susurró y durante un momento permaneció callada, meditando—. Tal vez tengas razón. Tal, vez la literatura romántica y de aventuras trasladada a futuro nos ayude a vivir en un mundo lleno de frías máquinas.

—Es un modo de recordar nuestra humanidad, recordar que nuestras pasiones son más importantes que las respuestas programadas

de nuestras máquinas. ¿Qué sentido tendría vivir en un mundo sin lo romántico? Los cuentos, las canciones y las leyendas mantienen vivo el romance y la ciencia ficción se compone de las leyendas del futuro. Al paso que vamos, necesitamos esos relatos antes de que realmente lleguemos al futuro.

—¿Acaso porque podemos utilizarlos para cambiar el futuro? —concluyó Kali.

Lang la miró a los ojos y sonrió. Podría haber jurado que en aquella sonrisa había una expresión de cierto alivio. Durante un momento hubo una comprensión total y absoluta entre ambos. Esos momentos eran peligrosos, pensó Kali. Esos momentos podían cambiar una vida.

Pero ella no deseaba cambiar de vida. Tenía muy claro lo que quería, y no necesitaba que un romántico del pasado interfiriera en su mundo cuidadosamente programado.

¡Programado! ¡Santo Dios! ¿Por qué había utilizado esa palabra?

Por algún motivo, la conversación no volvió al tema de los negocios. Kali hizo algunos intentos para volver sobre el asunto del contrato de las patentes, pero la facilidad con que Lang condujo la conversación hacia otros temas la convenció de que en realidad esa noche no deseaba hablar de negocios con aquel hombre. Inclusive la misma palabra la ponía nerviosa.

Sin embargo no fue lo único que la puso nerviosa esa noche. Temblaba cuando finalmente cogieron un taxi para ir a su casa.

El taxi le hizo recordar el coche deportivo que Lang había encargado. El tiempo transcurría para ambos. Lang pronto necesitaría dinero y ella tendría que hallar el modo de llegar a un acuerdo para finalizar el trato con IAI. ¡No se mudaría a casa de Lang! Incluso ese problema pasó a segundo plano cuando debió decidir si lo invitaría a su casa a tomar una copa.

Kali estaba sorprendida; la velada se había vuelto cálida y mágica, pero sólo habría un final si le permitía subir. Una vez que Lang la tomara en sus brazos, estaría perdida hasta la mañana. Kali halló el coraje suficiente para afrontar ese hecho.

Bajaron del taxi y entraron juntos en el edificio de su casa antes de que pudiese hallar las palabras para concluir la velada.

Cuando llegó el ascensor, ya era demasiado tarde; la muchacha se dio cuenta de que en ese momento no podría detener lo inevitable.

Lang le pidió las llaves y abrió la puerta de la casa. Kali entró y se dirigió al sofá. Allí se dejó caer y observó cómo Lang servía dos copas de coñac.

Sin decir palabra Lang se dirigió al sofá, se sentó a su lado y le tendió una copa.

—Gracias por la encantadora velada, Kali.

Con esas palabras quebró el silencio.

—Esta noche tampoco hemos hablado de negocios —murmuró Kali.

Se sentía hipnotizada por la mirada de Lang. Era un placer no tener que pensar más esa noche. Sólo deseaba entregarse a sus brazos.

—Creo que hemos hecho algo mucho más importante —contestó.

Una vez más se produjo aquella extraña comunión entre ellos y Kali volvió a estremecerse.

Bebieron coñac en silencio, sólo interrumpido por palabras sin sentido. Sin sentido, por supuesto, para una persona ajena.

Cuando Lang apoyó la copa y se puso de pie lentamente, Kali hizo lo mismo. La mirada de la muchacha era cálida y apasionada.

—Buenas noches, cariño —dijo Lang, y se inclinó para besarla. Luego levantó la cabeza y durante un rato miró el rostro expectante de la muchacha. Luego se dio la vuelta, se dirigió a la puerta y la cerró tras él.

Kali se quedó sentada en el sofá, mientras se decía que Lang estaba jugando con sus sentimientos; pero al admitir esa posibilidad, reconocía que Lang tenía el poder de hacerlo. Admitir eso era devastador.

También pensó que utilizaba el sexo como un arma, pero el hecho de admitirlo significaba que ejercía un dominio físico sobre ella que ningún otro hombre había tenido.

Antes de conocer a Lang Sterling, Kali jamás hubiese creído que podía sentir un deseo semejante. Admitir eso era mucho más terrible.

También se dijo que iba a poner fin a todas las citas con Lang a menos que concluyera su trato con IAI.

Nunca en su vida le había resultado tan difícil como en ese momento adoptar una postura y ponerla en práctica. Era absolutamente perturbador tener que admitir que Lang tenía el poder de romperle todos los esquemas en su procedimiento normal de hacer negocios.

Sin embargo, lo más molesto, lo más perturbador e irritante era el modo en que Kali terminaba cada noche, sola, en la oscuridad. Se daba cuenta de que el mayor poder de Lang consistía en su extraña manera de lograr que la muchacha añorara su compañía y se cuestionara su incondicional devoción a su trabajo en IAI. Después de cada cita con Lang se interesaba más por el porvenir de aquel hombre que por el de IAI. El hecho de reconocer eso era suficiente para hacer temblar a una vicepresidente que había triunfado.

Sólo cabía una explicación para sus caóticas emociones hacia Lang Sterling: estaba enamorada. La perspectiva de amar a un hombre al que no comprendía no le agradaba en absoluto.

Huía de aquellas palabras pero no podía hacer caso omiso de la realidad. En el mundo de los negocios había una expresión acuñada mucho tiempo atrás para describir esa clase de situación.

Capítulo 9

—Eso se llama conflicto de intereses, Max, y sólo hay un modo de solucionarlo. Debo retirarme de las negociaciones entre Lang Sterling e IAI.

Kali miró a su jefe con una frialdad fingida. Había tomado esa decisión la noche anterior, tendida en la cama, sola.

Cuando Lang la tomó entre sus brazos la última vez, Kali debió reconocer que ya era hora de terminar con los eufemismos para explicar sus sentimientos. Estaba enamorada.

No había lógica detrás de aquella sensación vibrante e increíblemente perturbadora. En su mundo, Kali podía comprender la lógica pero la magia era otra cosa.

Max Spencer observó a su joven vicepresidente, y una vez más la muchacha advirtió que a pesar de los meses que habían trabajado juntos, aún había muchas cosas que no sabía de Maxwell Spencer.

Había tenido mucho cuidado en mantener las distancias entre ambos y él no había hecho nada por cambiar aquella relación. Eran colegas, pero no amigos. En ese momento Max no hizo caso de aquellas barreras invisibles.

—¿Acaso intenta decirme que está saliendo con Lang Sterling?

Kali se esforzó por mantener la compostura.

—Usted no cree que se pueda tener escrúpulos con los negocios, ¿verdad, Max?

—No de forma tan exagerada. Kali, sinceramente no veo el problema, aun cuando tenga una aventura con él. Lo que le ofrecemos a Lang Sterling es excelente para él y para nosotros. En ese caso los

intereses de ambas partes parecen coincidir. ¿Dónde está el conflicto?

—¡Max! —Kali se ruborizó—. No puedo continuar negociando con un hombre del cual…

La muchacha estalló en un llanto, angustiada.

—Kali, me sorprende usted. Pensé que podía negociar con cualquiera en cualquier clase de circunstancias. La hemos preparado muy bien.

—Lo sé, lo sé, Max. Lamento decepcionarlo, así. Comprendo si desea que renuncie…

Max pareció hacer caso omiso de aquella frase.

El hecho de entrar en el despacho del jefe y decirle que no podría llevar a cabo un trabajo porque se había enamorado del hombre con quien se debía cerrar el trato, no era el mejor método para mejorar la relación entre dos ejecutivos.

Sin embargo Max no se tomó la noticia como Kali había imaginado… Casi parecía comprenderla.

—¿Sterling ya conoce su determinación? —preguntó Max, mientras jugueteaba con una estilográfica.

—No. Lo voy a llamar en cuanto salga de aquí. Pienso decirle que de ahora en adelante tratará con Mike, si a usted le parece bien…

—¿Cree que Jarvis puede arreglárselas?

Kali asintió con la cabeza y respondió:

—Creo que Lang está dispuesto a vender y está bastante satisfecho con la oferta de IAI. Es decir, con lo que sé le ha ofrecido por el momento —agregó—. A propósito, no va a tomar parte en ningún negocio con ninguna firma. Desea retirarse del trabajo de los robots.

Max frunció el ceño.

—¿Está segura?

—No me cabe ninguna duda. —Kali negó con la cabeza—. Pero no debe preocuparse, Max; tampoco va a vender las patentes a una firma y trabajar para otra al mismo tiempo.

—¿Qué va hacer? ¡Es brillantes en su profesión!

Max parecía apenado por el aparente desperdicio de talento.

—Va a intentar escribir ciencia ficción.

Max la miró fijamente y luego estalló en una carcajada.

—¡Está bromeando!

—No, y me parece que va a ser la clase de novelas en las que los robots no triunfan.

—¿Un inventor con conciencia social?

Sin embargo el tono de Max no era irónico sino más bien de admiración.

De pronto Kali recordó que IAI nunca se había interesado en contratos de armas. Eso había molestado a Davis Wakefield y de vez en cuando solía presentar proyectos de defensa.

Max siempre había querido que IAI se mantuviera lejos de los negocios gubernamentales debido a la naturaleza de los fondos federales.

Kali se preguntaba si no habría otros motivos para que IAI sistemáticamente pasara por alto las ofertas para proyectos de desarrollo militar. ¿Acaso era que Maxwell Spencer se negaba a aplicar la tecnología de las computadoras al servicio de las armas? Si era así, le parecía bien. Kali no había intentado seguir los pasos de Davis en ese aspecto.

—No me animaría a decir que lo aflige una «conciencia social». Eso siempre implica algún tipo de militancia, ¿no es así? Pero creo que tiene un enfoque muy humano de la vida. El pasado, el presente y el futuro… Sin embargo hay momentos en que creo que…

De pronto se interrumpió, sorprendida por hablar de esas cosas con Maxwell Spencer.

—¿Qué piensa, Kali?

—Creo que probablemente debería haber nacido hace unas cuantas décadas. Escuche, Max, lamento mucho toda esta confusión. Sé que es una situación insostenible y no hay absolutamente ninguna excusa…

—Siempre hay una excusa si se es humano —murmuró.

Kali lo miró, sin comprender exactamente el significado de aquellas palabras y luego agregó:

—Max, no habría ningún inconveniente en permitir que Mike se ocupe del asunto de ahora en adelante. La experiencia lo beneficiará.

—Respeto su opinión, Kali. Si cree que es lo más conveniente…

—Así es —replicó, agradecida por el apoyo y la comprensión de Max—. Y, de nuevo, lo siento mucho…

—Los conflictos de intereses pueden sucederle a cualquiera en este tipo de negocios. Créame, los conflictos de intereses pueden tomar forma mucho más sorprendentes que el simple hecho de enamorarse. Al menos no ha sido sobornada por una firma competidora…

Kali lo miró y preguntó:

—¿Cómo… cómo lo ha sabido? —Spencer sonrió.

—¿Qué Wakefield estaba en la ciudad e intentaría comprarlos a Sterling y a usted? No soy presidente de una empresa por nada, Kali. Cuando supe que Hadley estaba interesada, lo demás fue evidente. ¿Entonces lo intentó?

—No fue una oferta muy tentadora, Max. Después de todo, habría significado trasladarse a California. ¿Qué clase de tonto haría eso?

Max rió.

—Me alegro. Está bien, concentrémonos en Mike, entonces. Que mi secretaria concerte una cita para esta tarde.

Kali salió del despacho un poco deprimida. Sin embargo, aún tenía su trabajo y, aparentemente, gozaba del respeto de su jefe. Al menos, se sentía aliviada. Si el presidente hubiese sido Davis Wakefield, las cosas habrían sido muy distintas.

Era gracioso. Jamás había advertido que Davis y Max eran totalmente diferentes. Tal vez era porque había aprendido a ver a Max a través de los ojos de Davis. Kali se preguntó hasta dónde la había influido aquella actitud de Davis. Ese día se había dado cuenta de que había un lado humano en Maxwell Spencer.

—Joanna, ¿podrías llamar a Lang Sterling?

—Enseguida, Kali.

«Debería haberme dado cuenta de este lío hace días», pensó Kali. ¿Pero cómo podía haber advertido el efecto que Lang tendría sobre ella? ¿Cómo podía haber imaginado que un hombre tendría el poder suficiente como para ponerla en esa situación?

Sin embargo, los hechos eran evidentes, y si había algo que Kali sabía hacer era afrontar los hechos.

Estaba enamorada. Era un hecho y Lang la deseaba, romántica y apasionadamente. Además tenía la habilidad de hacer que ella sintiera lo mismo. No sabía si la pasión de Lang se volvería amor, pero sabía que necesitaba desesperadamente averiguarlo.

Para hacerlo debía liberarse de la responsabilidad que le imponía su trabajo.

¿Cómo podía intimar con Lang mientras ella consideraba la relación como un asunto de trabajo? Lang Sterling necesitaba una mujer que pudiera responderle con la misma pasión. Una mujer que quisiera estar con él porque lo deseaba y no por alguna otra razón.

¡Menos aún por negocios!

—Kali, Sterling está al teléfono.

—Gracias, Joanna.

Levantó el auricular y advirtió que le temblaba la mano. ¡Maldición! Ése era un momento en el que debía actuar con calma y frialdad.

—Hola, cariño, ¿qué sucede?

La voz de Lang tuvo un efecto perturbador en los nervios de la muchacha. Durante un instante recordó el aspecto de Lang la noche anterior justo antes de que se despidieran con un beso.

Sus ojos verdes estaban llenos de deseo y cuando le cogió la barbilla le había temblado la mano.

Con esa imagen en mente, Kali supo que lo que iba a hacer era lo correcto. Debía ser libre para saber qué había detrás de la pasión de Lang. Debería correr el riesgo.

Respiró hondo y luego dijo:

—Lang, te llamo para decirte que me he retirado de las negociaciones entre tú e Interactive Automation…

No dijo nada más.

—¿Qué has hecho?

Lang se puso furioso.

—Ya me has oído, Lang. Era el único modo…

—¡Qué diablos! ¿A qué pretendes jugar conmigo, Kali? —Ella tuvo que alejar el auricular unos centímetros—. ¡Jamás creí que jugaras como una cobarde!

—¡No estoy jugando! —A pesar de su determinación, Kali advirtió que ella también había elevado el tono de voz—. Gracias a ti estoy en medio de… un conflicto de intereses, ¿acaso no lo has comprendido? No he tenido alternativa y me he retirado de las negociaciones entre tú y mi empresa. Mi asistente, Mike Jarvis, se encargará del asunto. Estoy segura de que resultará muy eficiente y capaz de representar muy bien a la firma…

—¡Estoy seguro de que es muy eficiente! ¡Probablemente tú lo hayas enseñado! Pero eso no importa, *Madame* Robot, tú eres la única representante de IAI con la cual voy a negociar. ¡Me niego a empezar todo otra vez!

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Apenas has empezado a negociar conmigo! Cada vez que intento hablar del asunto cambias de tema. Mike sabrá con exactitud hasta dónde hemos llegado…

—¿Acaso le contarías algo tan personal? —preguntó, enfurecido.

—¡Sabes a qué me refiero!

—Por supuesto que sé a qué te refieres. Te has rendido, ¿verdad? ¡Crees que puedes salir de mi vida con la misma facilidad con la que entraste!

—Te equivocas —replicó Kali, enfadada—. Fue mucho más sencillo entrar en tu vida. Todo lo que tuve que hacer fue averiguar que estabas saliendo con Gwen Mather, y conseguir que Amanda Bryant me invitara a la recepción. ¡Eso fue una nimiedad comparado con lo que intento hacer en este momento!

—Después de todos esos inconvenientes, haré que continúes hasta el final. Así que lo consideras un conflicto de intereses. Está bien pues, estás a punto de averiguar qué conflicto soy capaz de crear cuando se me provoca. Tú y yo hicimos un trato…

—¡No tomaré parte en ningún trato!

—¡Ya eres parte del trato! No veo ningún conflicto de intereses. Tu empresa quiere mis patentes y yo estoy dispuesto a venderlas.

—¡A qué precio!

—Si acaso piensas que puedes escaparte de lo nuestro, eres mucho menos inteligente que el robot promedio.

—¡No estoy buscando el modo de escapar de ti… o de lo nuestro, Lang Sterling! —dijo Kali, casi gritando.

Nunca le había resultado tan difícil como en ese momento controlar sus reacciones. Entonces agregó:

—¡Intento hallar el modo de estar contigo sin ataduras!

Inmediatamente deseó habérselo dicho de otro modo. No había tenido intención de ir tan lejos. Sin embargo, con Lang hacía muchas cosas que no quería.

El silencio que se produjo al otro lado del teléfono fue sepulcral.

—¿Sin ataduras? —repitió Lang—. Kali, ¿acaso estás diciendo que te retiras de las negociaciones para estar conmigo por voluntad propia? ¿No quieres que piense que sólo lo haces para asegurar las patentes?

Kali deseaba que no fuese tan directo en un asunto tan delicado como aquél.

—Quisiera que nuestra… nuestra relación o sea lo que sea evolucione independientemente de cualquier asunto de trabajo —dijo, ruborizándose.

—Conflictos de intereses —la interrumpió—. Así que se trata de eso.

—Lang, intento explicártelo.

—Conflicto de intereses —repitió como si saboreara la palabra—. Conflicto de intereses. ¡Vaya! ¡Si es lo más romántico que me han dicho!

—¡Lang!

Kali se quedó estupefacta; en silencio. ¿Ahora qué diablos sucedía?

La muchacha tenía la horrible sensación de que todo escapaba de su control. Se quitó las gafas y se frotó la nariz.

No tuvo mucho tiempo para pensar, pues diez minutos más tarde la secretaria de Max la llamó para que acudiera al despacho del presidente.

—¿Qué sucede, Kali? —preguntó Spencer, sin ninguna clase de preámbulos—. Acaba de llamarme Sterling.

—¿Qué quería? —preguntó, sobresaltada.

—Concluir el asunto de las patentes, según sus palabras. Después del ajetreo de esta última semana, parece que de pronto ha decidido terminar el negocio de un modo u otro. Parecía tener prisa.

Kali se sentó, casi temblando.

—¡Oh, Dios mío!

—No es ésa la respuesta que espero en los momentos de crisis por parte de mi personal ejecutivo.

—Lo siento. ¿Se ha decidido finalmente a hablar de negocios?

—Así es.

—Entonces será mejor que vaya preparando a Mike de inmediato.

—No hay tiempo. Sterling se va a reunir con nosotros en un restaurante cercano dentro de unos minutos. Es decir, si consigue localizar a Davis Wakefield.

—¡Davis!

—Parece que, después de todo, Lang ha decidido provocar una guerra de ofertas. Como una venganza.

Kali tenía la boca seca.

—Comprendo. ¿Entonces, usted se encargará de las negociaciones en lugar de Mike?

—Sterling dice que sólo aceptará que usted represente a IAI.

—¡Oh, no!

—Ésa es otra de las cosas brillantes que ha dicho desde que ha

entrado en mi despacho.

—Señor, le expliqué la situación a Sterling. Le dije que trataría con Mike.

—Lo cual aparentemente no deseaba hacer.

—Sé que no he llevado el asunto como corresponde…

—Pero pronto tendrá una oportunidad para reivindicarse, ¿no es así? —La expresión de Max se suavizó—. No se aflija, Kali. Es absolutamente capaz y lo sabe. Usted hizo lo correcto, lo ético, cuando intentó retirarse, pero como dijo Lang, no hay explicación para las excentricidades de un científico. Rehusa negociar con otra persona de la firma que no sea usted. Así están las cosas. Tengo absoluta confianza en su capacidad para realizar el trabajo.

—¿Incluso contra Davis Wakefield?

Lang sabía que podía tenerla sin venderle las patentes, y había comenzado un juego nuevo. No habría intentado localizar a Davis a menos que estuviera interesado en oír de nuevo la oferta de la competencia.

—Incluso contra Davis Wakefield. Vamos, Kali. Tenemos una comida.

Max Spencer se puso de pie y Kali hizo lo mismo.

No estaba en absoluto preparada para lo que le esperaba en el elegante restaurante que Lang había escogido. Y el impacto no lo produjo el hecho de hallarlo en compañía de Davis, bebiendo una copa en la barra, sino el mismo Lang.

Parecía sentirse cómodo en aquel ambiente.

Estaba apoyado en la barra, bebiendo un *whisky*. Llevaba un traje gris, una camisa blanca y una corbata, apropiados para cualquier alto ejecutivo.

Sin embargo su habitual arrogancia lo acompañaba y le dotaba de un atractivo que no poseía el resto de los hombres.

Lang hablaba con Davis.

Kali se puso tensa de inmediato. No necesitaba que nadie le dijera que Davis Wakefield tenía absoluta confianza en sus habilidades. Aún era el maestro y ella sólo la discípula.

Ambos levantaron la cabeza al ver que Kali y Max se acercaban.

Los ojos de Lang se encontraron con la mirada de Kali. La examinó rápidamente de arriba abajo: el vestido negro, el pelo recogido y las piernas.

La muchacha sintió que su cuerpo reaccionaba ante aquella mirada, pero enseguida Lang cambió la expresión de su rostro, ésta se tornó fría y distante.

—Soy Lang Sterling. Le tendió la mano.

—Así es —replicó Max, volviéndose hacia Davis—. Wakefield. Me alegra verte otra vez. Tengo entendido que te va muy bien en California.

—Me irá mejor después de que compre las patentes de Sterling.

—Tendrás que pasar por encima de Kali para conseguirlo. —Max sonrió.

—¿Acaso va ser ella quien se ocupe de las negociaciones?

Al decir esto, Davis miró a Kali, divertido.

La muchacha permaneció impasible al sentir la mirada de los tres hombres. En los labios de Kali se dibujó una de sus mejores sonrisas.

—Así es —respondió Max.

—Será interesante —comentó Davis, mientras bebía un poco de martini—. Sterling me asegura que será una venta honesta. Sin, hmmm, alicientes ocultos…

—Ninguno —dijo Lang antes de que Kali pudiese responder—. Las patentes serán del mejor postor.

—Éste no es exactamente el método tradicional de compra —señaló Max.

—Lo sé. ¿Qué les parece si comenzamos? He reservado una mesa.

Kali lo miró de reojo. Mientras pedían la comida se entabló una conversación animada y superficial, pero Kali permaneció alerta todo el tiempo.

Se dio cuenta de algo que le asustó: Lang había dicho la verdad. Ya no iba a vender las valiosas patentes a IAI por ella. Él sabía que, independientemente del resultado del negocio, Kali volvería a él.

Una parte de su ser se tranquilizó mientras que la otra permaneció alerta. Iba a necesitar todas sus facultades para enfrentarse a Davis Wakefield, pues él ya no veía una amenaza en ella.

Con la frialdad que caracterizaba a dos altos ejecutivos cada uno presentó la oferta de su compañía.

Lang escuchaba atentamente al tiempo que comía el salmón que había pedido. Cuando hacía alguna objeción a una oferta, Davis o Kali la mejoraban.

Sin embargo, había límites para lo que IAI podía ofrecer, y Max y

Kali los habían revisado. Ninguno sabía con certeza hasta dónde llegaría Hadley para obtener las patentes.

Sin embargo, la respuesta a esa pregunta pronto se hizo evidente. La mejor oferta fue la de Hadley.

—No olvides que IAI pone a tu disposición profesionales que pueden ayudarte a proteger el dinero de modo que no lo pierdas en la superintendencia de contribuciones —dijo Kali, aunque sabía que no era un argumento muy convincente—. También pagaremos los honorarios de un abogado que supervise tus contratos.

—Hadley pagará cualquier servicio legal o contable que necesite —interrumpió Davis—, y haremos todas las transacciones aquí en Washington si así lo desea, de modo que no deba viajar a California. Si decide viajar, nos ocuparemos de los gastos, naturalmente.

Kali se sintió furiosa por dentro. Iba a perder las patentes. Lo sabía. Davis superaría cualquier oferta. Hadley Industrial estaba muy interesada en esos nuevos sensores.

Se preguntó si Davis tendría algún otro motivo además del hecho de lanzar al mercado los robots industriales. Intentó desesperadamente recordar si había leído algo acerca de algún contrato importante entre alguna empresa y el gobierno. Siempre se esmeraba en mantenerse al tanto de esos asuntos.

—Creo que ya está, entonces —digo Lang.

Interrogó a Kali con la mirada y luego se volvió a Davis. La muchacha miró a su jefe, que negó con la cabeza casi imperceptiblemente. IAI no haría más ofertas.

—Bueno, éste es un negocio —comenzó a decir Lang tranquilamente—. En realidad, no necesito más tiempo para pensar el asunto y creo que he sabido cuáles son sus ofertas. Entonces…

Miró a Davis.

De pronto Kali se inspiró. Tal vez no fuese una gran posibilidad, pero ¿qué podría perder?

—Me pregunto —murmuró Kali, justo cuando Lang iba a aceptar la oferta de Davis—. Si considerarías la alternativa de un contrato de licencia.

En ese momento la muchacha se volvió el centro de atención. Sentía sobre ella los ojos de Max que la interrogaban, pero no se volvió a mirarlo.

—¿De qué hablas? —preguntó Lang suavemente.

—Me refiero a la posibilidad de que IAI obtenga simplemente la licencia para fabricar computadoras utilizando tus patentes. Por supuesto, no habría tanto dinero como en una venta directa, pero significaría un ingreso estable dado que IAI pagaría los honorarios de la licencia cada año…

—¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó Davis, enfadado, pues ya casi tenía las patentes en sus manos y lo sabía—. Sterling ha dicho con toda claridad que desea llevarse todo el dinero junto. Además IAI no puede competir con lo que Hadley ofrece. Si le interesa conceder una licencia en lugar de vender las patentes, Sterling, podemos negociar, pero no veo cuál sería la ventaja para usted…

—Tendría la ventaja —señaló Kali fríamente— de permitirle que pusiera restricciones en lo que se refiere a la utilización de sus patentes.

Se produjo un profundo silencio, pero por el brillo en la mirada de Max, Kali advirtió que era el primero en darse cuenta de lo implicaba su oferta.

Sin embargo permaneció en silencio y dejó todo en manos de la muchacha.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lang.

—Me refiero a que IAI estaría dispuesta a garantizar por escrito que cualquier robot producido con tus patentes sería utilizado sólo con fines industriales. IAI no acepta contratos con el gobierno.

—¿Cuál es la diferencia? —interrumpió Davis.

—¿IAI estaría dispuesta a un arreglo semejante? —insistió Lang, mirándola a los ojos.

—Sí —dijo Kali sin siquiera mirar a Max para que confirmara sus palabras, pues estaba segura de él en ese aspecto—. Las patentes no se utilizarían con fines militares.

Lang se volvió otra vez hacia Davis.

—¿Hadley estaría dispuesta a firmar una cláusula semejante si yo decidiera concederles la licencia en lugar de vender las patentes?

—¡Imposible! ¡Hadley tiene infinidad de contratos con el gobierno! Estaríamos atándonos una soga al cuello si firmáramos una cláusula como ésa. Escuche, Sterling, ¿qué le importa en qué van a ser utilizadas sus patentes? ¡El dinero es el dinero!

—Y los negocios son los negocios —replicó Lang, apoyándose en el respaldo de la silla—. Al principio dije que vendería las patentes a

aquel que me ofreciera el contrato más satisfactorio. Si IAI va a firmar una cláusula por la cual los robots producidos con mis patentes no van a ser utilizados con fines militares, entonces me alegro de concederles la licencia.

—IAI está dispuesta a firmar ese contrato —dijo Max.

Era la primera vez que hablaba desde que habían empezado las negociaciones.

—¡Esto es absurdo! —exclamó Davis poniéndose de pie y arrojando la servilleta sobre la mesa—. ¡IAI siempre ha carecido de sentido común al rechazar acuerdos con el gobierno o con defensa! Y usted es un tonto por despreciar el dinero que le ofrece mi firma, Sterling. Los honorarios por licencia no son comparables con lo que le podría haber ofrecido Hadley…

—Soy consciente de ello —respondió Lang con calma—, pero lo que usted parece no advertir es que en el mundo hay otras cosas importantes además del dinero.

—¡Son unos estúpidos idealistas! —exclamó Davis, enfurecido—. Por suerte me retiré de IAI. ¡Me habría resultado insoportable trabajar junto a esta clase de ceguera ante la realidad de los negocios!

Dio media vuelta y se alejó entre las mesas del restaurante. Kali, Max y Lang lo observaron durante un rato, cada uno pensando en algo distinto. Luego, lentamente, se miraron.

—¿Está satisfecho con el trato? —preguntó Max con aire impasible, como si nada hubiera ocurrido.

—Estoy satisfecho —confirmó Lang.

Se produjo un silencio que hizo sonreír a Kali. Entonces Lang la miró.

—Ha puesto el asunto en manos de la persona adecuada, Max.

Max sonrió y volvió a mirar la puerta por donde había salido Davis.

—Cuando se trata con autómatas como Davis Wakefield —contestó con una sonrisa—, siempre apuesto por el ser humano. Felicidades, Kali. Ahora —agregó poniéndose de pie—, si me disculpan, creo que regresaré a la oficina. No, está bien —dijo cuando Kali se disponía a seguirlo—. Creo que es una buena idea si se quedara y resuelve los detalles del contrato con el señor Sterling. Estoy seguro de que querrán terminar con el asunto. Ah, no se preocupe por la cuenta. De eso se encarga IAI.

Dio media vuelta y se marchó. Kali se quedó sentada frente al hombre a quien había entregado el corazón en silencio.

Todo rastro de frialdad había desaparecido del rostro de Lang.

Sus ojos estaban llenos de deseo.

Kali pensó decir algo que aliviara la tensión del momento que habían presenciado, pero no se le ocurrió nada.

—Me sorprendes —dijo Kali—. Hubieses sido un brillante hombre de negocios.

—Y tú —dijo, tomándola la mano— eres un robot desastroso. Vamos a casa, cariño, tengo algo muy importante que discutir contigo. Algo referente a un conflicto de intereses.

Capítulo 10

—¿No te importa no volverte inmensamente rico con las patentes? —preguntó Kali, cuando subieron en un taxi y Lang dio la dirección de Capitol Hill.

—No.

Lang se acomodó en el asiento, le rodeó los hombros con el brazo y la abrazó. Tenía la expresión de un hombre que está satisfecho consigo mismo.

—La ventaja de un contrato de licencia es el ingreso estable de dinero. Además, podemos arreglar que al principio sea una suma lo suficientemente importante como para pagar todos los recibos…

—Sí —respondió, sonriendo.

—No me estás escuchando, ¿verdad?

—No.

—¿Qué estás pensando, Lang?

—Te lo diré cuando lleguemos a casa.

Permaneció en silencio durante el resto del trayecto. Cuando llegaron, Lang pagó al taxista y entraron en la casa.

—¿Dónde está Nalg? —preguntó Kali, sorprendida.

—Lo he desarmado —le dijo, encogiéndose de hombros.

—¡Qué!

—Lo he desarmado. La idea de volverlo humano era muy tentadora, es decir tratarlo como si fuera humano. ¡No me mires así! ¡No ha sido un asesinato!

—Yo tenía puestas mis esperanzas en ese robot —continuó Kali—, fregaba los platos y limpiaba la casa… ¿También limpiaba las

ventanas?

—De mala gana, protestaba. —Lang rió y la atrajo hacia él—. Eso también empezaba a preocuparme. ¡Se supone que las máquinas no protestan!

—¡Estás bromeando!

—Tal vez —susurró, al tiempo que se inclinaba para rozarle la oreja con los labios—. O tal vez no importa. Ahora quiero hablar de conflictos de intereses, no de robots.

—¿Qué… qué conflictos de intereses, Lang?

—Kali, Kali, mi apasionada y misteriosa mujer, por favor, dime la verdad…

—Lang, ¿de qué hablas?

La estrechó con más fuerza y dijo:

—¿Las mujeres ejecutivas modernas llaman conflicto de intereses al hecho de enamorarse?

—¿Te interesa el amor de una mujer moderna?

Tomó el rostro de Kali entre las manos y la miró de una forma que hizo que la muchacha se quedara sin aliento.

—Creo que no podría vivir sin él…

—Oh, Lang…

—Te amé desde el momento en que te vi al pie de la escalera de los Bryant. Cuando vi a aquella elegante dama vestida de terciopelo negro, supe que había hallado a la única mujer en el mundo a la cual deseaba para siempre —lo dijo con tanta honestidad que Kali supo que era verdad.

—En cambio fui yo la que dio el primer paso —sonrió—. Habías bebido demasiado *whisky* como para conducir…

—Son detalles —replicó, y le acarició los labios con el dedo—. No estaba tan ebrio como para no darme cuenta de que había encontrado lo que deseaba, Kali, ¿de verdad me amas?

—Con todo mi corazón, Lang.

—Cuando hoy me dijiste por teléfono que te retirabas de las negociaciones porque me había convertido en un conflicto de intereses, sentí pánico. No estaba seguro de lo que querías decir, luego cuando me dijiste que querías librarte de toda clase de ataduras, creía que enloquecía. Todo lo que deseaba hacer era terminar el asunto de esas malditas patentes para que tú y yo pudiésemos estar juntos. Te deseo tanto, cariño… Estos últimos días han sido un infierno.

—¿Por qué te reprimiste estos últimos días? ¿Estabas jugando conmigo, Lang? ¿Intentabas inquietarme?

—¿Y si así fuese? —murmuró, mientras le soltaba el pelo.

—Tuviste éxito si ése fue tu objetivo —reconoció Kali.

—Sólo deseaba darte tiempo para pensar, Kali. Quería que admitieras que me necesitabas, que me deseabas. Además, me di tanta prisa en acostarme contigo que temí que pensaras que todo se reducía a un deseo físico, si no te daba una oportunidad para reflexionar. No me atrevía a creer que te enamorarías de mí con la rapidez con la que me había enamorado yo de ti, pero sabía que sentías algo importante porque de lo contrario no te habrías rendido a mí tantas veces —movió la cabeza—. Te necesitaba, te deseaba tanto que habría hecho cualquier cosa para tenerte a mi lado. Aquella primera noche, cuando te llevé a la cama, sólo podía pensar en ponerte cadenas. Quería seducirte de un modo tal que no pudieses pensar en otro hombre que no fuera yo. ¡Dios mío, Kali! Jamás he deseado a una mujer como te deseo a ti. Me haces pensar en locuras tales como atarte de pies y manos y llevarte en la noche…

—Bueno, cuando tengas el DeLorean, tal vez puedas hacerlo —le interrumpió con una sonrisa.

—Sabes eso, ¿verdad?

—Creí saber todo acerca de ti antes de encontrarte en la escalera, aquella noche.

—¿Y…?

—Y parece ser que no sabía lo suficiente acerca de mí —admitió Kali—. ¿Cómo iba a suponer que era la clase de mujer que se enamora de un hombre que concede mayor importancia a un romance que a los negocios?

Lang esbozó una sonrisa mientras le acariciaba el pelo con los dedos. Luego deslizó las manos alrededor de su cuerpo y la cogió en brazos.

Kali se entregó a la deliciosa sensación de ser llevada a la cama por el hombre que amaba. Le rodeó el cuello con los brazos y Lang le besó los labios con pasión.

Una vez en el dormitorio la tendió en el suelo, le quitó las gafas y comenzó a desvestirla lentamente, como si la acariciara.

Kali sintió el estremecimiento de deseo de Lang y sonrió con ternura ante la evidencia de su pasión.

—Te amo —susurró Kali; se incorporó y le rozó tiernamente los labios con los suyos.

—Oh, mi dulce Kali…

La desnudó lentamente. Cuando se quedó solo con la ropa interior, Kali se incorporó y le quitó la chaqueta. Luego, con dedos temblorosos, le deslizó la corbata y le desabrochó la camisa.

Era evidente que le gustaba que Kali lo desvistiera al tiempo que él acariciaba el cuerpo casi desnudo de la muchacha. De vez en cuando le mordisqueaba el cuello. Cuando ella le quitó la camisa y el pecho de Lang quedó al descubierto, Kali suspiró, se aferró a él y le rodeó la cintura con los brazos.

—Desde la primera noche supe que la imagen de mujer fría y calculadora era sólo superficial —dijo Lang, mientras apoyaba las manos en las nalgas de Kali con violencia apasionada.

—¿Te diste cuenta de todo eso antes de desmayarte?

—Hmm. Fue el último pensamiento consciente de esa noche y el primero de la mañana siguiente. Es decir… ¡hasta que apareció Wakefield!

—Te sentiste molesto por la maniobra de aquella mañana, pero luego pareció no importarte —agregó—. Cuando finalmente decidiste provocar la guerra de ofertas, lo hiciste para vengarte…

—Ah, pero la escena en el restaurante fue por ti y por mí.

—¿Qué quieres decir?

—Qué fue real. ¿Qué otra cosa podía hacer sino demostrarte que me tomaba en serio tu gesto romántico? Habías dicho que vendrías a mí sin importar lo que sucediera con las patentes y que no deseabas que influyeran en nuestra relación. Quería dejar bien claro que las patentes eran estrictamente un asunto de negocios.

—¡Por cierto, en el restaurante te comportaste como un auténtico ejecutivo!

—Intentaba venderlas al mejor postor y hasta el último minuto parecía que irían a manos de Hadley. El problema de Wakefield es que no comprende que cuando se trata de seres humanos hay otros factores además del dinero.

—Si no se me hubiera ocurrido la cláusula pacifista, habrías vendido las patentes a Davis, ¿no es así?

—Sí. ¿Te molesta?

—No —murmuró—. Me tranquiliza. No quería que me entregaras

esas patentes sólo para conseguirme. Deseaba que nuestra relación estuviese…

—¿… libre de cualquier conflicto de intereses? —La interrumpió.

Lang sonrió y Kali asintió con la cabeza.

—Cuando por fin me di cuenta de que era eso lo que intentabas decirme por teléfono, supe que debía terminar con el maldito negocio.

—Puedes ser muy eficiente cuando te lo propones…

Kali le deslizó los dedos por debajo de los pantalones. Adoraba la sensación de la piel tibia de Lang.

Entonces él se desabrochó el cinturón, se quitó el resto de la ropa sin dejar de mirarla, y en silencio, le quitó el sostén y las bragas.

Justo cuando se iba a entregar a los brazos de Lang, él la detuvo.

—¿Cuándo te casarás conmigo, Kali?

—¿Me lo estás proponiendo? —preguntó feliz. Lo amaba y sabía que la amaba, pero deseaba que se lo pidiera.

—Sí, tengo intención de casarme contigo. ¿Acaso no sabías que en algunos aspectos soy un poco anticuado?

—¡Anticuado!

Podría haber estallado en una carcajada, pero la mirada de Lang se lo impidió. Comenzaba a sentirse muy excitada y era inmensamente feliz.

—Hmm, anticuado —repitió él con voz entrecortado—. Después de haber encontrado a la mujer que he estado buscando durante todos estos años, no me conformaré con menos que no sea la posesión completa y legal.

—¿Cuántos años has estado buscando, Lang? —preguntó.

—Por lo menos unos cuantos siglos —murmuró.

Quitó las mantas y una vez más la cogió en brazos y la tendió en la cama.

La observó, maravillado, con la expresión propia del hombre que está absoluta y totalmente enamorado. Era una mirada posesiva, de deseo y ternura a la vez.

Kali le tendió los brazos.

—Nunca habrá otra, Kali, mi amor —prometió Lang, inclinándose sobre la muchacha.

—No. Me casaré contigo, Lang. Cuando tú quieras. Una y otra vez me decía que habías nacido en la década equivocada, pero tal vez viniste a rescatarme de la década en que nací accidentalmente…

—No importa dónde o cuándo nos encontremos —susurró, mientras le recorría el cuello con los labios—. Cuando estamos juntos vivimos en nuestro propio mundo.

Kali gimió de deseo y su gemido pareció excitarle. Lang le acarició el cuerpo, mientras la besaba apasionadamente.

La muchacha se inclinó sobre él y con los labios comenzó a recorrerle el estómago y las caderas.

—¡Kali!

Lang le enredó los dedos en el pelo mientras ella lo acariciaba con la boca y los dedos. Después, ella deslizó las manos hacia el interior de sus muslos.

—Vas a enloquecerme, cariño —murmuró, tomándola de los hombros de modo que Kali quedó tendida sobre él—. ¿Tienes idea de lo que me haces? —preguntó, mirándola a los ojos.

—Quiero seducirte. Deseo que estés atado a mí del mismo modo en que yo lo estoy a ti —le dijo, con la cabeza apoyada en su pecho.

Luego inclinó la cabeza en busca de sus labios. Él abrió la boca para permitirle que explorara su interior con la lengua. Mientras duró aquel juego Lang apoyó las manos en las caderas de la muchacha.

Luego, con gran lentitud, la acarició de un modo tal que Kali se estremeció de deseo.

Cuando la muchacha emitió un suave gemido de placer y arqueó el cuerpo, Lang se movió rápidamente y Kali quedó tendida bajo él. Después, la estrechó entre sus brazos.

Kali gemía una y otra vez a medida que Lang le besaba los senos, deteniéndose en un pezón para luego descender hacia el estómago. Descendió aun más, se deslizó entre las piernas de Kali hasta que rozó con los dientes los muslos de la muchacha.

—¡Lang, por favor, Lang!

La agarró de las piernas y empezó a ascender más y más hasta llegar a aquella íntima calidez.

La mente de Kali giraba en un caos de indescriptibles sensaciones; se aferró a él, rogándole que se entregara a ella por completo.

Sin embargo, Lang prosiguió con aquella caricia que la atormentaba.

—Kali, cariño —susurró por fin—, no puedo esperar más…

—Sí, ahora…

Se apartó de ella para deslizar la mano en el cajón de la mesilla,

pero sin dejar de acariciarle los senos con la otra mano. Entonces, se inclinó sobre Kali.

Por un momento la muchacha se quedó sin aliento, cuando sintió los muslos de Lang entre los suyos en busca de la unión más profunda entre un hombre y una mujer. Sintió la potencia de su virilidad que estaba a punto de unirlos y esperó.

—¿Lang?

Kali abrió los ojos sin comprender. Él la estaba esperando. Cuando sus miradas se encontraron, Lang la poseyó.

Era como si deseara que aquel contacto los uniera aun más. La muchacha vio el deseo reflejado en aquellos ojos, y los dos se perdieron por completo en la vertiginosa pasión que los arrastraba.

Ella se estremeció y gimió de inmenso placer, mientras Lang se movía, violentamente.

—¡Kali!

Cuando pronunció su nombre, su voz vibró de emoción y logró que Kali alcanzara el éxtasis.

Ella repitió su nombre una y otra vez, sin aliento, como si fuera lo único que importaba en el mundo.

Cuando volvió a abrir los ojos, Lang la observaba lleno de deseo.

Aún no había abandonado el cuerpo de la muchacha ni tampoco había liberado su orgasmo. Continuaba estrechándola y esperaba con una mirada lánguida y silenciosa.

Kali le sonrió, sin comprender exactamente lo que ocurría. Le acarició con ternura, pues su cuerpo satisfecho comenzaba a relajarse tras el éxtasis que había alcanzado.

De pronto la muchacha jadeó cuando Lang comenzó a moverse en su interior, con una fuerza y una intensidad que parecían impedir que en Kali disminuyera la tensión que acababa de experimentar.

—Lang, no… yo…

Se aferró a sus hombros desesperadamente. ¿Cómo podía explicarle que de pronto su cuerpo se había vuelto ultrasensibilizado?

—¿Qué estás haciendo? —susurró Kali—. No… no puedo soportarlo…

—Sí, puedes —replicó Lang, inclinando la cabeza sobre sus labios al tiempo que se aceleraba su ritmo—. Ríndete, cariño, sólo ríndete.

Antes de que el cuerpo de Kali tuviese la oportunidad de distenderse, comenzó a vibrar de nuevo. La muchacha sólo podía dejar

que el cuerpo de Lang dominara el suyo por completo. Tenía la piel tan sensibilizada que hubiera respondido a la más leve caricia. No había modo de describir su reacción ante aquella potencia avasallante.

Lang selló sus labios con un beso antes de que pudiera decir nada.

Entonces, Kali se sintió como si realmente hubiese enloquecido.

Aquella segunda invasión convulsionó su cuerpo íntegramente. Se daba cuenta de que a Lang le sucedía lo mismo.

Un rato después, Kali finalmente se tendió rendida al lado de Lang.

—¡Oh, Lang! —susurró—. Creo que jamás volveré a moverme. ¿Qué me has hecho?

Oyó la suave risa de Lang cerca de su oreja. De pronto, él, se puso de pie un poco tambaleante. Lo miró en silencio y vio que esbozaba una amplia sonrisa. Entonces le dijo:

—No te muevas de aquí, cariño.

—¡Como si pudiera!

Se dirigió al cuarto de baño y abrió el grifo de la bañera. Kali cerró los ojos, mientras imaginaba la sensación del agua tibia sobre su piel. Unos minutos más tarde, cuando Lang regresó y la tomó en brazos, tampoco los abrió.

—Qué gran inversión —murmuró Kali cuando él la colocó en el agua—. ¡Pensar que yo creía que derrochabas el dinero! ¡Oh, Dios!

—¿Qué sucede? —preguntó; se sentó a su lado y echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y comenzó a juguetear con un pezón de Kali debajo del agua.

—Creo que me va a doler todo el cuerpo por la mañana —se quejó la muchacha.

Lang rió, complacido, pero Kali le dio un pellizco.

—¡Ay! ¿Así tratas a tu futuro marido? Sólo deseaba que te dieras cuenta de que no eres la única que puede dominarme… —le explicó.

—Me parece un poco primitivo el hecho de hacerle el amor a una mujer hasta que literalmente no se pueda mover —dijo Kali, recostándose sobre el hombro de Lang. Se estremeció cuando Lang le rozó uno de los pezones, pues aún cada centímetro de su cuerpo estaba sensibilizado. Era una sensación exquisita.

—Supongo que sí. Es un poco primitivo, pero cuando un hombre se las ve con una mujer algo primitiva, ése es el único enfoque posible.

—¡Primitiva! ¡Yo! ¡Tú eres el antiguo, no yo!

Lang volvió a reír y la estrechó aun más.

—Tengo noticias para ti, cariño. Sabía que tendría que domesticarte en la cama desde el momento en que te vi. Te miré a los ojos y supe que eras la mujer que mejor respondería. Una situación ideal para mí, pues yo necesitaba una mujer así. Es probable que estuviésemos destinados a encontrarnos —concluyó.

—¿Acaso me hubieras obligado a vivir contigo a cambio de esas patentes? —preguntó, interesada.

Le acarició la mejilla y con una sonrisa, respondió:

—Sí. Hubiera utilizado cualquier medio necesario para estar contigo.

—¿Sin importarte cuánto dinero hubiera hecho que IAI pagara por las patentes? Acabas de probar que eres un hombre de negocios cuando lo deseas, Lang. ¿Acaso hubieses entregado esas patentes a IAI a cambio de nuestro acuerdo?

—Puedo hacer negocios cuando la ocasión así lo exige —murmuró —. Pero cuando se trata de ti, tengo otras prioridades. Hubiese entregado las patentes o cualquier otra cosa que yo considerara podría traerte a mí.

Kali meneó la cabeza, sorprendida por la innegable fuerza de aquella emoción.

—Oh, Lang. ¡Intentaré hacerte feliz, lo juro!

—Ya lo has hecho —le dijo y le besó la punta de la nariz—. ¿Te importará estar casada con un futuro escritor de ciencia ficción? Tengo entendido que a veces suelen ser excéntricos e irracionales…

—¿De veras? ¿Más excéntricos e irracionales que los inventores?

—No sé. ¿Los inventores son así?

—Bueno, en realidad no puedo hablar de todos los inventores, pero en cuento a los que se dedican a los robots…

—¿Sí?

—Los que se especializan en robots —explicó Kali— pueden enloquecer a las mujeres.

—Ah, bueno, pero las mujeres ejecutivas a veces son un poco difíciles, también…

Comenzó a acariciarla por debajo del agua, y continuó:

—Pero no importa, ahora sé cómo manejarlas. O al menos sé cómo manejar a una en particular…

—¿Cómo? —preguntó de un modo provocativo mientras le rodeaba el cuello con los brazos.

—En el futuro te daré muchas demostraciones prácticas. Sólo ocúpate de prestar atención.

—Oh, por supuesto. Después de todo, todos dicen que eres un genio.

—En mi campo —agregó, mientras inclinaba la cabeza hacia los labios de la muchacha.

—¿Los robots?

—No, tú eres mi nueva especialidad.

FIN



Jayne Ann Castle Krentz es uno de los seudónimos utilizados por la autora estadounidense Jayne Ann Krentz.

Jayne Ann Castle Krentz (Borrego Springs, California, EE. UU., 1948) es una escritora estadounidense, autora superventas dentro del género de la novela romántica. J. A. C. K. (abreviatura que usan sus seguidores) ha llegado a utilizar hasta siete seudónimos distintos, Jayne explica que usa diversos nombres de manera que los lectores puedan rápidamente advertir qué clase de libro leerán. Actualmente ha decidido usar solamente tres de ellos: firma las novelas contemporáneas con su nombre de casada Jayne Ann Krentz, las novelas históricas con el afamado seudónimo de Amanda Quick, y las futuristas con el nombre de soltera, Jayne Castle. Los seudónimos que ya no utiliza son: Jayne Taylor, Jayne Bentley, Stephanie James y Amanda Glass, aunque la mayoría de esos libros han sido reeditados bajo su nombre de casada:

Jayne Ann Krentz.

Sus novelas han sido *best-sellers* en más de 30 ocasiones, 20 de ellas

consecutivas, según la prestigiosa lista del New York Times.

Prolífica autora, tiene publicados en total más de 140 libros, de los cuales están traducidos al español más de 75.